Cartas al viento de otoño



Eiko Baioretto

Selecta

Cartas al viento de otoño

Eiko Baioretto

Selecta

No todo el que vaga está perdido
J. R. R. Tolkien, *La comunidad del anillo.*

Capítulo 1

DANI

El aire huele distinto en Arties. A leña húmeda, hojas recién caídas, a un silencio que pesa más que el ruido de Madrid.

Cuando el autobús se detuvo junto a la pequeña plaza, con su iglesia románica apuntando al cielo gris, pensé: «¿De verdad voy a vivir aquí?».

La respuesta me quemaba en la garganta. No tenía un plan B. Solo un contrato temporal en la librería de la señora Clara, un par de cajas con mis libros favoritos y la esperanza de que, entre montañas, la ansiedad no me encontrara tan fácilmente.

Arrastré la maleta por los adoquines, jurando en voz baja cada vez que una rueda se quedaba atrapada. El pueblo parecía un decorado detenido en el tiempo: casas de piedra con balcones de madera, macetas todavía llenas de geranios que se resistían al frío, humo escapando de chimeneas. Octubre aquí no era un simple cambio de estación, era un ritual.

La librería estaba a dos calles, justo al lado del río Garona. Un escaparate pequeño, con letras doradas medio borradas que decían:

«Libros de Ayer y Hoy». Dentro olía a polvo y a papel, a esos tomos que crujen como si protestaran por ser abiertos. Clara me recibió con una sonrisa cansada.

—Así que tú eres Dani. Bienvenida al fin del mundo.

Le respondí con la mejor sonrisa que pude. Pensé en mi madre preguntándome, antes de salir: «¿Y qué harás tú en un pueblo que ni sale en el mapa?». Yo tampoco lo sabía. Solo necesitaba estar lejos, rodeada de montañas que no esperaran nada de mí.

La primera tarde la pasé desempolvando estanterías. Entre páginas amarillentas y tapas despegadas, encontré un libro de tapas verdes, sin título. Al abrirlo, un sobre doblado cayó al suelo. El papel estaba arrugado, amarillento. En la parte delantera, un nombre escrito con tinta azul: «Mireia».

No sé por qué, pero mi pulso se aceleró. Lo guardé de nuevo, como si hubiera invadido algo que no me pertenecía. Aun así, la sensación me acompañó todo el día, como un zumbido.

Cuando cerré la librería ya había oscurecido. Desde la plaza, se escuchaba a alguien tocar la guitarra. No una canción reconocible, más bien acordes sueltos, como si buscara algo que nunca terminaba de llegar. Seguí el sonido hasta el puente de piedra. Allí estaba: un chico sentado en la barandilla, con gorro de lana y chaqueta vieja.

Me miró apenas un segundo, y sonrió como si me conociera.

—¿Vienes de la librería?

Me quedé quieta. ¿Cómo lo sabía?

—Te vi esta mañana —dijo antes de que pudiera responder—. No llegan muchos forasteros a Arties en octubre.

Quise replicar, pero me quedé en blanco. Él volvió a mirar las cuerdas y siguió tocando, como si no necesitara más conversación.

El río rugía bajo nuestros pies. El aire era frío, cortante. Pensé en

el sobre escondido en el libro. En mi vida recién empezada en aquel rincón. En que quizá, por primera vez en mucho tiempo, el silencio podía ser un comienzo.

No le pregunté su nombre. Ni él el mío. Solo me marché, con la certeza absurda de que lo volvería a ver.

Capítulo 2

ARÁN

La cabaña huele igual que cuando era niño. A madera vieja, a humo de chimenea y a ese polvo dulce que se acumula en las rendijas de los muebles. Si cierro los ojos, casi puedo escuchar a mi abuelo carraspeando junto al fuego, diciendo que «el otoño en Arties suena mejor que cualquier concierto».

Pero yo ya no escucho igual. Desde el accidente, todo llega acompañado de un pitido constante, como si alguien hubiera dejado encendida una televisión antigua dentro de mi cabeza. Es un recordatorio de que ya no soy el mismo.

Salí con la guitarra a la espalda, buscando ese lugar en el que el río suena más fuerte que mi tinnitus. El puente de piedra siempre ha sido mi refugio: de niño tiraba piedras al agua; de adolescente, besaba a escondidas; ahora, tras volver de Toulouse después de un año y medio, solo me siento a tocar acordes incompletos, esperando que la vibración me devuelva lo que perdí.

La vi llegar desde la plaza. Una maleta torpe, una bufanda demasiado fina para este frío y esa forma de mirar alrededor, como

si cada casa pudiera tragársela entera. «Nueva», pensé. Y no de las que vienen solo a esquiar. Había algo en su paso, como si estuviera huyendo.

Cuando volvió a cruzarse conmigo, más tarde, el río estaba en plena orquesta y yo dejaba que los dedos se movieran solos. Sus ojos tenían la misma atención que pongo yo en las notas, como si buscara en ellas un sentido escondido.

—¿Vienes de la librería?—pregunté, solo para romper el silencio.

Me miró sorprendida. Dudó antes de responder, pero ese segundo de duda me bastó: no era una turista curiosa, era alguien que necesitaba estar aquí tanto como yo.

No me dio su nombre ni yo el mío. No hacía falta. Hay encuentros que no necesitan presentación, porque el aire ya se encarga de grabar quiénes somos.

Cuando se fue, el río siguió rugiendo. Pero yo me descubrí tocando un acorde distinto. Más cálido. Como si aquel otoño, de repente, pudiera traerme algo más que silencio.

Capítulo 3

DANI

La campana de la puerta sonó como un cascabel cansado cuando entré en la librería al día siguiente. Clara ya estaba detrás del mostrador, con su jersey de lana mostaza que parecía tejido con paciencia y años. Tenía un termo de café que llenaba todo el local con aroma tostado.

—Llegas temprano —me dijo, sin apartar la vista de un sudoku arrugado—. Eso me gusta.

Me encogí de hombros. En realidad no había dormido bien: el colchón del piso de arriba crujía y, cada vez que cerraba los ojos, escuchaba aquella guitarra desde el puente. O mejor dicho, la sensación de estar siendo observada.

Pasé la mañana limpiando un rincón olvidado. Entre pilas de enciclopedias, encontré de nuevo el libro de tapas verdes sin título. El sobre seguía dentro, como si me hubiera estado esperando.

Lo saqué, temblando un poco. «Mireia», decía en la portada. La tinta azul había palidecido, pero las letras todavía se leían claras, firmes.

Lo acerqué a la nariz: olía a papel húmedo, a pasado encerrado.

—¿Qué haces con eso? —La voz de Clara me sobresaltó.

Cerré el libro de golpe.

—Nada, solo estaba... organizando.

Ella me miró con esos ojos que parecían verlo todo. Pero no insistió.

—Aquí los libros guardan secretos —dijo simplemente, y volvió a su sudoku.

Guardé el sobre en mi bolso, como si fuera un delito. Y tal vez lo era. Pero había algo en esa carta que me pedía ser leída.

Al mediodía, Clara me mandó a la plaza a comprar pan. El cielo estaba cubierto y las montañas se escondían tras una bruma espesa. En el puente, otra vez él. El chico de la guitarra. «Arán», escuché que lo llamaba una anciana que lo saludó al pasar.

Arán.

No pude evitar mirarlo de reojo. Tocaba con la cabeza agachada, como si cada cuerda pesara más de lo que podía soportar. Por un instante pensé en el sobre escondido en mi bolso, y me sorprendí imaginando su nombre escrito con la misma tinta azul.

Sacudí la cabeza. Tonterías. Yo no había venido aquí a mirar chicos ni a meterme en misterios ajenos. Había venido a recomponerme. A encuadernar mis propios pedazos.

Pero mientras regresaba a la librería con el pan caliente en las manos, sentí que algo ya había empezado a coserse sin mi permiso.

Capítulo 4

ARÁN

El pan en Arties se siente distinto. O quizá soy yo, que últimamente huelo más de lo que escucho. La veo cruzar la plaza con la bolsa de papel pegada al pecho como si fuera un tesoro. El horno abre la puerta y sale una bocanada de calor que corta el frío como un acorde mayor a mitad de un tema triste. Ella levanta la cara, deja que el vapor le empañe las gafas un segundo, y sonríe sola. Me sorprende esa sonrisa: tímida, sí, pero honesta. El tipo de gesto que uno no se permite cuando cree que lo están mirando.

Yo la observo. Discreto, o eso intento. Dejo de tocar y me quedo con el acorde colgando. El río mete prisa. El tinnitus, también. Entre los dos me empujan hacia una especie de borde que ya conozco: o salto, o me callo.

—Buenos días —le digo cuando pasa cerca del puente.

Asiente, apenas. Hace ademán de seguir, titubea, como si hubiera ensayado respuestas y no encontrara la adecuada. Luego se va. Se llama Dani. No me lo ha dicho, pero una de las abuelas del pueblo, la Pura, me lo susurró ayer como quien te sopla un chisme: «La

chica nueva de la librería, Dani, tiene manos de costurera. Eso trae suerte».

Guardo la guitarra. Los dedos, fríos, ya no obedecen. Camino hasta la cabaña. La madera de la puerta se queja con el mismo crujido de siempre; mi abuelo decía que era su forma de saludar. Dentro, el silencio no existe, pero el ruido es amable: el chasquido del fuego, el agua en las tuberías viejas; el viento, atreviéndose por las rendijas. El pitido está ahí, por supuesto, clavado detrás de los ojos. Aprendí a no odiarlo: me recuerda que sigo aquí.

Encima de la mesa con mantel de cuadros dejo una libreta. Tapo el micrófono del portátil con cinta, por costumbre —en la ciudad todo parecía escuchar a todo el mundo—, y saco la grabadora. Me siento y anoto:

EP OTOÑO

1. Garona en octubre (grave / espuma).
2. Pan caliente (respirar antes de morder).
3. Librería —campanilla / página / susurro.
4. Puente de piedra (pasos + madera húmeda).
5. Mantas / chimenea / noche.

Me río. «Pan caliente». Le habría hecho gracia al abuelo: «¿Desde cuándo el pan suena, Arán?». «Desde que alguien lo abraza como si fuera algo vivo», pienso. Abro la ventana para que entren hojas, literalmente; me gusta barrerlas después, como si las canciones también fueran eso: cosas que el otoño empuja dentro y que tú organizas a tu manera.

En una caja de zapatos guardo recuerdos. Fotos en blanco y negro del abuelo delante de la cabaña, una armónica oxidada, un libro sin portada con el lomo vencido hacia la derecha. Lo abro. Dentro, una dedicatoria: «Para A.H., porque algunas historias se cosen mejor a

mano». Debajo, un sobre viejo pegado con celo amarillento. No me había fijado en esto. Me quedo quieto, con la mano suspendida en el aire. El sobre no está abierto. Hay un nombre escrito en azul. No llego a leerlo del todo porque la cinta adhesiva se ha comido parte de la esquina. Lo vuelvo a guardar, cerrando la caja, sin pensarlo demasiado. No hoy.

Salgo con una grabadora en el bolsillo. Vuelvo al puente y la busco sin buscar. La encuentro frente al escaparate de la librería, dentro. Está sola y sostiene un libro verde con las dos manos, con la seriedad de quien mantiene una promesa. Su concentración tiene una música propia: cejas apenas fruncidas, boca entreabierta, dedos que rozan el canto como si temieran despertarlo. Aprieto «REC» sin apuntar a ningún sitio. Solo quiero atrapar ese momento: las hojas que caen detrás, el rumor del río, la campanilla de la puerta cuando ella entra y sale.

—Arán, deja de grabar piedras —dice una voz a mi espalda.

Me giro. Es Andreu, el carpintero, que de pequeño me hacía barquitos para el río. Me da una palmada en el hombro y un panecillo que ha calentado en su estufa.

—Cada vez que nos vemos pienso en lo contento que estaría tu abuelo de verte por aquí —añade, como si con eso bastara para espantar mis dudas.

—Yo creo que me mandaría a cortar leña —respondo.

—También —se ríe—. Pasa luego por el taller si quieres una puerta que no chille.

Pienso en mi puerta quejándose con cada visita, en la forma en que ese crujido me avisa de que no estoy solo. No sé si quiero arreglarla.

Cuando Andreu se va, la campanilla suena otra vez. Dani sale con una barra envuelta en papel y un gesto concentrado. La detiene

Clara, la dueña. Hablan despacio. Clara mira el bolso de Dani, y ella baja el brazo sin darse cuenta, como si le pesara más de lo normal. Miro la grabadora en el bolsillo. Podría apostar que hoy las cosas suenan distinto dentro de esa librería.

Me alejo del puente. Camino sin prisa hacia la ermita. Subir cuestas cuando hace frío le pone ritmo al corazón sin necesidad de metrónomo. Desde arriba, Arties parece una maqueta: tejados de pizarra, humo que se enreda; el río que corta la calle, como una línea hecha a lápiz. Me siento en el muro y apoyo la guitarra en las rodillas. La madera está templada por el sol. Respiro. Intento un arpegio sencillo, uno que el abuelo me enseñó cuando apenas me llegaban los pies al suelo: «No toques para que te oigan; toca para escuchar tú». Hace años, la frase me sonaba cursi. Últimamente, ya no.

Empieza a levantarse viento. Lo noto, primero, en las orejas; luego, en el cuello; por último, el pitido, que cambia de color, como si eso existiera. Cierro los ojos. Quiero grabar esta textura, darle un nombre, dejar que se convierta en canción. Lo hago como puedo: tarareo notas vagas, agarro el móvil, anoto palabras sueltas. «Hojas / pan / puente / puerta quejándose / campanas lejanas / alguien que se queda».

Vuelvo antes de que anochezca. En la plaza, la gente hace cola en la cocina de la esquina para la última hornada. En la cafetería, la gente parece que se ríe más alto de lo normal —yo mido las risas por el aire que ocupan—, y la librería ha encendido una luz naranja cálida que se derrama sobre la acera. Dani está cerrando. Miro sus manos: dedos con tinta, uñas cortadas. El bolso le cuelga del hombro y, por un segundo, parece demasiado pesado para su tamaño.

No pienso lo que digo.

—¿Quieres que te ayude a llevar eso?

Se gira, alerta. Me mira como si intentara enfocar un recuerdo. Duda. Dos latidos. Tres.

—No, gracias —responde al fin—. Puedo sola.

Me muerdo la lengua. No es un «no» borde; es un «no» de autoprotección. Asiento y doy un paso atrás. Ella también asiente, apenas, y se marcha hacia el puente. La sigo con la mirada, no con los pies. Paso los dedos por las cuerdas sin pulsarlas. El sonido que me devuelve la tarde es el de cosas que están a punto de empezar sin todavía saberlo.

Cuando la pierdo de vista, bajo la mirada a mi propio brazo. Hay una mancha de polvo en la chaqueta. La froto y el tejido cruje. Pienso en la caja de zapatos de la cabaña, en el sobre pegado con celo, en el nombre medio borrado. En la posibilidad de que no fuera casualidad que yo lo encontrara justo ahora. Que las historias, a veces, se llamen desde sitios distintos y terminen en el mismo puente.

Enciendo la grabadora otra vez. Hablo bajito, como hacía el abuelo cuando rezaba sin creer:

—Pista seis: «Alguien que huele a pan y a papel».

Guardo el aparato y me echo la guitarra al hombro. La noche cae deprisa en octubre. Al cruzar de vuelta al puente, una hoja grande se pega a mi bota. La despego con la mano y la guardo en el bolsillo. No sé por qué. Supongo que por lo mismo que guardo acordes, frases, pequeños ruidos. Porque a veces las cosas más simples hacen hilo.

En la cabaña, la puerta canta. Entro sin encender la luz. El rojo del fuego basta. Pongo agua, corto un trozo del pan que me dio Andreu y dejo que el crujido me llene los oídos. No es música, pero se parece. Me siento en el suelo, apoyo la espalda en el sofá y miro la

caja de zapatos sobre la mesa. Sigue cerrada.

—Mañana —me digo—. Mañana veremos qué dice.

El pitido, por una vez, parece alejarse medio paso. Afuera, el viento mueve los árboles. Adentro, todo ocupa su sitio. Y aun así, hay algo desplazado, como una silla mal centrada en una habitación. Me duermo con la sensación precisa de que ya no soy el único que escucha a este pueblo.

Capítulo 5

DANI

El sobre era tan frágil que parecía que iba a romperse en cualquier momento. Lo sostuve un rato entre mis manos, indecisa, como si me hubiera topado con un pedazo de vida que no me correspondía.

La librería estaba en silencio, salvo por el crujido leve de la madera al dilatarse con el frío. Afuera, el viento se colaba entre las calles empedradas, trayendo olor a chimeneas recién encendidas. Clara estaba en la trastienda revisando albaranes y otros papeles, con la puerta entornada, más cerrada que abierta, y apenas nos veíamos y escuchábamos la una a la otra.

Respiré hondo y abrí la carta.

La letra era firme y elegante, con un trazo que detonaba paciencia. Aunque la tinta se había corrido en algunos puntos, todavía podía distinguir las palabras:

> Arán..., sé que quizá nunca leas estas líneas, pero no podía marcharme sin escribirte.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo.

¿Arán? ¿El mismo Arán que había conocido hace apenas unos días?

Seguí leyendo, con el corazón golpeándome contra las costillas.

> Hay cosas que nunca dije en voz alta. Tal vez por miedo, tal vez porque no supe cómo. Solo deseo que, si algún día estas palabras llegan a tus manos, entiendas que lo que siento sigue vivo, aunque el destino me haya llevado lejos de ti.

Me mordí el labio. La caligrafía se irrumpía justo ahí, como si quien la escribió hubiera vacilado antes de continuar.

Giré el papel para leer más, pero un ruido en la puerta de la librería me sobresaltó. El timbre metálico tintineó y, por instinto, doblé la carta y la guardé en el bolsillo de mi chaqueta.

—Hola —dije, intentando que la voz no me temblara.

Y entonces, al levantar la mirada, lo vi.

Era Arán.

Capítulo 6

ARÁN

El aire frío me siguió hasta dentro de la librería cuando abrí la puerta. El tintineo del timbre metálico me resultó casi demasiado fuerte para mis oídos, un recordatorio molesto de ese zumbido constante que nunca me abandona.

Allí estaba ella. Dani.

Tenía los ojos grandes, de un verde oscuro que contrastaba con la palidez que le daba el otoño. Por un instante pensé que sus pupilas se dilataban al verme, como si la hubiese sorprendido en medio de un secreto. Algunos mechones de su pelo castaño que el moño despeinado no le alcanzaba a recoger le caían en ondas suaves sobre los hombros, y los labios, carnosos y rosados, se entreabrieron apenas cuando me saludó.

—Hola —dijo enseguida, demasiado rápido. Y entonces metió las manos en los bolsillos de su chaqueta. El gesto fue mínimo, pero no se me escapó.

Me acerqué a los estantes fingiendo interés por los lomos de los libros, aunque en realidad solo quería estar más cerca de ella. Había

algo en esa chica que me atraía sin remedio, como una melodía de una canción que no te puedes sacar de la cabeza.

El silencio se estiró entre nosotros, lleno de cosas que ninguno se atrevía a decir. Yo, por ejemplo, no iba a confesar que cada vez que la veía sentía que la cabaña, el pueblo entero, se iluminaba un poco más. Y ella..., bueno, fuera lo que fuese que escondía en el bolsillo parecía importante.

—¿Te apetece dar un paseo? —me atreví a preguntar, consciente de lo torpe que sonaba.

Ella sonrió, breve, con esos labios que parecían hechos para decir lo que nunca se dice en voz alta. Pero sus dedos no dejaron de aferrarse al bolsillo.

Capítulo 7

DANI

Sentí que el corazón se me aceleraba cuando escuché su voz. La forma en que pronunció ese «¿te apetece dar un paseo?» me dejó desarmada, como si lo hubiera estado ensayando antes de entrar.

El papel de la carta rozaba mi muslo dentro del bolsillo. Me ardía la piel alrededor, como si supiera que estaba escondiendo algo que lo implicaba directamente a él.

Lo miré, Arán tenía el pelo ligeramente despeinado, y los iris color miel me observaban con una paciencia extraña, como si pudiera esperar mi respuesta todo el tiempo que hiciera falta. Esos ojos parecían ver más de lo que yo estaba dispuesta a mostrar.

Miré de reojo hacia la trastienda. Clara estaba allí, empezando a organizar unos libros recién llegados. Me había dicho hacía un rato que se quedaría un par de horas más para preparar el inventario, así que yo podía irme tranquila.

Respiré hondo y asentí.

—Vale.

Salimos de la librería y el aire helado me golpeó el rostro. El

pueblo estaba casi desierto, con las chimeneas humeando y las hojas secas revoloteando en el empedrado. Su hombro casi rozaba el mío, y cada paso parecía medir la distancia exacta entre lo que podía decir y lo que debía callar.

Fue él quien rompió el silencio.

—No sueles hablar mucho, ¿verdad? —dijo, con una sonrisa apenas perceptible.

Me reí nerviosa, sin saber qué contestar de inmediato. Sus ojos miel me observaban atentos, como si esperaran arrancar palabras que yo no sabía cómo ordenar.

En ese cruce de miradas, tuve la certeza de que Arán era de esas personas que sabían escuchar incluso lo que no decías. Y lo que yo callaba... pesaba demasiado.

Capítulo 8

ARÁN

El aire de la tarde olía a humo de leña y hojas húmedas. Caminábamos sin rumbo fijo, solo siguiendo el curso del río, hasta que el murmullo del agua nos envolvió como un telón de fondo.

Dani mantenía las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta. Sus pasos eran tranquilos, pero había algo en su postura que delataba tensión, como si llevara un peso invisible.

—Aún no me has dicho dónde te estás quedando —comenté, intentando que sonara casual.

Ella bajó un segundo la mirada hacia el suelo, como si necesitara ordenar las palabras antes de regalármelas.

—En una pensión pequeña, cerca de la plaza. Clara me ayudó a encontrarla cuando acepté el trabajo en la librería.

Asentí, pero su tono me dejó con la sensación de que había más detrás.

—¿Y qué te trajo hasta aquí? —pregunté, intentando no sonar demasiado curioso.

Dani tardó en responder. Sus labios gruesos y rosados se

apretaron un instante antes de soltar el aire en un suspiro breve.

—Digamos que necesitaba empezar de cero. —Sonrió, aunque sin alegría—. A veces la vida te rompe en pedazos y lo único que puedes hacer es buscar un lugar donde intentar encajarlos de nuevo.

Sentí un nudo en la garganta. No insistí. Me limité a caminar a su lado, escuchando cómo las hojas secas crujían bajo nuestros pasos. Había algo en su confesión tan escueta que me hizo desear protegerla de lo que fuera que la había traído hasta aquí.

Pero no lo dije. Nunca digo esas cosas en voz alta.

Y aun así, me descubrí observándola de reojo, preguntándome si yo podría formar parte de esa reconstrucción que ella buscaba.

Capítulo 9

DANI

Cada vez que alguien me preguntaba por qué había venido hasta Arties, sentía que me temblaba el suelo bajo los pies. No porque no supiera la respuesta, sino porque decirla en voz alta significaba volver a tocar la herida.

Mientras caminaba junto a Arán, con el sonido del río acompañándonos, no podía evitar pensar que aquel pueblo parecía hecho para gente entera, para vidas tranquilas y completas. Yo no era nada de eso.

—A veces la vida te rompe en pedazos... —había dicho, y aunque lo pronuncié con ligereza, dentro de mí resonaba como una confesión demasiado grande.

Lo cierto era que había huido de una ciudad donde los recuerdos eran demasiado ruidosos. De un pasado que había dejado marcas más profundas de lo que quería admitir.

Cuando acepté el trabajo en la librería, pensé que sería un refugio. Libros, silencio, un valle donde nadie me conocía. Un lugar donde recomponerme sin dar explicaciones. Pero estar aquí, caminando al

lado de Arán, hacía que todo se tambaleara. Porque él me miraba como si pudiera ver las grietas. Como si en vez de asustarse de ellas, le parecieran un mapa que quisiera descifrar. Me llevé la mano al bolsillo de la chaqueta, rozando la carta escondida. Otra grieta, otro secreto que no estaba lista para mostrar.

Y aunque no lo sabía aún, esa carta podía ser la llave para romper todo el muro que yo había construido alrededor de mí.

Capítulo 10

ARÁN

La tarde empezaba a oscurecer cuando nos detuvimos frente al puente de piedra. El agua del río corría rápida, iluminada a ratos por el reflejo naranja del atardecer.

—Supongo que tu descanso termina pronto... y tendrás que volver a la librería —dije, aunque en realidad no quería que se terminara el paseo.

Ella asintió, con esa sonrisa pequeña que parecía esconder más cosas de las que mostraba. Caminamos de regreso sin prisa, como si los dos estuviéramos alargando a propósito los últimos minutos.

Cuando llegamos frente a la puerta, Dani se acomodó un mechón de cabello tras la oreja. Sus ojos verdes se encontraron con los míos y por un instante el mundo se volvió demasiado silencioso, demasiado consciente.

—Gracias por el paseo —murmuró.

—Gracias a ti, por venir —contesté. Y fue entonces cuando, casi sin pensarlo, añadí—: Algún día debería invitarte a comer en el pueblo. Hay sitios que merecen la pena.

Ella arqueó una ceja, divertida.

—¿Eso es una promesa?

—Eso es... —me detuve, sonriendo— un plan pendiente.

Nos quedamos mirándonos un segundo más de la cuenta, hasta que Clara apareció tras el cristal de la librería y la magia se rompió. Dani me saludó con la mano y entró, y yo me quedé allí, con la sensación de que aquella chica estaba empezando a mover piezas dentro de mí que llevaban años quietas.

Capítulo 11

DANI

La pensión estaba casi en silencio cuando llegué. Apenas el crujido de la madera vieja y la voz apagada del televisor en alguna habitación lejana. Me quité la chaqueta y me dejé caer sobre la cama, aún con las botas puestas.

El paseo había sido corto, pero me dejó la cabeza llena de ruido. No el ruido de la ciudad, del que había huido, sino uno distinto, más peligroso: el de sentir que Arán empezaba a importarme.

Me llevé las manos al rostro. No había venido a los Pirineos a enamorarme. No después de todo lo que dejé atrás. Vine a recomponer mis pedazos, a vivir tranquila entre libros y montañas, a recuperar la voz que había perdido entre tantas cosas que dolían.

Pero entonces recordé: sus ojos miel clavados en los míos, la forma en que dijo que era un «plan pendiente» invitarme a comer. Esa sonrisa torpe y sincera. Y la idea de que alguien como él pudiera estar mirándome de esa manera me revolvió por dentro.

Saqué la carta del bolsillo y la puse sobre la mesilla. El sobre seguía amarillento, con la tinta desvaída en los bordes. La tentación

de leerla entera me quemaba los dedos. Y, sin embargo, no lo hice. No todavía.

Me tumbé de lado, mirando las sombras que el farol de la calle dibujaba en el techo. Intenté convencerme de que estaba aquí para mí, para empezar de cero. Pero en el fondo sabía que, si no tenía cuidado, Arán iba a derribar todas las murallas que había construido a mi alrededor.

Y lo peor era que una parte de mí quería que lo hiciera.

Capítulo 12

ARÁN

La cabaña olía a madera y a humo, como siempre. Encendí la estufa de leña y me dejé caer en la vieja butaca que había sido de mi abuelo. El silencio del valle me envolvió, roto solo por el zumbido que no me dejaba nunca. El maldito tinnitus.

Algunos días podía ignorarlo, otros se me metía en la cabeza hasta dejarme agotado. Aquella noche estaba en medio de esos dos extremos.

Cerré los ojos un instante, intentando acallar el pitido con pensamientos mejores. Pero lo único que me vino a la mente fue Dani.

Sus ojos verdes, intensos, como si pudiera leer lo que no digo. Esa sonrisa temblorosa cuando aceptó dar el paseo. El gesto de meterse las manos en los bolsillos, como si escondiera el mundo entero allí dentro.

Me pasé la mano por la nuca y suspiré. No debería estar pensando en ella de esa forma. Acababa de llegar al pueblo, y yo no soy precisamente un hombre fácil. Vivo solo en una cabaña heredada,

con demasiados silencios y fantasmas. Con demasiadas noches en las que lo único que me acompaña es el eco de una guitarra que ya casi no toco.

Y aun así... había algo en Dani que me hacía creer que no todo estaba perdido.

Me incliné hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas. La leña crujió en la estufa y las sombras bailaron en las paredes de piedra.

—Joder, abuelo... —murmuré al aire, con la voz áspera—. ¿Qué harías tú en mi lugar?

No obtuve respuesta, solo el mismo pitido agudo acompañándome como siempre.

Y, sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, no me sentí del todo solo.

Capítulo 13

DANI

La plaza de Arties estaba llena de puestos esa mañana. Cestas de manzanas rojas, quesos envueltos en papel encerado, panes que aún humeaban. El murmullo de la gente y el repiqueteo de las hojas secas bajo los pies creaban música propia.

Yo había salido temprano, con la excusa de comprar algo para desayunar, aunque en realidad necesitaba aire. La carta seguía en la mesilla de la habitación, y sentía que me miraba incluso a distancia.

Me detuve frente a un puesto de miel artesanal, probando una cucharadita que me ofreció la vendedora. El sabor era intenso, cálido.

—¿Está buena, verdad? —dijo una voz a mi lado.

Me giré. Era Arán.

Llevaba una chaqueta oscura y un gorro de lana que le cubría parte del cabello negro. En sus manos sostenía una bolsa de pan recién hecho. Sus ojos miel me miraban con esa calma que siempre parecía desarmarme.

—Sí... —respondí, intentando sonar natural—. Mucho mejor que la

que venden en la ciudad.

Él asintió con una media sonrisa.

—Aquí las cosas saben distinto. Menos prisa, más verdad.

Me quedé en silencio un segundo, observando cómo hablaba. Había algo en él que parecía pertenecer por completo a ese lugar, como si fuera imposible imaginarlo en otra parte.

—¿Y tú? —preguntó de pronto—. ¿Ya te estás acostumbrando al pueblo?

Me mordí el labio. Quise decir que sí, que todo estaba bien, pero lo único que salió fue:

—Lo intento.

Arán inclinó la cabeza, como si entendiera más de lo que yo quería admitir.

—A veces el principio es lo más difícil. Luego... encuentras tu sitio.

Nuestras miradas se cruzaron entre las mesas de miel, quesos y pan, y sentí que él veía más de lo que debía. Bajé los ojos enseguida, dándole las gracias a la vendedora antes de apartarme. Pero cuando me marché, noté que Arán se quedó un instante observándome. Y aunque no nos dijimos nada más, esa mirada me acompañó de regreso a la tienda.

Capítulo 14

DANI

La campanita de la puerta de la librería sonó cuando volví, cargada con una bolsa de pan y un frasco de miel. Clara me saludó con una sonrisa distraída desde el mostrador, ocupada revisando unas facturas. Yo me refugié en la trastienda, necesitando un momento de calma.

Apenas apoyé la bolsa sobre la mesa, el móvil vibró en el bolsillo de mi abrigo. Al ver el nombre en la pantalla, sentí cómo se me helaba la sangre.

Mamá.

No hablamos mucho últimamente. O mejor dicho: yo evitaba hablar. Porque cada llamada era un recordatorio de lo que había dejado atrás, de las ruinas que había provocado.

Contesté con un hilo de voz.

—¿Sí?

—Dani, cariño..., ¿cómo estás? —preguntó, con ese tono dulce y lleno de cautela, como si temiera que colgara en cualquier momento.

Cerré los ojos, apretando el móvil contra la oreja.

—Bien —mentí—. Todo bien.

Hubo un silencio incómodo en el que mi madre y yo siempre parecíamos medir las palabras.

—Tu padre... preguntó por ti el otro día.

Tragué saliva. Ese nombre no debía doler ya, pero lo hacía. Como una herida que nunca cicatrizaba del todo.

—Dile que estoy bien —susurré.

No hablamos mucho más. Ella me contó algo del vecindario, de su jardín, intentando llenar los huecos con normalidad. Yo apenas escuchaba. Solo quería que la llamada terminara.

Cuando colgué, me quedé un rato con el teléfono en la mano, sintiendo que me faltaba el aire.

El pasado siempre encontraba la forma de alcanzarme, incluso en este lugar, entre montañas.

Y aunque Arán no sabía nada ni podía saberlo... la verdad era que yo no estaba aquí solo por un nuevo trabajo o por un cambio de aires. Estaba huyendo. Y huir, tarde o temprano, siempre pasa factura.

Capítulo 15

ARÁN

El cielo estaba encapotado de ese gris que anuncia lluvia aunque aún no caiga ni una gota. Había salido a dar un paseo hasta la plaza, con la bolsa de pan bajo el brazo, cuando me encontré frente a la librería.

No tenía ningún motivo real para entrar. Ni necesitaba un libro nuevo ni Clara solía tener mucha paciencia conmigo, porque siempre hojeaba más de lo que compraba. Pero aun así, crucé la calle.

La campanita sonó cuando abrí la puerta. Dentro olía a papel, a madera y a ese café que Clara siempre llevaba en el termo.

—Arán —saludó Clara desde el mostrador, levantando apenas la vista—. ¿Otra vez por aquí?

—Necesito algo para leer —improvisé, encogiéndome de hombros.

No era del todo mentira, pero tampoco la verdad. La verdad era que esperaba verla a ella. A Dani.

Y entonces apareció desde la trastienda, con el cabello recogido a medias y un gesto cansado, como si algo la hubiera sacudido por dentro. Cuando me vio, intentó sonreír, aunque sus ojos verdes

tenían un brillo distinto.

—Hola —dijo, y esa palabra fue suficiente para que olvidara cualquier excusa.

Me acerqué a la mesa de novedades y cogí el primer libro que vi, sin siquiera fijarme en el título.

—Este —anuncié.

Clara arqueó una ceja.

—¿Ese? ¿Seguro?

Asentí sin pensar demasiado. Lo único que quería era un motivo para quedarme un poco más. Para seguir escuchando la voz de Dani entre estanterías y páginas.

Capítulo 16

DANI

Todavía tenía la voz de mi madre resonando en la cabeza cuando escuché la campana de la puerta de la librería. Me llevé instintivamente la mano al bolsillo, aunque la carta seguía guardada en la mesilla de la pensión. Aun así, parecía que me acompañaba a todas partes.

Lo vi entrar con esa calma que parecía tan propia de él. Llevaba una bolsa de pan y un gorro de lana que le dejaba el cabello despeinado. Clara lo saludó con un tono divertido, como si ya lo conociera de sobra.

Yo también lo saludé, intentando que mi voz sonara ligera.

—Hola.

—Hola —respondió él, y esa palabra sencilla bastó para encenderme un calor extraño en el pecho.

Lo observé de reojo mientras se acercaba a la mesa de novedades y cogía el primer libro que tenía a mano, como si no le importara en absoluto de qué trataba. Clara lo miró como si no acabara de creérselo, pero él se limitó a asentir, seguro de su elección

improvisada.

No pude evitar sonreír, aunque lo hice para mí. Era evidente que no había venido por el libro. Había venido... por algo más.

Mientras Clara le cobraba, yo ordené unos volúmenes en el estante cercano, solo para no quedarme demasiado quieta. Pero mis manos temblaban un poco porque, aunque quería mantenerme distante, había algo en su forma de estar allí que me hacía sentir vista, acompañada.

Cuando salió, el silencio de la librería me pareció más pesado. Como si se hubiera llevado consigo un pedazo de aire, y yo me hubiera quedado esperando que volviera.

Capítulo 17

ARÁN

La noche había caído de golpe, con esa oscuridad densa que solo existe en los valles. Encendí la lámpara de la cabaña y dejé, sobre el sillón, el libro recién comprado en la librería. Ni siquiera lo había hojeado. La verdad era que tenía otra cosa en la cabeza. Y es que, de camino a la cabaña, el libro que llevaba bajo el brazo me llevó al recuerdo de otro libro.

Me acerqué a la caja de zapatos que descansaba sobre la mesa. La abrí y ahí estaba, ese libro que había encontrado días atrás y que no pudo evitar inquietarme.

Un libro sin portada, con el lomo vencido hacia la derecha.

Lo abrí con cuidado. Las páginas estaban ásperas al tacto, y en una de ellas volvía a encontrarme con la dedicatoria que ya había leído:

> «Para A.H., porque algunas historias se cosen mejor a mano».

La caligrafía era inclinada, hecha con tinta que aún resistía al paso

de los años.

Debajo, pegado con celo amarillento, seguía el sobre viejo, con ese nombre medio borrado. Cerrado. Intacto.

Pasé los dedos por el borde quebradizo. Podía abrirlo. Y, sin embargo, algo me detuvo de nuevo. El pitido en mis oídos aumentó, como si incluso mi cuerpo me advirtiera de que no estaba preparado.

Guardé el libro de nuevo en la caja y la cerré con brusquedad. Apoyé las manos sobre la tapa, quedándome un momento inmóvil.

No sabía qué contenía la carta, pero algo me decía que, cuando la abriera, nada volvería a ser igual.

Capítulo 18

DANI

La jornada en la librería había terminado y Clara se había quedado cerrando la caja. Yo me abroché la chaqueta y salí a la calle, buscando el aire frío de la noche. Octubre oscurecía pronto, y las farolas ya iluminaban las calles empedradas de la plaza.

Iba camino de la pensión cuando escuché algo que me hizo detenerme.

La guitarra.

No era la primera vez que la oía. La primera vez que vi a Arán fue en este mismo puente, tocando acordes sueltos, casi como si buscara calentar un recuerdo. Pero ahora, las notas fluían con más decisión. Melancólicas, sí, pero también firmes, como si de alguna manera se estuviera reconciliando con ellas.

Me acerqué despacio. Arán estaba sentado en el borde del puente, con la guitarra apoyada en la pierna y los dedos moviéndose con una naturalidad que delataba horas y horas de práctica. Llevaba el gorro de lana, pero algunos mechones oscuros le caían sobre la frente.

Se veía... hermoso. Y me dolió reconocerlo. Porque yo no quería fijarme en nadie, mucho menos dejar que alguien empezara a importarme. No después de todo lo que había vivido. Pero él estaba allí, con ese aire sereno y vulnerable al mismo tiempo, y no podía apartar la vista.

—Se nota que hacía tiempo que no tocabas en serio —dije al fin, sin pensar demasiado.

Arán levantó la mirada. Sus ojos se encontraron con los míos, y por un instante tuve la impresión de que podía leerme por dentro.

—Sí —respondió, con una media sonrisa cansada—. Supongo que lo echaba de menos.

Me senté a su lado, dejando un espacio prudente entre los dos. El río corría bajo nuestros pies, arrastrando hojas secas iluminadas por la luz de los faroles.

—Me gusta escucharte —admití, más en un susurro que en una afirmación firme.

Él bajó la vista hacia la guitarra, como si mis palabras pesaran más de lo que aparentaba.

—A veces la música es lo único que dice lo que yo no sé explicar.

Guardé silencio. Mi primera reacción fue sentir el malestar de siempre: ese recordatorio constante de que no debía permitir que nadie me rozara demasiado de cerca. Había venido aquí para recomponerme, no para enredarme en otra historia. Pero entonces lo miré de nuevo.

Su perfil bajo la farola parecía esculpido en sombras. La mandíbula, marcada; los labios gruesos y bonitos, que se curvaban con esa sonrisa casi tímida; los ojos color miel, que parecían contener preguntas que nunca decía en voz alta.

Y sentí el deseo absurdo, casi doloroso, de quedarme allí, de seguir escuchándolo tocar hasta que el frío me calara los huesos.

No quería atarme a nadie. No podía. Y aun así, con Arán cerca, era imposible no querer quedarme.

Capítulo 19

ARÁN

No pude.

El sobre seguía dentro del libro, pegado a aquel celo amarillento. Había acariciado los bordes, a punto de romperlo, pero algo en mí se resistió. Como si abrirlo fuera abrir también una herida que no estaba listo para enfrentar.

Cerré el libro, lo guardé en la caja de zapatos y esta vez la empujé al fondo del armario del dormitorio. El pitido en mis oídos se intensificó, convirtiéndose en un zumbido insoportable.

Necesitaba aire. Necesitaba música.

Cogí la guitarra casi sin pensarlo y salí hacia el puente. El frío cortaba la piel, pero no me importaba. Me senté en el borde de piedra y dejé que los dedos encontraran las cuerdas. Al principio fueron acordes dispersos, como siempre. Después sin darme cuenta, la melodía se volvió más clara, aunque melancólica.

No tocaba desde hacía demasiado tiempo. Tal vez porque la música siempre me recordaba a él. A mi abuelo. Y a todo lo que ya no estaba.

Pero entonces escuché una voz.

—Se nota que hacía tiempo que no tocabas en serio.

Levanté la vista, sorprendido. Allí estaba Dani, de pie bajo la farola, con el pelo castaño cayéndole sobre los hombros, brillando apenas con la luz anaranjada. Sus ojos verdes, tras los vidrios de esas grandes gafas cuadradas, clavados en mí con una intensidad que me hizo olvidar el zumbido constante en mis oídos. Y su boca se curvaba en una expresión contenida, como si luchara entre quedarse o marcharse.

Se acercó despacio y se sentó a mi lado, dejando un espacio prudente entre los dos. Pero yo podía sentir el calor de su cuerpo a pesar del frío de la noche.

No sé cuánto tiempo permanecimos así, compartiendo el silencio del río y la música. Solo sé que empecé a fijarme en detalles que antes había ignorado: un pequeño tatuaje de violetas detrás de la oreja, que se dejaba ver en un momento en que se recogía un mechón que le tocaba la cara, unos pequeños hoyuelos que aparecían en sus mejillas al sonreír, el brillo húmedo de sus ojos al reflejar la luz, la tensión en su postura, como si una parte de ella quisiera huir, pero otra parte necesitara quedarse.

Dani tenía algo distinto. No solo era bonita —aunque lo era, y mucho más de lo que quería admitir en voz alta—, era que su presencia alteraba todo lo que me rodeaba. El aire parecía distinto cuando estaba cerca.

Me descubrí deseando que no se levantara, que no dijera «adiós». Porque por primera vez en mucho tiempo, el peso de mis silencios no me resultaba insoportable.

Cuando dejé la mano reposar sobre las cuerdas y la melodía se apagó, solo quedó el rumor del río. Y aun así, no me sentí vacío. Porque ella seguía allí, a mi lado.

Y su sola cercanía bastaba para que todo doliera un poco menos.

Capítulo 20

DANI

El tiempo en el puente se me escurrió sin que me diera cuenta. No hablamos mucho, pero no hizo falta. La música, el rumor del río y la cercanía de Arán, aun con ese espacio prudente entre los dos, llenaban más que cualquier conversación.

Cuando guardó la guitarra y se levantó, yo hice lo mismo. No quería marcharme todavía, pero tampoco podía quedarme eternamente allí, fingiendo que lo mío no era un torbellino imposible de contener.

—Gracias por dejarme escucharte —dije, con voz baja.

Él sonrió, apenas, pero lo suficiente como para que me temblaran las rodillas.

—Gracias por quedarte.

El corazón me dio un vuelco. Era una frase sencilla, pero encendió un calor en mi estómago que me acompañó mientras nos despedíamos. Me limité a devolverle la sonrisa. Nos miramos un segundo más de lo necesario; y al final, di un paso atrás y me obligué a girarme.

Crucé la plaza hacia la pensión con la certeza apretándome el pecho: la carta que había encontrado llevaba su nombre. No podía ser casualidad.

Cuando llegué a la habitación, encendí la lámpara de la mesilla y me senté en el borde de la cama. Saqué el sobre amarillento del cajón, con las manos todavía temblorosas.

Lo abrí hasta la parte en la que me había quedado. El papel crujió como si protestara por tantos años de silencio.

El miedo me atenazó de golpe. No sabía qué iba a encontrar: ¿palabras que me empujaran aún más hacia Arán o frases capaces de levantar un muro imposible entre los dos?

No quería atarme a nadie, no podía..., pero tampoco estaba preparada para volver a sufrir.

Dudé unos segundos más y lo doblé de nuevo, con el corazón desbocado. Lo dejé sobre la mesa, como si apartarlo de mi vista pudiera apagar también las preguntas que me devoraban por dentro.

Apagué la luz, pero no pude dormir. Porque aunque no había leído el final de la carta, ya era demasiado tarde: esa tinta vieja empezaba a escribir algo dentro de mí.

Capítulo 21

ARÁN

Dejé de tocar porque sentí que no podía seguir. No porque mis dedos no respondieran, sino porque Dani estaba allí, a mi lado, y cada nota parecía sonar distinta con ella escuchándome.

Cuando se marchó, el puente se quedó demasiado vacío. Cogí la guitarra enfundada y caminé hacia la cabaña con el frío calándome los huesos. Y aun así, había algo en mi pecho que no tenía nada que ver con el viento: una sensación nueva, incómoda, como si las palabras de Dani hubieran quedado flotando en el aire, colándose bajo mi piel.

No estaba acostumbrado a eso. A que alguien me mirara de esa forma.

La luz de la taberna del pueblo iluminaba la esquina de la calle cuando escuché una voz familiar.

—¡Arán!

Me giré y vi a Andreu, el carpintero. Llevaba un gorro de lana y un saco pequeño de herramientas colgando del hombro. Había sido amigo de mi abuelo, y siempre que me veía se detenía a charlar.

—Buenas noches —lo saludé, intentando sonar más tranquilo de lo que estaba.

Se acercó con paso lento. Tenía esa calma de la gente que ha vivido tanto que nada logra apresurarlos.

—Pasé cerca de tu cabaña el otro día —me dijo—. Todavía suena esa puerta como si quisiera salirse de las bisagras.

Solté una sonrisa breve.

—Sí, sigue igual.

—Ya te lo dije, cuando quieras me paso a arreglarla. Tu abuelo odiaba ese chirrido. Decía que parecía que la casa lloraba cada vez que entraba.

Me quedé quieto. La forma en que hablaba de él, como si aún pudiera aparecer en cualquier momento, me encogió el pecho.

—Lo sé —respondí, con voz baja.

Andreu me observó un instante, con esa mirada que pesa más que las palabras.

—Tu abuelo estaba orgulloso de ti. Nunca lo olvides.

No supe qué contestar. Asentí, y Andreu me dio una palmada en el hombro antes de seguir su camino, perdiéndose entre las luces de la calle.

Reanudé mi camino hacia la cabaña con la guitarra en la espalda y el eco de esa frase repitiéndose en mi cabeza: «Tu abuelo estaba orgulloso de ti».

Ojalá yo pudiera estar igual de seguro.

Capítulo 22

ARÁN

La puerta volvió a chirriar cuando la empujé, como si quisiera recordarme las palabras de Andreu: «Tu abuelo odiaba ese ruido. Decía que la casa lloraba cada vez que entraba».

Solté la guitarra en el sofá y encendí la estufa de leña. El silencio volvió a llenarlo todo, roto solo por el zumbido que me acompañaba siempre.

Me dejé caer en el sillón, con los ojos cerrados.

No podía sacármela de la cabeza. Dani, sentada conmigo en el puente. El cabello castaño brillando bajo la farola. Sus ojos verdes, fijos en mí como si la música no saliera de la guitarra. Y esa sonrisa breve, que parecía escapársele aunque no quisiera.

No tenía derecho a pensar en ella de esa manera. Apenas nos conocemos. Apenas hemos compartido unos pocos paseos, unas cuantas palabras. Y, sin embargo, me descubrí repasando cada detalle de su rostro, de sus gestos.

El pueblo está lleno de silencios. Yo mismo estoy hecho de ellos. Y aun así, cuando Dani está cerca, esos silencios no pesan.

Pasé una mano por la nuca, intentando ahuyentar la inquietud.

Quizá no debería dejar que esto avanzara. Quizá era más sencillo seguir encerrado en mis rutinas, con mis recuerdos y mis fantasmas.

Pero la verdad era otra. La verdad era que, por primera vez en años, no me había sentido solo sentado en aquel puente. Y eso lo cambiaba todo.

Capítulo 23

DANI

La mañana amaneció cubierta de nubes, y el frío se colaba entre las rendijas de la librería. Clara había salido a hacer unos recados y me pidió que me tomara un descanso, que no me pasara la jornada entera entre estantes. Así que crucé la calle hasta la cafetería de enfrente.

El olor a café recién molido y a bollería me envolvió en cuanto entré. Elegí una mesa cerca de la ventana, desde donde podía ver la librería, y pedí un café con leche de avena. Me gustaba observar cómo la vida del pueblo se movía despacio, como si nadie tuviera prisa.

No esperaba verlo entrar.

Arán empujó la puerta, sacudiéndose el gorro de lana, y en cuanto me vio, se detuvo un instante. Luego se acercó a mi mesa con esa calma que parecía tan suya.

—¿Te importa? —preguntó, señalando la silla vacía frente a mí.

—Claro que no.

Se sentó y pidió un café solo. Nos quedamos en silencio unos

segundos, pero esta vez no fue incómodo. Era distinto. El murmullo de la cafetería nos cubría, y yo sentía que podía respirar.

—¿Sueles venir mucho aquí? —me animé a preguntar.

Él negó con la cabeza.

—No demasiado. Aunque hacen buen café. —Me miró de reojo y añadió—: Y hoy parece que elegí bien el día para venir.

No supe qué contestar. Sentí un calor repentino subirme por el cuello.

El camarero dejó su taza y él la rodeó con las manos, como si buscara calor. Sus dedos eran largos, firmes, y me sorprendí observándolos más de la cuenta. Aparté la mirada, fingiendo interés en la ventana.

—Clara me contó que te adaptas rápido —dijo Arán, rompiendo el silencio—. Que eres buena con los clientes.

—Intento hacer lo que puedo. —Sonreí con torpeza—. No es fácil llegar a un sitio nuevo y sentir que encajas.

Él me sostuvo la mirada un momento, y esa sensación regresó: como si viera más de lo que yo decía.

—A veces se tarda en encontrar el lugar al que perteneces —murmuró.

Bajé la vista a mi café. El corazón me latía demasiado fuerte para algo tan simple como una conversación. No quería admitirlo, pero estar allí con él me resultaba cómodo. Demasiado cómodo.

Y esa comodidad era peligrosa.

Cuando terminamos, salimos juntos. El aire frío me golpeó de frente, pero dentro de mí había un calor que no tenía nada que ver con la temperatura.

Capítulo 24

ARÁN

El aire frío nos recibió en cuanto salimos de la cafetería. Dani se ajustó la chaqueta, hundiendo un poco más el cuello en el abrigo, y yo tuve la tentación de ofrecerle mi bufanda. Pero no lo hice.

Caminamos en silencio por la calle empedrada. La nieve aún no había llegado, pero el invierno ya se intuía en el viento. Yo llevaba las manos en los bolsillos y la guitarra aún colgaba de mi hombro; la había traído conmigo casi por costumbre, aunque no pensaba tocar.

Ella caminaba a mi lado, con las mejillas enrojecidas por el frío. Había algo en la forma en que apretaba los labios, como si luchara contra algo invisible.

—¿Te acostumbras ya a lo gélido del valle? —pregunté, buscando romper la tensión.

Sonrió, breve.

—Me esfuerzo. Aunque confieso que echo de menos la calefacción central.

Reí por lo bajo, y ella me miró de reojo. Me sorprendió lo fácil que se me hacía reír con ella. Hacía tiempo que no me pasaba.

Un golpe de viento levantó su cabello y, sin pensarlo, alcé la mano para apartarle un mechón que le cubría el vidrio de las gafas y la nariz. Dudé a medio gesto, consciente de lo que estaba haciendo, pero ya era tarde. Mis dedos rozaron apenas su sien antes de que ella lo recogiera con un movimiento rápido.

Se tensó un segundo, como si no supiera qué hacer con ese gesto. Pero no se apartó.

Me guardé la mano en el bolsillo otra vez, en silencio. El zumbido en mis oídos se mezclaba con el latido acelerado de mi propio pulso.

No dije nada más hasta que llegamos frente a la librería. Ella se detuvo. El pelo aún le brillaba con el viento, y sus ojos verdes me atraparon un instante demasiado largo.

—Entonces... ¿te veré pronto? —preguntó, arqueando una ceja, con un tono que no había usado hasta ahora.

Me pilló desprevenido. Había algo distinto en su voz, un tono que no le había escuchado antes. Más seguro. Más desafiante.

—Claro —respondí, y mi voz sonó más ronca de lo que quería.

Dani sonrió de medio lado, con una chispa en la mirada que no le había visto antes.

—Menos mal, ya empezaba a pensar que solo sabías decir «gracias».

Sentí como el calor me subía por el cuello y lo único que pude hacer fue sonreír, sin encontrar una réplica a la altura. Su ironía repentina me desarmó.

Se giró hacia la puerta y entró en la librería con paso tranquilo, como si no acabara de dejarme el corazón golpeando a toda velocidad.

Me quedé quieto en la calle, con la bufanda aún en el cuello.

Capítulo 25

DANI

La mañana se pegó al cristal como una niebla tibia. En la librería, el olor a papel y barniz se sostuvo mejor que el café. Clara había salido al ayuntamiento a arreglar un permiso para la presentación de un autor local y me dejó al mando con una advertencia cariñosa: «Si entra el señor que pregunta por novelas de espías con final feliz, dile que no existen».

Me reí sola un rato, acomodando un montón de novedades en la mesa. Cuando empujé la última caja, el cartón me raspó la palma y solté un siseo.

—¿Te ayudo?

Levanté la vista. Arán, con la bufanda floja y la guitarra a la espalda, ocupaba la puerta como si el marco se le quedara pequeño. Tenía los ojos aún dorados del frío. Me sorprendió lo natural que se sentía que cruzara ese umbral.

—Solo si piensas merecer el título de héroe local —dije, medio en broma.

Se acercó y, sin esfuerzo, levantó la caja que a mí me había

vencido. Al pasarla a la mesa, su mano rozó la mía. Nada grandilocuente: piel con piel, un segundo. Pero el cuerpo entiende antes que la cabeza; sentí el impulso primario de apartarme y el anhelo, igual de primario, de no hacerlo.

—¿Vas a ficharme para el equipo de cargas? —preguntó, con media sonrisa.

—Si devuelves ese libro que compraste el otro día sin abrirlo, me ofendes profesionalmente.

—Lo abrí —mintió fatal.

—Ajá. ¿Y qué tal la brillante obra maestra que elegiste sin mirar?

—Infravalorada —dijo, y me sostuvo la mirada con descaro.

Fue tan absurdo que me reí. La risa me salió limpia, de las que no escuchaba en mi boca desde hacía demasiado. Él la atrapó con los ojos, como si la quisiera guardar para después. Y ahí estaba otra vez: esa calma que tiene, ese modo de estar que no empuja ni exige, solo ofrece espacio.

—Pasé por aquí por si... —se detuvo, buscando una frase que no pareciera confesión—. Por si Clara necesitaba algo para la puerta. Andreu dice que puede pasarse esta tarde.

—Perfecto —respondí—. La puerta llora cada vez que alguien entra.

—Eso decía mi abuelo.

El silencio que siguió no pesó. Lo llenaron la campanita lejana de la iglesia y nuestras respiraciones. Yo fingí colocar señaladores, él apoyó la guitarra junto a la estantería de Ensayo. La funda, abierta, olía a madera y resina.

—Anteayer... —empecé, y la palabra se me quedó colgando entre la lengua y el orgullo.

Él alzó, mínimamente, una ceja. No preguntó. No presionó. Me dio ese tipo de silencio que se parece a una mano ofrecida: puedes

tomarla o no.

—Tocabas distinto —dije al final—. Como si hubieras dejado de pelearte con la canción.

No bajó la vista. Tampoco sonrió del todo. Asintió una vez.

—A veces la pelea es con uno mismo —murmuró.

Se quedó algo más, ayudándome a mover un mostrador unos centímetros («tres, no cuatro», ordené, y me imitó con una seriedad que me arrancó otra risa). Antes de irse, se detuvo en el umbral. El viento le desordenó el pelo.

—¿Te veré pronto? —pregunté, sin pensar, y en cuanto lo hice sentí el rubor subir como una marea.

No me salvé con un «gracias». No nos hacía falta.

—Claro —dijo.

—Bien —ladeé la boca—, preferiría no tener que escribirte una queja formal por ausencias injustificadas.

—Lo último que quiero es meterte en trámites —replicó, y se fue con esa media sonrisa que deja ecos.

La campanita tintineó cuando la puerta se cerró tras él. El ruido volvió a su carril habitual: páginas, pasitos, la radio baja en la trastienda. Yo me quedé un minuto de pie, con la sensación de que el aire estaba un poco más templado donde había estado Arán.

El móvil vibró. Mamá.

El cuerpo reacciona antes que la mente. Garganta seca, dedos fríos. Contesté.

—Dime.

—Hola, cielo. ¿Te pillo mal?

No miré el espejo, pero sabía qué cara estaba poniendo: la de «no pasa nada». A estas alturas la llevaba cosida.

—He llamado solo para... —oigo papeles— para decirte que nos han pedido tu firma para lo del piso. —Pausa—. Y tu padre preguntó

por ti. Otra vez.

—No voy a volver —dije, demasiado rápido.

—No te estoy pidiendo eso. —La voz de mi madre es suave incluso cuando sostiene cristales—. Solo que no dejes que todo se decida sin ti. Y... —respira— y que me digas si estás comiendo bien. Si duermes.

La ternura duele más que la culpa. Vi, sin querer, el borde amarillento del sobre que había cogido de la mesita de la pensión y dejé en la trastienda; el solo pensamiento lo traía a la superficie como si tuviera imanes.

—Como. Duermo a ratos —mentí a medias.

—Dani, cariño..., no tienes que demostrarle nada a nadie quedándote sola en una habitación fría —susurró—. Las cosas que no miramos desaparecen.

Apoyé la espalda en la escalera de madera. La librería olía a polvo limpio y tinta. Abrí la boca para decirle que estaba bien, que estaba encontrando un orden, que aquí el aire no dolía tanto, que quizá... Y entonces, al otro lado del cristal, vi pasar a Arán con Andreu. Hablaban: el carpintero, marcando con las manos el tamaño de algo invisible; Arán, escuchando con esa atención mansa que tiene. Mi madre seguía al teléfono, lejos y cerca a la vez.

—Mamá —dije—, ahora no puedo. Luego te llamo.

Hubo un silencio de madre. Ese que te reconoce hasta los huesos.

—No tardes —pidió—. Han puesto fecha.

No pregunté a qué. Colgué con el corazón encogido, como si alguien hubiera apretado un hilo que me atraviesa de lado a lado.

En la trastienda, abrí el cajón. La carta estaba donde la había escondido, paciente. La saqué con cuidado. Las fibras protestaron en un crujido leve. El nombre de Arán brilló como una culpa prestada.

El miedo tiene dos caras. Una dice: «Léela, deja de inventar

fantasmas». La otra susurra: «Si la lees, vas a tener que hacer algo con lo que descubras».

Apoyé el papel sobre la mesa. El borde me tocó los nudillos. Pensé en su mano rozando la mía hace un rato, en la risa que me arrancó con nada, en su calma peligrosa. Pensé en mi madre diciendo «han puesto fecha». En todo lo que una firma puede arrastrar.

Di la vuelta a la página hasta el punto exacto donde la había detenido días antes. La tinta bailaba, vieja y obstinada.

> ... no sabré si hice bien, pero no supe quedarme. Hay cosas que se rompen y no encuentran casa si uno no se va. Si aún estás leyendo, Arán...

La campanita de la puerta sonó. Guardé la carta a toda prisa, como quien esconde un arma. Salí a la sala principal con el pulso atascado en las muñecas.

Arán estaba en el umbral con Andreu detrás. Traían olor a calle y leña.

—Venimos a ver si hacemos callar a esta puerta —anunció Andreu, ya sacando un destornillador como si fuera un conejo de chistera.

—Y yo, a no estorbar —dijo Arán, pero su mirada me buscó, detenida medio segundo en mi cara, como si notara algo que yo no había sido capaz de esconder.

Sonreí profesional, perfecta, intacta.

—Adelante —dije—. Si consigues que deje de llorar, te hago un altar de encuadernación.

Andreu rio. Arán, no. Él solo sostuvo mi mirada como si pudiera escuchar, bajo el murmullo del pueblo y el metal del destornillador, el ruido exacto que hacía el papel cuando lo volví a doblar.

Y supe que no podía seguir mucho tiempo en ese filo: o leía, o corría.

El timbre volvió a sonar. Afuera, el valle respiró hondo. Dentro, la puerta por fin dejó de quejarse. Mi pecho, no.

Capítulo 26

ARÁN

Andreu siempre hacía parecer que todo era más fácil de lo que era. En menos de diez minutos, la puerta de la librería dejó de chirriar como un animal herido.

—¿Ves? Ni altar ni nada —dijo, limpiándose las manos en el pantalón—. Solo un poco de aceite y paciencia.

Dani sonrió con gratitud. Tenía la mirada cansada, pero en cuanto sonrió, fue como si la librería se iluminara un poco más. No entendía cómo podía lograr eso: cambiar el aire de un sitio con tan poco.

—Mi abuelo odiaba ese ruido —comenté, más para mí que para nadie.

—Lo odiaba porque escuchaba demasiado —replicó Andreu, guardando las herramientas—. Tu abuelo decía que una puerta que llora te recuerda que no puedes entrar sin hacerte oír.

Me mordí la lengua. A veces Andreu soltaba frases que parecían sacadas directamente de las libretas amarillentas de mi abuelo.

Dani nos miró a los dos, como si quisiera entender más de lo que decíamos, pero no preguntó nada. Sus ojos verdes tenían ese brillo

curioso, a medio camino entre la cautela y las ganas de quedarse.

Andreu se despidió pronto, con una palmada en mi hombro.

—La casa también necesita aceite y paciencia —dijo antes de salir, como si leyera lo que yo pensaba.

Cuando quedamos solos, el silencio fue distinto. Dani recogía unos papeles en el mostrador, y yo me descubrí observándola de más. No era solo su físico —aunque me sorprendía a mí mismo reparando en sus labios, en la forma en que el cabello le rozaba la mejilla—, era la tensión que parecía acompañarla siempre, como si cargara con algo invisible que en cualquier momento pudiera quebrarla.

Me acerqué para coger la guitarra, que había dejado junto a la estantería. Al hacerlo, nuestras manos volvieron a rozarse. Un roce mínimo, pero suficiente para que me recorriera un escalofrío.

Ella lo notó. Lo sé porque levantó la vista y se quedó quieta, con la respiración apenas contenida.

—Gracias por ayudar con la puerta —dijo, demasiado formal, como si quisiera tapar lo que flotaba entre nosotros.

Asentí, aunque lo que me habría salido de verdad era decirle que no tenía nada que agradecer. Que lo único que quería era quedarme allí, con ella, aunque no supiera explicarle por qué.

La campanita de la puerta volvió a sonar y un cliente entró, rompiendo el instante.

Me despedí con un gesto y salí a la calle, con el frío golpeándome otra vez. El zumbido en mis oídos se mezclaba con la memoria del roce de su piel contra la mía.

Y aunque traté de convencerme de que solo era un accidente, supe que no era cierto.

Capítulo 27

DANI

La librería olía a madera recién engrasada después de que Andreu terminara con la puerta. El silencio era distinto ahora: ya no había chirridos al abrir y cerrar, y eso me descolocaba un poco. Como si el lugar se hubiera librado de una queja que lo acompañaba todo el tiempo.

Clara volvió a media tarde, con las manos llenas de carpetas del ayuntamiento y su energía de siempre. Me miró de arriba abajo apenas entrar.

—¿Qué? —pregunté, incómoda bajo esa mirada escrutadora.

—Nada, solo que tienes mejor cara que ayer —respondió, dejándome un fajo de papeles sobre el mostrador.

Negué con la cabeza y me agaché a ordenar unos libros. Pero Clara no era de las que dejaban escapar un hilo.

—¿Ha venido Arán? —preguntó, como quien habla del tiempo.

El nombre me golpeó en el estómago. Me incorporé despacio, fingiendo indiferencia.

—Sí. Con Andreu. Lo de la puerta.

Clara sonrió como si hubiera confirmado una sospecha.

—Claro. Y seguro que tú estabas encantada de que viniera a «no estorbar».

Abrí la boca para protestar, pero ella levantó una ceja. Era inútil. Clara tenía esa habilidad de ver más allá de lo que decías.

—Es... amable —balbuceé.

—«Amable» —repitió ella, degustando la palabra—. Ya. Eso explicaría por qué sonríes diferente cuando entra.

Sentí el calor subir por mis mejillas.

—No es eso.

—No me lo expliques a mí —dijo, encogiéndose de hombros—. Explícatelo a ti misma.

Se fue a la trastienda, dejándome sola con el corazón acelerado y esa frase rondándome como un cascabel que no dejaba de sonar: «Sonríes diferente cuando entra».

Me apoyé en el mostrador, respirando hondo. Ojalá Clara estuviera equivocada. Ojalá fuera solo mi imaginación. Pero la verdad era otra: cada vez que Arán cruzaba la puerta, el mundo se sentía menos hostil.

Y eso me daba tanto miedo como ganas de quedarme.

Capítulo 28

ARÁN

Aunque el aire arrastraba y levantaba hojas secas, Arties había amanecido con un sol radiante. Ese sol de otoño que, a pesar del frío de los Pirineos, te calienta las mejillas y te hace sentir más optimista. Me detuve un momento frente a la librería, dudando. No quería parecer que me presentaba sin motivo... aunque, en realidad, eso era lo que llevaba haciendo desde que conocí a Dani.

La puerta ya no chirriaba. Andreu había hecho su magia y ahora el silencio del local parecía distinto, como si incluso las paredes respiraran más tranquilas.

Dani estaba en el mostrador, concentrada en una pila de libros que acomodaba con precisión. Cuando levantó la vista me vio, sonrió apenas, un gesto pequeño pero suficiente para descolocarme. Clara no estaba.

—Otra vez por aquí —dijo, con una ironía suave.

—Prometo que no vengo a dar trabajo —contesté, acercándome. Dudé un segundo y añadí—: Vengo a proponerte una cosa.

Ella arqueó una ceja, expectante.

—Suena peligroso.

Tragué saliva. Nunca había sido bueno para estas cosas, pero sentía que si no lo decía ahora, no lo diría nunca.

—Hace tiempo que no voy a Más Pasta. Ya sabes, la pizzería de la calle Remei. Como te dije que algún día te llevaría a comer algo, bueno, pensaba... —La voz se me quebró un poco, así que lo solté de golpe—: Que podríamos ir juntos, si te apetece.

Por un segundo temí haber dicho una estupidez. Pero Dani se quedó mirándome, en silencio, como si pesara cada palabra. Y luego, con esa media sonrisa que parecía esconder siempre más de lo que mostraba, respondió:

—Depende. ¿Vas a pasarte toda la cena diciendo «gracias»?

Reí por lo bajo, aliviado.

—Lo intentaré evitar.

—Entonces puede que sí —dijo, volviendo a sus libros, pero con los labios aún curvados.

Me quedé un instante más, observándola en esa luz cálida de los rayos del sol que entraban por la cristalera de la librería, y supe que esa sonrisa valía cualquier espera.

Capítulo 29

DANI

Pasé el resto de la tarde distraída, fingiendo que leía los lomos de los libros mientras mi cabeza repasaba la invitación una y otra vez. Más Pasta. Una cena. Con él.

No era nada, me repetía. Una pizza no tiene por qué significar más que eso, pero la voz en mi pecho no pensaba lo mismo.

Cuando la librería quedó en silencio y crucé a la pensión, el nerviosismo se volvió más tangible. Me miré al espejo del baño, pasé los dedos por el cabello como si pudiera domar algo que nunca obedecía y suspiré. No quería dar la imagen de alguien que se arregla «para alguien», pero al final acabé cambiando de chaqueta tres veces antes de decidirme, y reemplazando las gafas por lentillas.

Un golpe suave en la puerta me sacó de mis pensamientos. Abrí y allí estaba él.

—¿Lista? —preguntó.

—Más o menos —dije, intentando sonar ligera.

Me observó un segundo más de la cuenta. Luego añadió:

—Abrígate bien. Después de la cena quiero llevarte a un sitio.

—¿A un sitio? —repetí, arqueando una ceja.

—Cerca de la ermita. Desde allí se ve el cielo de noche como en ningún otro lugar.

El estómago me dio un vuelco. No era solo la cena, no era solo pizza. Era... algo más. Un pedazo de su mundo que estaba dispuesto a compartir conmigo.

Asentí, sin fiarme de mi voz. Cogí el abrigo más grueso del perchero y me lo puse con las manos un poco temblorosas.

Mientras bajábamos juntos hacia la calle Remei, con las luces encendidas y el murmullo de la gente escapando de las ventanas, supe que no se trataba de una simple cita. Era el principio de algo que me daba miedo... y que al mismo tiempo deseaba con todas mis fuerzas.

Capítulo 30

ARÁN

Más Pasta estaba casi lleno, el murmullo de conversaciones y el olor a queso fundido lo envolvían todo. En Arties no había muchos lugares para cenar fuera, por eso aquel restaurante siempre parecía tener vida propia.

Elegimos una mesa junto a la ventana, desde donde se veía la calle Remei iluminada por las farolas. Dani dejó el abrigo en el respaldo de la silla y se recogió el cabello con un gesto rápido que me pareció más íntimo que cualquier palabra.

—¿Eres de los que arriesga con la pizza o de los que siempre piden lo mismo? —preguntó, hojeando la carta.

—Soy fiel a la de cuatro quesos —respondí.

—Clásico —dijo, arqueando una ceja—. Seguro que Clara también lo habría adivinado.

—Ella me adivina demasiadas cosas —repliqué, y Dani sonrió, como si entendiera demasiado bien de qué hablaba.

Terminamos pidiendo una pizza grande para compartir. Cuando llegó, humeante, Dani me sorprendió sirviéndome primero a mí.

—¿Ves? —dijo, mientras dejaba el trozo en mi plato—. No solo sé vender libros, también reparto bien.

—Tendré que escribirlo en una reseña —contesté, y ella rio. Esa risa breve, limpia, que hacía que el restaurante entero pareciera quedarse en silencio un segundo.

Hablamos de cosas pequeñas: de cómo ella aún se perdía por algunas calles del pueblo, de la última nevada que había atrapado a Andreu en Vielha; de un grupo de turistas que, el invierno pasado, habían confundido la plaza con una pista de patinaje. Pero entre palabra y palabra había miradas más largas de lo normal, pausas que se estiraban como si no quisiéramos llenarlas.

En un momento, un mechón de su pelo se deslizó hacia la frente y estuve a punto de apartárselo, pero ella lo recogió antes, sin darse cuenta de que yo había alzado la mano. Fingí que buscaba mi vaso y la dejé en la mesa, disimulando el gesto.

La pizza desapareció casi sin que nos diéramos cuenta. Cuando la camarera retiró los platos, Dani me miró con esa media sonrisa que parecía guardar siempre un secreto.

—No estuvo mal —dijo.

—Venga ya, estas pizzas napolitanas son las mejores del valle —respondí, con tono burlesco y divertido a la vez.

Ella sonrió ampliamente, provocando esos hoyuelos en sus mejillas, y sus ojos verdes se iluminaron con un brillo que me atravesó más que cualquier broma.

Salimos al aire frío de la calle Remei. La noche estaba despejada, de momento, y el cielo empezaba a llenarse de estrellas.

Capítulo 31

DANI

El camino hasta la ermita crujía bajo nuestros pasos. El aire estaba frío, con ese olor metálico que anuncia lluvia, aunque el cielo aún se mostraba despejado.

La subida no fue larga, pero sí suficiente para que mi respiración se acelerara más de lo normal. Me detuve un instante, fingiendo observar el paisaje. En realidad, necesitaba recomponerme. Él lo notó, claro, y se quedó a mi lado en silencio. Esa forma suya de esperar sin exigir nada empezaba a resultarme peligrosa.

Cuando llegamos, la vista me dejó sin palabras. Desde la ermita, el valle parecía desplegarse entero, oscuro y brillante al mismo tiempo, con las luces del pueblo titilando como brasas.

—Es increíble... —susurré.

Arán sonrió, satisfecho.

—Te dije que merecía la pena.

Nos quedamos en silencio, mirando el cielo que empezaba a llenarse de estrellas. El valle entero parecía haberse detenido, como si contuviera la respiración. La ermita, solitaria, nos protegía a

medias del viento, y por un instante tuve la sensación de que nada podía alcanzarnos allí arriba.

Arán se sentó en el muro bajo que rodeaba la explanada, y yo me acomodé a su lado. El frío rozaba mis mejillas, pero la vista compensaba cualquier incomodidad: miles de luces diminutas colgando del cielo, como si alguien hubiera cosido cristales en una tela negra.

—Aquí siempre se ven así —dijo, con voz baja—. Más cerca. Como si el mundo entero quedara reducido a esto.

—Es increíble —susurré, incapaz de apartar la mirada.

Él me observó un instante y luego añadió:

—Aunque no te fíes demasiado. El clima en los Pirineos puede cambiar en cuestión de minutos. Lo que ahora parece un cielo perfecto, en nada puede volverse tormenta.

Me giré hacia él, arqueando una ceja.

—¿Me lo dices como advertencia o como metáfora?

Sonrió apenas, sin responder, y volvió la vista al cielo.

Permanecimos allí más rato del que había planeado. Minutos largos que se hicieron cortos, entre el murmullo del viento y la sensación de que compartíamos algo que no necesitaba palabras. Hasta que el aire se volvió más áspero y las primeras nubes empezaron a arrastrarse sobre las montañas como si alguien las empujara desde el otro lado del valle.

Las primeras gotas me sorprendieron en los labios, heladas.

—Vámonos —dijo Arán. Su tono no admitía dudas.

En segundos, la llovizna se convirtió en aguacero. El viento rugía, empujando el agua contra nosotros con furia. Corrimos por el sendero, riendo y maldiciendo a la vez. El frío se me clavaba en los huesos, el barro salpicaba mis botas, y aun así sentí algo salvaje y liberador en esa carrera bajo la tormenta.

—La cabaña está más cerca que la pensión —me gritó, mientras acelerábamos el paso.

Y así, empapada hasta la médula, llegué a un lugar que solo había imaginado: la casa de Arán.

El porche de madera crujió bajo nuestros pies, y al abrir la puerta me envolvió un olor a leña, polvo y tiempo. Entrar allí fue como asomarse a un trozo de él que nunca había mostrado. La penumbra tenía algo acogedor, pero también solitario. Había guitarras apoyadas en una esquina, libros apilados sin orden, una manta doblada con descuido en el sofá. Todo hablaba de él.

Sentí un nudo extraño en el estómago. Como si invadiera un espacio sagrado.

—Siéntate junto a la estufa de leña, voy a encender el fuego —dijo, sacudiéndose el agua del cabello.

Obedecí en silencio, observando cómo se movía con una familiaridad tranquila, alimentando la leña y avivando las llamas hasta que el calor empezó a expandirse. El crujido del fuego llenó la sala, y por primera vez desde que llegué al pueblo, sentí un calor verdadero en la piel.

—Te voy a dejar ropa seca —añadió, desapareciendo hacia otra habitación.

Me quedé sola en el salón, rodeada por su mundo. Era imposible no mirar todo: las fotos viejas, en blanco y negro, en un estante; los cuadernos abiertos, con notas garabateadas; la guitarra apoyada en la pared, como si fuera parte de la casa.

Al poco rato regresó con un jersey ancho y unos pantalones de chándal.

—Toma, esto te servirá. Te quedará grande, pero al menos está seco.

Lo acepté con una sonrisa tímida. La tela olía a limpio, y también

un poco a él.

—Voy a darme una ducha rápida —añadió, con naturalidad.

Asentí. Me refugié en el baño pequeño y cambié mi ropa empapada por la suya. El jersey me llegaba casi a medio muslo y los pantalones me bailaban en la cintura. Me vi en el espejo y no pude evitar sonreír: parecía disfrazada, pero había algo en esa imagen que me resultaba extrañamente íntimo.

Cuando volví al salón, Arán ya se había encerrado en el baño. El murmullo de la ducha llenaba la casa. Me senté frente a la estufa, acercando las manos al calor. Entonces lo vi: papeles esparcidos sobre la mesa. Los tomé con cuidado.

Eran palabras sueltas y frases cortas sin mucho sentido. «Garona en octubre. Pan caliente (respirar antes de morder). Librería — campanilla / página / susurro. Puente de piedra. Mantas / chimenea / noche.

Imaginé a Arán aquí, solo, escribiendo eso. Sentí una ternura inesperada y sonreí.

La lluvia golpeaba el tejado con fuerza. La tormenta rugía afuera. Y yo, envuelta en su ropa, dentro de su casa, leyendo notas que no sabía interpretar, y con el corazón latiendo demasiado fuerte.

Capítulo 32

DANI

El agua de la ducha cesó y, poco después, Arán apareció en el salón. Tenía el pelo húmedo, pegado en mechones oscuros que le caían sobre la frente, y una toalla enredada en la mano. El torso desnudo brillaba bajo la luz del fuego: hombros anchos y redondos, brazos marcados por una fuerza tranquila, no de gimnasio, sino de vida y constancia. Su abdomen firme descendía en líneas que la penumbra hacía aún más sugerentes.

El calor de la estufa se quedó corto ante el golpe de calor que me recorrió por dentro. Tragué saliva, intentando que no se me notara cómo lo observaba. La piel parecía aún húmeda, cada gota resbalando lenta desde su clavícula hacia el pecho.

No era solo atracción. Era deseo puro. La clase de deseo que te recuerda que tienes cuerpo, que la sangre corre más rápido de lo normal, que la piel despierta. Mis ojos se detuvieron demasiado en la curva de sus hombros, en la firmeza de su abdomen. Me imaginé lo que sería rozar con la punta de mis dedos esa piel caliente.

Sentí el pulso agolparse en el estómago y bajar, con una presión

conocida entre las piernas que hacía demasiado que no experimentaba. Mis heridas habían apagado esto durante meses, quizá años. Y ahora, de golpe, estaba ahí: vivo, intenso, innegable.

No era la primera vez que me encontraba ante un hombre que me atraía, lo sabía bien. Pero hacía demasiado que no me permitía sentirlo. Y eso lo volvía más poderoso, casi peligroso.

Me mordí el labio, culpable y fascinada a la vez, mientras él se ponía una camiseta limpia, oscura, como si no supiera que acababa de desarmarme solo con aparecer. Se sentó a mi lado, tan cerca que el calor de su cuerpo competía con el del fuego.

—¿Sabes? —dijo, mirando las llamas—. Nunca pensé que volvería a dejar entrar a alguien aquí.

Levanté la vista, sorprendida.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Porque esta cabaña es todo lo que me queda de él. De mi abuelo. Y a veces... —inspiró hondo— siento que si la comparto, pierdo algo. Como si fuera menos mía.

—O como si lo traicionaras —susurré.

Él me miró un instante, y su silencio fue una confirmación.

—¿Cómo era él? —Quise saber.

Arán apoyó los codos en las rodillas y fijó la mirada en las llamas.

—Era duro. Muy suyo. Pero también tenía esa forma de hablar que convertía cualquier cosa en historia. Una vez me dijo que las puertas que chirrían son como personas que necesitan que las escuchen. Tonterías, quizá. Pero yo lo creí.

Sonrió apenas, y vi un brillo húmedo en sus ojos. No era simple tristeza: era amor convertido en nostalgia.

—No es una tontería —dije, suave—. Es... poético.

Nos quedamos hablando largo rato. Yo le conté cómo la lectura

me salvó en días que parecían interminables, cómo había aprendido a refugiarme en las palabras cuando todo lo demás fallaba. Él me confesó que hubo años en los que apenas salió del valle, que la guitarra había sido tanto un salvavidas como una condena, y que no siempre sabía qué hacer con el zumbido constante en sus oídos.

Cada frase compartida era un ladrillo que caía de un muro invisible entre nosotros. El silencio ya no era una barrera, era un puente.

Lo observé mientras seguía con la mirada fija en el fuego. El resplandor anaranjado recortaba su perfil, suavizaba sus facciones duras y hacía que sus labios parecieran aún más definidos, más cercanos. Me descubrí siguiéndolos con los ojos, imaginando el peso de un beso allí, el calor de esa boca sobre la mía.

El deseo volvió a tensarme el cuerpo. No era solo atracción: era hambre. Y el reconocimiento doloroso de que llevaba demasiado tiempo sin sentir así. Mis heridas me habían vuelto fría, contenida, incapaz de dejarme llevar. Pero él... él había conseguido romper algo en mí.

Respiré hondo, notando cómo el calor se concentraba en mi vientre, descendía con un cosquilleo que me erizaba la piel entera. Me apreté los muslos, como si ese gesto pudiera engañar al cuerpo, pero fue inútil.

Él giró la cabeza un momento, y nuestras miradas se encontraron. No sé si vio lo que estaba pensando, pero la forma en que sus ojos miel se detuvieron en los míos me hizo creer que sí.

Y comprendí que estábamos en el filo exacto entre hablar... y dejarnos quemar por ese fuego.

Capítulo 33

ARÁN

El fuego crepitaba frente a nosotros, llenando la cabaña con ese calor que siempre me había parecido suficiente... hasta ahora. Porque ahora no lo era. Ahora, con ella tan cerca, la temperatura parecía subir más de lo que podía soportar.

Dani me miraba con una intensidad distinta. Sus ojos verdes brillaban con reflejos de las llamas, y en ellos había algo... como si me ofreciera un pedazo de sí misma que había estado escondido durante demasiado tiempo.

Me giré hacia ella, sonreí. No con ironía ni con el gesto automático de siempre, sino con ternura.

—Otro día ya me contarás tú qué te rompió en pedazos.

La vi parpadear, sorprendida. Como si no esperara esa frase. Como si nadie se la hubiera dicho así, sin exigencia, solo con la promesa de escuchar cuando estuviera lista.

Entonces un mechón suelto se deslizó sobre su mejilla. Alcé la mano y lo aparté despacio, colocándolo detrás de su oreja. Mantuve la palma en su cara, acariciando con el pulgar la suavidad de su piel.

Sus labios se entreabrieron en un suspiro antes de que los míos los alcanzaran. El primer contacto fue suave, pero enseguida la calma se rompió. La besé con hambre contenida, con esa mezcla de cariño y pasión que me arrastraba por dentro.

Una de mis manos se deslizó hasta su nuca, entrelazando mis dedos con su cabello húmedo y suave, acercándola más a mí. La otra la mantuve en la mejilla, acariciándola como si necesitara asegurarme de que era real.

Ella respondió sin dudar. Sentí sus dedos recorrer mi pecho, la presión de su mano sobre mis pectorales, cómo se aferraba a la tela de mi camiseta, arrugándola en un gesto desesperado. El roce de sus caricias encendió cada nervio de mi cuerpo.

El beso se volvió más profundo. Sus labios ardían contra los míos, y el sabor de su respiración mezclada con la mía me hizo olvidar el ruido de la tormenta fuera. Solo existía ella, el fuego y ese contacto que nos devoraba.

Quise perderme allí, dejar que la pasión me arrastrara. Pero entonces, entre la urgencia de sus labios y el latido desbocado de mi pecho, recordé algo: lo rota que había llegado, lo mucho que aún ocultaba.

Me obligué a detenerme. Aflojé el beso con suavidad, aunque me dolió hacerlo, y apoyé mi frente contra la suya. Mis dedos seguían enredados en su cabello, reacios a soltarla.

—Dani... —murmuré, con voz ronca—. No quiero ir demasiado rápido contigo.

Ella se quedó quieta, respirando agitada, con sus manos aún en mi pecho. No se apartó, pero tampoco insistió. Solo cerró los ojos un instante, como si también necesitara frenar.

El silencio regresó, denso, cargado de todo lo que no dijimos. Y aunque mis labios aún ardían por volver a buscar los suyos, supe

que había hecho lo correcto.

Porque no quería besarla solo una vez. Quería besarla siempre.

Capítulo 34

DANI

El fuego seguía chisporroteando, pero lo único que podía escuchar era el eco de su voz: «Otro día ya me contarás tú qué te rompió en pedazos». Y el calor de sus labios aún en los míos, como si me hubiera dejado una huella imposible de borrar.

Cuando frenó y apoyó su frente en la mía, y me dijo que no quería ir demasiado rápido, supe que ese gesto me dolía y me salvaba al mismo tiempo.

Porque sí, lo deseaba. Su cuerpo, su calor. Hacía demasiado que no sentía esa presión en el estómago, ese pulso agolpado entre las piernas, esa certeza de que estaba viva. Pero también estaba el miedo. El miedo de abrirme demasiado, de dejar que alguien viera las grietas que apenas estaba empezando a recomponer. El miedo a perder otra vez.

Me aparté un poco, buscando aire, y noté la tormenta golpeando el tejado con más fuerza. Afuera, el mundo sacudía con rayos y viento, pero dentro... dentro lo que me temblaba era el pecho.

Lo miré de reojo. Arán seguía junto al fuego, los ojos clavados en

las llamas, los labios húmedos todavía. No había arrepentimiento en su gesto, solo contención. Como si estuviera luchando contra las mismas ganas que a mí me incendiaban.

Quise hablar, decir algo, romper ese silencio cargado. Pero ninguna palabra me pareció suficiente. Así que me quedé allí, respirando su cercanía, dejando que el calor del fuego y de su presencia me envolvieran.

Entendí que ya no había marcha atrás. Ese beso nos había cambiado.

Capítulo 35

ARÁN

El silencio después del beso pesaba más que la tormenta afuera. El fuego ardía y las llamas seguían vivas. Habría deseado seguir. Con cada fibra de mi cuerpo. Pero tuve que detenerme, porque si no lo hacía yo, ninguno de los dos lo habría hecho. Y Dani... Dani merecía más que una pasión precipitada nacida del calor de la tormenta.

La miré de reojo. Estaba cerca, respirando agitada, con las mejillas encendidas. Sus ojos verdes evitaban los míos, como si estuviera tan desbordada como yo.

No debía dejar que ese silencio creciera y se volviera un muro.

Sonreí.

—¿Quieres que te prepare un café caliente? —pregunté, como si fuera lo más natural del mundo.

Ella me miró al fin, sorprendida, y una risa breve se le escapó entre los labios, casi un suspiro.

—¿A estas horas?

—Aquí siempre es buena hora para un café —repliqué, encogiéndome de hombros.

Esa chispa en su mirada me alivió. No había rechazo, no había distancia. Solo el rastro de algo que estaba creciendo entre nosotros y que ninguno podía negar ya.

Me levanté y fui hacia la pequeña cocina, buscando las tazas de loza que aún guardaba de mi abuelo. Mientras el agua hervía, la escuchaba moverse detrás de mí, seguramente acercándose aún más al fuego. La casa, que tantas veces me había parecido demasiado grande, de pronto se sentía justa. Completa.

Y mientras servía el café, con el aroma llenando la estancia, pensé que quizá esta tormenta no había venido para arruinar la noche, sino para encender algo que llevaba demasiado tiempo apagado en los dos.

Capítulo 36

DANI

El calor de la taza entre las manos me reconfortaba, casi tanto como la calma que empezaba a instalarse después de... bueno, de lo que acababa de pasar. Intentaba no pensarlo demasiado, pero aún sentía el eco de sus labios, la presión de sus dedos en mi nuca. Y allí estaba, bebiendo café como si todo fuese lo más normal del mundo.

El silencio no resultaba incómodo. De hecho, me gustaba. La lluvia seguía golpeando suave contra los cristales, pero ya no rugía como antes. Todo parecía haberse serenado, como si hasta la tormenta hubiera decidido darnos un respiro.

Levanté la vista hacia él. Arán estaba sentado frente a mí, con el brazo apoyado en el respaldo del sofá, como si estuviera cómodo, pero sus ojos... sus ojos todavía ardían un poco.

—¿Cuándo empezaste a tocar la guitarra? —pregunté.

Él sonrió apenas, como si mi curiosidad lo sorprendiera.

—De niño. Fue mi abuelo quien me puso una en las manos. Yo no entendía nada, claro..., pero él decía que las cuerdas podían contar historias mejor que las palabras.

Lo dijo con una nostalgia tan suave que me caló hondo.

—¿Y tenías una canción favorita en aquel entonces? —insistí, inclinándome un poco hacia delante.

Arán ladeó la cabeza, pensativo.

—Cambiaba mucho..., pero creo que la primera que me obsesionó fue una melodía sencilla, casi infantil. La repetía una y otra vez, hasta que mi abuelo se reía y me pedía por favor que probara otra.

Me hizo gracia imaginarlo, pequeño y testarudo con su guitarra.

—¿Y ahora? —le pregunté.

Sus labios se curvaron en una media sonrisa.

—Ahora me quedo con *Red Red Wine*, de UB40. Tocada con guitarra suena genial.

—Buena elección... —admití, sonriendo también.

—¿Y tú? —me devolvió la pregunta—. ¿Cuál es tu canción favorita para escuchar?

Lo pensé un instante.

—*Perfect*, de Ed Sheeran. No importa cuántas veces la escuche, siempre me hace sentir que todo encaja, aunque sea por unos minutos.

Arán asintió despacio.

—La música era eso para mí. Un lugar donde volver... aunque a veces el ruido no me dejaba tocarla como quisiera.

Sabía que se refería a su tinnitus, aunque no lo nombrara. Me mordí el labio. Quise decirle que lo entendía, que yo con los libros sentía algo parecido: que había páginas que me habían salvado cuando todo se tambaleaba. Y al final lo dije, porque con él, en ese momento, no me salía guardarme las cosas.

La conversación fluyó sin prisa. Café, miradas, confidencias que no sonaban forzadas. Afuera, la tormenta terminaba de rendirse; apenas quedaban unas gotas resbalando por los cristales.

Me di cuenta de la hora y dejé la taza en la mesa.

—Creo que ya ha parado del todo —murmuré, más para mí que para él—. Será mejor que vuelva a la pensión antes de que amanezca y crean que me he mudado a tu sofá.

—Te acompaño —dijo enseguida, incorporándose un poco.

Negué con una sonrisa.

—No hace falta. Estoy bien. Y el pueblo no es tan grande como para perderme.

Parecía que iba a insistir, pero se contuvo. Entonces, señaló la ropa que me había dejado prestada.

—Llévatela. Ya me la devolverás otro día.

Asentí, me puse las botas, aún húmedas. Recogí la chaqueta y la doblé sobre el brazo.

—Gracias por esta noche.

Él asintió, sin apartar la mirada, como si guardara mis palabras en algún rincón secreto.

Cuando abrí la puerta, el aire frío de la madrugada me golpeó, impregnado de tierra mojada. Salí y, al cerrar detrás de mí, sentí todavía el calor de la cabaña pegado a mi piel.

Capítulo 37

ARÁN

Cerré la puerta tras ella y me quedé un segundo apoyado en la madera, escuchando el eco de sus pasos alejándose entre la humedad de la madrugada. Luego solté un resoplido y me dejé caer en el sofá, con la cabeza echada hacia atrás, mirando el techo como si allí pudiera encontrar una respuesta.

El deseo todavía me recorría entero, como si su piel se hubiese quedado pegada a la mía. Sus labios, su imagen con mi ropa puesta, la forma en que sonrió antes de marcharse... todo seguía quemándome por dentro. Me pasé las manos por el pelo con un gesto torpe, como si quisiera despejarme, pero lo único que conseguí fue que la necesidad se hiciera más evidente.

Entonces lo sentí. Ese zumbido agudo que me taladraba el oído, cada vez más fuerte, como si me recordara que, incluso en medio del fuego de esta noche, nunca podría escapar del todo de mí mismo. Cerré los ojos un instante, apretando las sienes, hasta que, de repente, la imagen vino sola: el armario. Y, en el fondo del armario, la caja de zapatos.

La recordé con la misma inquietud con la que la había guardado la última vez, intacta, sellada en su silencio.

Me quedé mirando el fuego, intentando calmar el ruido de mi cabeza, mientras el cansancio iba ganando terreno. Y allí, entre las llamas que se apagaban poco a poco, lo último que pensé antes de cerrar los ojos fue que había cosas que nunca dejaban de perseguirte.

Capítulo 38

DANI

La luz se filtraba por las cortinas de la pensión cuando abrí los ojos. Durante unos segundos no supe dónde estaba; me quedé quieta, escuchando el silencio roto solo por el crujido lejano de la madera. Después la memoria volvió como una corriente cálida: la cabaña, el café, Arán.

Me levanté despacio y me acerqué a la ventana. El pueblo despertaba envuelto en neblina, con ese olor a tierra mojada que dejaba la tormenta. La calma me reconfortaba, pero a la vez me enfrentaba a lo inevitable: ahora, en la claridad del día, los pensamientos que había intentado silenciar regresaban.

Pensé en mi madre. En cómo la última vez que hablamos había vuelto a soltar aquella palabra que me atravesaba como un cuchillo: «padre». Lo decía con tanta normalidad, como si fuese un hombre cualquiera, cuando para mí no era más que una herida abierta. Cerré los ojos un instante, conteniendo el nudo en la garganta.

También recordé lo que me había mencionado sobre la firma del piso. Aquella frase seguía pesándome. No quería volver a pensar en

ello, pero era imposible ignorar la sensación de que me habían arrebatado algo. Como si mis decisiones nunca hubiesen sido del todo mías.

Me aparté de la ventana y me dejé caer en la cama otra vez, hundiendo la cara en la almohada. Quise convencerme de que debía pensar en el presente, en el día que empezaba, en lo que había sentido con Arán. Pero las heridas no se iban tan fácil. Había fantasmas que no necesitaban tormenta para hacerse oír.

Suspiré y me obligué a moverme. Bajé al comedor de la pensión. El olor a pan tostado y café recién hecho llenaba el aire. La dueña, con su sonrisa amable, me saludó como si nos conociéramos de toda la vida.

—Buenos días, cielo. ¿Dormiste bien?

Asentí, devolviéndole una sonrisa ligera. Me sirvió un café y un poco de mermelada casera. En la mesa de al lado, una pareja hablaba en voz baja. Alcancé a escuchar la palabra *familia* y sentí un pinchazo en el pecho, rápido pero certero. Aparté la vista hacia la ventana, buscando distraerme.

Cuando terminé, subí de nuevo a mi habitación. Sobre la silla seguía doblada la ropa que Arán me había prestado. Pasé la mano por la tela, sintiendo su olor aún impregnado allí, como si fuera otra forma de tenerlo cerca.

Me quedé un momento inmóvil, con la ropa entre las manos, y me descubrí sonriendo sola. Quizá las heridas seguían sangrando por dentro, pero algo había cambiado desde anoche. Y lo peor —o lo mejor— era que ya no quería resistirme a sentirlo.

Capítulo 39

DANI

El murmullo de la calle entraba por la puerta entreabierta de la librería: pasos apresurados, saludos de vecinos, el rumor constante del río de fondo. Después de la tormenta, el pueblo parecía lavado, como si hubiese amanecido de nuevo para todos.

Me puse detrás del mostrador, acomodando un par de libros que habían quedado mal colocados. Clara me saludó con su sonrisa habitual antes de desaparecer en la trastienda.

El tintineo de la campanita anunció la entrada de un hombre mayor. Llevaba un sombrero de lana y apoyaba el bastón con firmeza, como quien conoce cada piedra del pueblo. Se acercó al mostrador con paso lento.

—Buenos días, muchacha. ¿Tienes algo de poesía? De las de antes, de verdad, no esas modernidades.

Asentí y lo acompañé hasta la sección más escondida de la librería. Sus dedos, huesudos y firmes, recorrieron los lomos como si acariciara recuerdos. Finalmente se detuvo en un tomo de tapas desgastadas.

—Mira —dijo, levantándolo con cuidado—. Machado. A tu edad me sabía de memoria «Caminante no hay camino»... —Sonrió, casi para sí mismo—. ¿Sabes quién lo recitaba con una pasión tremenda? Arán, el viejo, mi amigo de toda la vida.

Levanté la vista, sorprendida, pero no dije nada. El hombre seguía sonriendo, como si el recuerdo se desplegara frente a él.

—Venía mucho por aquí —añadió—. Siempre preguntaba por cosas que nadie pedía. Cartas antiguas, correspondencias, diarios olvidados... Decía que en esas páginas había más verdad que en cualquier novela. —Soltó una risa ronca—. Qué cabeza la suya.

Me atreví a preguntar, fingiendo simple curiosidad:

—¿Y lo conoció bien?

—Claro. Compartimos muchas tardes de charla y algún que otro vino. Era un hombre entrañable, con una forma de mirar el mundo que se echa en falta hoy en día. —El anciano acarició el lomo del libro, pensativo—. Creo que todavía queda familia suya por aquí. Su nieto vive en el pueblo, aunque ya no lo trato.

Asentí, devolviéndole una sonrisa cortés, y él siguió hojeando los poemas con aire distraído antes de marcharse.

Cuando la campana de la puerta sonó de nuevo tras su salida, me quedé quieta entre los estantes, con el eco de sus palabras golpeándome. Cartas antiguas. Correspondencia.

Miré las hileras de libros, tratando de recuperar la calma, pero en el fondo de mi pecho sentí un estremecimiento.

Capítulo 40

ARÁN

El aire de la mañana todavía olía a tierra mojada. Caminé despacio por las calles empedradas con el rumor familiar del río de fondo. La plaza estaba más animada que de costumbre: un par de niños corrían tras una pelota, alguien descargaba cajas frente a la panadería y, desde la cafetería de la esquina, el aroma a café recién hecho se mezclaba con el de las hogazas de pan.

Pedí uno para llevar y me quedé un momento apoyado en la barandilla de piedra, observando la plaza. Andreu me había pedido que lo ayudara con la reforma de una casa, y había quedado en pasar a recogerme. No era habitual en él pedir favores, así que debía de andar de verdad hasta arriba. Además, siempre me pagaba cuando le echaba una mano. Y la verdad, me venía bien. Solo con lo que recibía por el tinnitus, a veces iba demasiado justo.

Con el vaso caliente en la mano, crucé la calle casi sin pensarlo y empujé la puerta de la librería. La campana tintineó y el olor a papel viejo me envolvió. Allí estaba Dani, detrás del mostrador, colocando unos ejemplares con ese gesto concentrado que le hacía fruncir

ligeramente el ceño. Alzó la vista al escucharme, y sus ojos se iluminaron con una chispa que me atravesó el pecho.

—Buenos días —saludé, levantando el vaso de café a modo de cortesía improvisada.

—Buenos días —respondió ella, con una sonrisa que parecía contener un secreto.

Me acerqué al mostrador.

—He venido a la plaza a esperar a Andreu. Dice que anda de cabeza con la reforma de una casa y que necesita ayuda. Y ya sabes cómo es: si lo admite es porque la cosa va en serio.

Dani apoyó un codo en el mostrador, inclinándose un poco hacia mí.

—Así que vas a hacer de carpintero hoy.

—De ayudante, más bien. Lo que me deje —repliqué, encogiéndome de hombros.

Ella sonrió, y en su gesto había algo entre divertido y... tierno.

—Te pega —murmuró.

Di un sorbo al café para disimular el calor que me subía al cuello. Sus ojos seguían fijos en mí, y durante un segundo tuve la sensación de que la librería entera se había reducido a esa mirada.

La campanita de la puerta volvió a sonar: un cliente entró buscando un libro, y Clara apareció desde la trastienda para atenderlo. Aproveché para dejar el vaso vacío en la papelera y girarme hacia Dani.

—Nos vemos luego —le dije en voz baja, acompañada de una sonrisa.

Salí a la plaza con el corazón golpeando más fuerte que cualquier martillo que Andreu pudiera poner en mis manos.

Capítulo 41

DANI

Llevaba un buen rato moviéndome entre estantes. Colocaba libros, abría cajas recién llegadas, sacudía un poco el polvo de los lomos olvidados. La rutina me ayudaba a ordenar también mis pensamientos, aunque no siempre lo conseguía.

Porque cada vez que me detenía, lo veía. Arán, entrando en la librería con un café en la mano, mirándome con esa calma que escondía fuego. Su voz baja, la forma en que había dicho «nos vemos luego». Y, detrás de todo eso, la certeza de que lo que pasó anoche no había sido un espejismo.

Me apoyé en la escalera de mano y suspiré. Entonces recordé las palabras del anciano. El abuelo de Arán, buscando cartas antiguas, correspondencias... ¿Por qué alguien sentiría tanta fascinación por papeles viejos? ¿Y qué clase de cosas había encontrado?

Sacudí la cabeza, volviendo al trabajo. En la trastienda, apartando cajas viejas, había una cubierta de polvo. Al abrirla encontré varios volúmenes con las tapas deslucidas. Al tomar uno entre mis manos, una hoja cayó al suelo.

La recogí. Era un simple papel doblado, con una frase escrita en tinta casi borrada.

A veces las palabras que callamos pesan más que las que se dicen.

Fruncí el ceño. No había nombre ni fecha, solo esa línea solitaria.

Parecía que la frase me hablara a mí. Porque sabía bien lo que era callar. Guardar cosas que dolían demasiado como para ponerlas en voz alta. Lo hacía con mi madre, con mi pasado, incluso con Arán.

Doblé de nuevo el papel y lo devolví al libro, con un nudo en la garganta que no esperaba. Quizá no era más que una dedicatoria olvidada, un apunte cualquiera, pero en mi pecho ardía como una advertencia.

Capítulo 42

ARÁN

El martillo retumbaba en mis manos, acompasado con el crujido de la madera vieja. Andreu me había puesto a desmontar unas vigas de la entrada mientras él repasaba las medidas con un lápiz gastado que solía llevar detrás de la oreja. El hombre no hablaba mucho mientras trabajaba, pero cuando lo hacía siempre parecía dejar caer algo que se te quedaba grabado.

—Cuidado con esa —gruñó, sin mirarme—. Si la sueltas de golpe, se parte.

Asentí, sujetándola con más firmeza. El sudor me bajaba por la frente a pesar del frío que se colaba por las rendijas. El esfuerzo me venía bien: me obligaba a no pensar en otra cosa.

Andreu dejó las herramientas sobre un banco y se estiró la espalda con un quejido.

—Tu abuelo habría disfrutado de esto. Tenía paciencia para la madera... y para muchas otras cosas.

Lo miré de reojo, secándome las manos en el pantalón.

—¿Sí?

—Bah —chasqueó la lengua—. Siempre iba con papeles viejos en el bolsillo. Notas, cartas, trozos de periódicos. Decía que la madera guardaba memoria, pero que las palabras podían hacer lo mismo si alguien sabía leerlas bien. —Sonrió por primera vez aquella mañana, breve y cansado—. Tenía una cabeza curiosa, tu abuelo.

Me quedé callado, fingiendo concentración en la viga, aunque por dentro esa imagen me pesaba. No recordaba haberlo visto nunca así, con papeles ni con manías de coleccionista. Para mí había sido solo el hombre serio que tocaba la guitarra en las tardes de invierno y me enseñaba a sujetar las cuerdas hasta que los dedos me ardían.

Andreu suspiró y volvió a clavar el lápiz tras la oreja.

—En fin, menos charla y más clavos. Que esta casa no se va a arreglar sola.

Obedecí, recuperando el ritmo del martillo. Pero mientras el golpe seco resonaba contra la madera, no dejaba de dar vueltas a sus palabras.

Me mordí la lengua y seguí trabajando. Había cosas que era mejor no remover. Y sin embargo, la imagen de la caja de mi armario volvió a cruzárseme por la cabeza como un destello incómodo.

Capítulo 43

DANI

La tarde caía con una luz dorada que teñía de cobre los tejados húmedos. Cerré la librería antes de lo habitual y crucé la plaza.

Me encontré con Arán cerca del puente, cargando un par de tablones que, a juzgar por el polvo, debía de traer de la obra con Andreu. Su camiseta estaba manchada de serrín y se le notaban los brazos tensos por el esfuerzo.

—Vaya día —dije, acercándome.

Sonrió.

—No recordaba lo que cansaba la carpintería.

Le devolví la sonrisa.

—Pues te queda bien el papel de ayudante.

Él puso los ojos en blanco, divertido, y dejó los tablones apoyados contra la barandilla. Me miró entonces, más serio, como si buscara algo en mi rostro.

—¿Qué tal en la librería?

Dudé un segundo, pero la curiosidad me ganó.

—Hoy vino un anciano. Se detuvo en los libros de poesía y acabó

hablando de tu abuelo.

Arán arqueó una ceja, sorprendido.

—¿De mi abuelo?

—Sí. Me dijo que le gustaba coleccionar cartas viejas, correspondencia olvidada. Que siempre buscaba palabras que los demás daban por perdidas.

Noté cómo se le endureció la expresión apenas un instante, como si esas palabras le hubieran tocado un punto que no quería mostrar. Luego se encogió de hombros, tratando de restarle importancia.

—Ya sabes cómo son los recuerdos de la gente mayor. A veces exageran.

Pero yo no me lo tragué del todo. Había visto un destello en sus ojos, un silencio que decía más que cualquier frase.

Me apoyé en la barandilla, a su lado. El río corría oscuro bajo nosotros, arrastrando hojas y ramas.

—Quizá —murmuré—. Pero parecía hablar con mucho cariño de él.

Arán no respondió enseguida. Se quedó mirando el agua, con la mandíbula tensa, como si el murmullo del río le recordara algo que yo no alcanzaba a entender.

Capítulo 44

ARÁN

Me quedé mirando el río unos segundos. El agua corría oscura bajo el puente. Dani seguía apoyada en la barandilla, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo. Me giré hacia ella, mientras seguía observándome con esa mezcla de calma y curiosidad que siempre me desarmaba.

—¿Qué te parece si mañana nos vemos en la cafetería de la plaza? —propuse, con la voz más casual de la que fui capaz—. Podríamos merendar algo. Con este frío, el café y la tarta de manzana saben mejor.

Dani me miró de reojo, y sus labios se curvaron en una sonrisa que me encendió por dentro.

—Me parece un buen plan —dijo, como si realmente lo esperara.

Asentí, conteniendo una sonrisa demasiado amplia, y recogí los tablones que había dejado apoyados contra la barandilla. Nos despedimos poco después y me encaminé hacia la cabaña. El camino estaba húmedo, alfombrado de hojas rojizas y doradas que crujían bajo mis botas. El aire olía a castañas recién asadas en algún

rincón del pueblo.

Debería haberme quedado con la idea de la merienda, pero las palabras se enredaban en mi cabeza, más fuertes que cualquier otro pensamiento.

«Tu abuelo siempre iba con papeles viejos en el bolsillo. Coleccionaba cartas olvidadas».

Andreu, en la obra. El anciano, en la librería. Dos voces distintas recordando lo mismo. Y yo, en medio, intentando no mirar demasiado hacia ese armario donde guardaba la caja de zapatos.

Cuando llegué a la cabaña, encendí el fuego y me dejé caer en el sofá, con el eco de sus palabras enredándome como un zumbido insoportable. La caja me esperaba en la penumbra del armario, y no pude apartar de mí la idea de abrirla.

Capítulo 45

DANI

La tarde había caído sobre Arties con un aire frío que parecía querer colarse en cada rincón. Cuando llegué a la pensión, tenía la cabeza con un torbellino de pensamientos.

Habíamos quedado al día siguiente en la cafetería de la plaza. Él lo había dicho con esa naturalidad suya, como si no supiera lo mucho que me agitaba por dentro la idea de verlo de nuevo. Imaginé por un momento el murmullo del local, el vaho en los cristales, las tazas humeantes entre nuestras manos. Ese pensamiento debería haberme dado paz..., pero no lo hizo.

En realidad, lo que me había contado el anciano era lo que me mantenía en vela. Sus palabras me habían dejado una punzada de curiosidad imposible de ignorar. Habló de un hombre con una vida marcada por silencios, de un abuelo que escondía más historias de las que compartía. Y no podía sacarme de la mente la carta que en un par de ocasiones había intentado leer.

Saqué el sobre del bolso con cuidado, como si aún ardiera. El nombre «Mireia» seguía allí, como el primer día que lo vi. El corazón

me dio un vuelco: ¿y si en esas líneas estaba la clave de lo que aquel hombre había insinuado?

No quise esperar más. Rompí el silencio de la habitación al desplegar la hoja.

> Arán..., sé que quizá nunca leas estas líneas, pero no podía marcharme sin escribirte. Hay cosas que nunca dije en voz alta. Tal vez por miedo, tal vez porque no supe cómo. Solo deseo que, si algún día estas palabras llegan a tus manos, entiendas que lo que siento sigue vivo, aunque el destino me haya llevado lejos de ti.
>
> No sabré si hice bien, pero no supe quedarme. Hay cosas que se rompen y no encuentran casa si uno no se va.

Tragué saliva y seguí.

> Si aún estás leyendo, Arán, entiende que no fue falta de amor lo que me hizo irme, sino el peso de aquello que no supimos sostener. A veces querer no basta. Y si estas palabras, contra todo pronóstico, llegan a ti... que sepas que lo intenté, aunque nunca fuese suficiente.

El silencio de la pensión se hizo más hondo cuando doblé la hoja. Noté el pulso en mis dedos, como si acabara de hacer algo prohibido.

Estuve segura de que esa carta tenía que estar dirigida al abuelo de Arán.

Me sentí intrusa, como si hubiera irrumpido en una confesión íntima que no me pertenecía. Y, sin embargo, las palabras me atravesaron como si hubieran sido escritas para alguien como yo: alguien que también había huido, que también cargaba con dudas y

despedidas que no sabía si cicatrizarían algún día.

Dejé la carta doblada sobre la mesilla, a medio camino entre la culpa y la ternura. Mañana me esperaban el café, el otoño en los cristales, la sonrisa de Arán. Pero aquella noche, lo único que me acompañó fueron las palabras de esa carta.

Aquellas frases no eran para mí..., pero dolían como si lo hubieran sido.

Capítulo 46

ARÁN

La cafetería olía a café, a canela y, sobre todo, a castañas asadas. Ahora no dejaban de venderlas en papelinas por todas las calles del pueblo, y el aroma parecía colarse también entre las paredes de aquel lugar. Elegí una mesa cerca de la estufa, donde el calor se acumulaba y el cristal de la ventana se empañaba de tanto en tanto con la respiración del otoño.

Desde allí podía ver el movimiento de la plaza; las hojas, cayendo con desgana; y a algún niño con un cucurucho de castañas humeantes en la mano.

Cuando la campanilla de la puerta tintineó, levanté la mirada. Dani entró envuelta en una bufanda, con las mejillas encendidas por el frío, y pude alcanzar a ver cómo una hoja naranja y seca le caía de la cabeza. Sonrió al verme y, por un instante, el murmullo de la cafetería se apagó a mi alrededor.

—Menudo aroma hay aquí —comentó mientras se deshacía la bufanda—. Voy a acabar saliendo con antojo de castañas.

—Eso tiene fácil remedio —le respondí, señalando con la cabeza

hacia la ventana—. Hay un puesto en cada esquina.

Se rio suavemente y tomó asiento frente a mí. Llevaba un jersey de lana, ancho, a rayas gruesas granates y beis. Combinaba bien con la palidez de la piel de su cara, haciendo contraste también con el rosado de sus mejillas provocado por el frío, y el verde oscuro de sus ojos.

Sacó algo del bolso: el jersey y el pantalón de chándal que le había prestado en la cabaña. Los dejó doblados con cuidado sobre la mesa.

—Gracias... por la ropa —dijo, con una seriedad que no coincidía del todo con lo ligero del gesto.

La tomé sin darle más importancia, aunque el recuerdo de aquella noche nos cruzó en silencio durante unos segundos.

Pedimos café y una porción de tarta de manzana. La conversación fluyó tranquila: libros, alguna canción que se le había quedado sonando en la cabeza, anécdotas del pueblo. Yo hablaba sin pensar demasiado, disfrutando de escucharla. Pero noté, entre palabra y palabra, que a veces se perdía un poco, como si su mente se fuera a otro lado. No pregunté.

Cuando la tarta llegó, el ambiente se volvió más ligero. Cortamos un trozo cada uno y, entre risas, me sorprendí al ver cómo Dani me miraba divertida.

—Tienes algo ahí —dijo, señalando la comisura de mi boca y parte de la mejilla.

—¿Dónde? —pregunté, aún masticando un trozo de la tarta.

Ella se rio más fuerte, negó con la cabeza y, antes de que pudiera moverme, se inclinó hacia mí con la servilleta en la mano. Me limpió la mermelada con un gesto rápido, natural, como si no hubiera otra opción. La cercanía me dejó con el eco de su risa y el calor de la estufa mezclándose con el suyo.

Al salir, el aire frío nos recibió de golpe. Apenas dimos dos pasos cuando apareció la dueña de la pensión donde Dani se hospedaba.

—¡Ah, Dani! —exclamó con simpatía—. ¿Todo bien en tu habitación? ¿Necesitas algo?

—Hola, todo perfecto, gracias —respondió ella, con esa amabilidad dulce que parecía caracterizarla.

La mujer nos miró a los dos y sonrió con picardía.

—Bueno, no os entretengo, que seguro que tenéis planes.

Dani se sonrojó ligeramente. Yo me limité a devolverle la sonrisa.

Capítulo 47

DANI

El aire helado de la tarde todavía se me pegaba en la bufanda cuando crucé la puerta de la pensión. Había dejado atrás la cafetería, la estufa encendida y el olor dulzón de las castañas que se colaban en cada rincón del pueblo.

Me había gustado estar con él. Todo me había dado una paz que hacía tiempo no sentía. Recordé la risa que compartimos cuando le limpié la mermelada y, sin querer, me descubrí sonriendo sola al subir las escaleras.

Pero bajo ese gesto había otra verdad: no estuve del todo presente. A ratos me iba, me perdía en mis propios pensamientos.

El sobre de Mireia estaba guardado en el cajón de la mesilla. Cada palabra de esa carta me pesaba en la memoria. «No supe quedarme». «No fue falta de amor». Palabras escritas a un Arán que no era el mío, pero que aun así me dolían como si fueran para mí.

Debería contárselo. Debería decirle que encontré esa carta en la librería, que la leí aunque no me pertenecía. Pero ¿cómo? ¿Cómo decirle que guardaba un secreto de su familia sin que pensara que

me entrometí donde no debía?

Me dejé caer sobre la cama de mi habitación y cerré los ojos. Me sentí pequeña, como tantas veces antes. Como cuando mi padre me juzgaba sin escucharme, como cuando me quedé atrapada en aquella relación que me apagaba poco a poco, como cuando aquel piso se convirtió en un lugar que ya no era hogar. Siempre huyendo. Siempre escapando.

Quizá por eso la carta me calaba tanto: porque Mireia también hablaba de huir. De no saber quedarse.

Me giré de lado, abrazando la almohada como si pudiera darme respuestas. Mañana volvería a ver a Arán, seguro, pero no sabía cuánto tiempo más podría sostener ese secreto sin que se me notara en la mirada.

«Quizá tarde o temprano tendría que contarle la verdad... aunque no supiera cómo hacerlo sin romper algo entre nosotros».

Capítulo 48

DANI

El suelo de la plaza estaba húmedo por el rocío de la mañana. La crucé con ese aroma a café recién hecho saliendo de la cafetería. En cada esquina se levantaban columnas de humo de chimenea. Había algo reconfortante en esos detalles sencillos: en Arties, el otoño parecía estar en cada piedra.

Cuando llegué a la puerta de la librería, un gato gris me estaba esperando como si me conociera de toda la vida. Se frotó contra mis piernas y dejó escapar un maullido suave. Me agaché para acariciarlo, y en ese gesto sentí una paz rara, como si alguien me diera los buenos días. Del bolso saqué un trozo de pan que llevaba de tentempié, por si el hambre me pillaba entre libros. Lo partí y se lo ofrecí; el gato lo aceptó con la dignidad de quien sabe que merece atenciones.

—Ojalá siempre me miraran así —murmuré entre risas, antes de abrir la puerta de la librería.

Me quité la bufanda y me puse a ordenar unos libros que habían llegado la tarde anterior. Clara apareció poco después, con su

energía habitual.

—Buenos días, Dani. —Se quitó el abrigo con una sonrisa—. Escucha, mañana vamos a subir a Tredós, haremos un pícnic con mi familia. ¿Quieres venir?

La pregunta me tomó por sorpresa. Tredós... había oído hablar de ese pueblo, más arriba en la montaña. Imaginé prados abiertos y aire más frío. Dudé unos segundos, con ese miedo a no encajar en un círculo familiar que no era el mío. Pero al ver la sinceridad en la cara de Clara, me descubrí respondiendo con una sonrisa tierna:

—Sí, me encantaría.

—Perfecto. Entonces mañana contamos contigo. —Clara asintió satisfecha antes de desaparecer hacia la trastienda con un montón de papeles.

Me quedé sola en la librería. Escuchaba crujir la madera del suelo, el reloj marcaba el paso del tiempo con calma, y cada tanto sonaba el tintinear de la puerta.

Entonces entró un hombre. No me saludó. Se dirigió a los estantes con el ceño fruncido, hojeando libros sin cuidado, dejando tras de sí una incomodidad que parecía llenar el aire. Desde mi sitio observé en silencio, intentando adivinar si necesitaba ayuda.

Al cabo de unos minutos se acercó al mostrador. Sus ojos eran duros; su tono, rebuscado; como si cada palabra estuviera elegida para sonar por encima de mí.

—¿Acaso en esta librería no se han planteado la posibilidad de contar con ediciones decentes? —dijo, dejando un libro abierto frente a mí—. Uno esperaría algo más que estos ejemplares corrientes.

—¿Busca alguna edición en particular? —pregunté, conteniendo el nudo en la garganta.

—¡Naturalmente! ¡Una que no parezca salida de un mercadillo de

saldo! —Su voz goteaba desprecio—. Aunque, a juzgar por lo que veo, supongo que sería pedir demasiado.

Cada palabra me golpeaba como un eco de otra voz. La de mi padre. La de mi ex. El mismo patrón: altivo, autoritario, incapaz de escuchar.

Le ofrecí alternativas, aunque sabía que no se dignaría a aceptarlas. Y así fue: bufó, golpeando el mostrador con la mano abierta. Recogió el libro, lo dejó caer con un golpe seco y se marchó sin despedirse, con un portazo que hizo vibrar los cristales.

Me quedé quieta, con la respiración entrecortada. Noté cómo un par de lágrimas se me escapaban antes de poder contenerlas. Las sequé deprisa con la manga, avergonzada de mi propia debilidad.

La puerta de la trastienda sonó y apareció Clara con el ceño fruncido.

—¿Qué ha pasado? He oído voces... y ese portazo ha retumbado hasta atrás.

—Nada, solo un cliente difícil. Ya está todo bien —respondí, intentando forzar una sonrisa que no engañó a nadie.

Clara me sostuvo la mirada unos segundos, como si quisiera decir algo más. Al final se acercó y me puso una mano en el hombro, cálida y firme.

—Tú no te preocupes por esa gente. No merece la pena —murmuró, antes de volver con sus papeles a la trastienda.

Pero el eco de su voz aún retumbaba en mis oídos. Pensé en mi padre, en aquel novio que había convertido cada día en un campo minado de reproches. Dos hombres distintos, el mismo tono. La misma forma de hacerme sentir insignificante.

Apreté los labios. Afuera, seguramente el gato seguía esperando en la puerta, ajeno a todo. Pensé en el pícnic en Tredós, en la calidez de una familia que no era la mía, en la posibilidad de

compartir con ellos aunque fuera un solo día. Y pensé en Arán.

«No sé si ya tengo fuerzas para huir o si quiero aprender a quedarme».

Capítulo 49

DANI

Sonó la alarma del móvil y abrí los ojos con la sensación de no haber descansado del todo. No había podido sacarme de la cabeza la voz del cliente agresivo de la librería.

Por suerte la tarde terminó tranquila y el día no acabó tan mal. Me repetí eso al incorporarme en la cama de la pensión, como si quisiera convencerme.

Me vestí despacio, buscando ropa cómoda para la salida que Clara había planeado. Frente al espejo me recogí el pelo en una trenza, aunque algunos mechones se resistieron a quedar atrapados y me enmarcaban la cara. Me puse la sudadera blanca de borreguito, ancha y calentita, unos *leggins* verde botella y las botas marrones de montaña. Antes de salir, cogí agua, regalices que había comprado la tarde anterior, y mi libro: *Y entonces, tú,* de Eva López.

Clara me había dicho que no me preocupara por la comida.

El coche me esperaba en la puerta, con mi jefa y parte de su familia ya dentro. Saludé con una sonrisa tímida y me acomodé en el asiento trasero. La carretera subía en curvas que se retorcían

montaña arriba; los árboles, teñidos de ocres y rojos, parecían desplegar un techo de fuego sobre nosotros. Desde lo alto, el valle se abría en un mosaico de prados y tejados humeantes.

Durante el trayecto, los demás hablaban y reían. Historias de infancia, anécdotas del colegio, algún chiste local que me hizo sonreír aunque no lo entendiera del todo. Me limité a escuchar, con ternura y un poco de envidia: era extraño pero bonito formar parte, aunque fuera como espectadora.

Entonces pensé en él. El día anterior no había visto a Arán. Y lo eché de menos. Más de lo que debería, y de lo que estaba dispuesta a reconocer incluso para mí misma.

Cuando llegamos a Tredós, el aire era más frío y cortaba las mejillas como un pellizco suave. La familia extendió mantas en un prado junto al río Garona; del maletero salieron fiambreras con tortilla, pan recién hecho, embutidos, vino y hasta un bote metálico con castañas asadas que todavía humeaban. El olor me recordó de nuevo a las calles de Arties, y me envolvió una sensación hogareña que no era mía, pero que agradecí.

Al principio me sentí cohibida, como siempre en los grupos grandes. Pero poco a poco la risa de los demás fue contagiándome. Jugaban a las cartas, se lanzaban bromas, incluso alguna hacia mí de forma inocente. Compartían trozos de tortilla como si fueran tesoros.

Al rato, yo me tumbé en la manta y saqué el libro de la totebag.

Mientras las voces a mi alrededor se mezclaban con el murmullo del río, me perdí entre las páginas. Y, en algún rincón de mi mente, algunas palabras del libro me llevaban a Arán.

En un momento, la sobrina pequeña de Clara vino corriendo hacia mí. Apenas tendría cinco o seis años, pero su sonrisa era desbordante.

—Te pongo flores —dijo, mostrando un puñado de las pocas que seguían resistiendo al frío.

Se acomodó a mi lado y fue metiendo los tallos en mi trenza con la concentración de una artista. Yo me dejé hacer, riendo suavemente al verla tan feliz. Cuando terminó, me abrazó con la naturalidad con que los niños eligen a quién regalar su cariño.

Durante horas sentí como si un hilo invisible me uniera a aquella familia que no era la mía, pero que por un rato me acogía como si lo fuera.

El día terminó entre risas, cartas, bocados de tortilla, regalices y el humo de las castañas. En el coche de regreso, me quedé en silencio, mirando el paisaje que se oscurecía a través de la ventanilla. Al llegar a la pensión, la despedida fue cálida y cariñosa.

Ya en mi habitación, me deshice de las botas y la ropa. Me metí en la ducha y me quedé un largo rato bajo el agua caliente. Había algo distinto en mi pecho: un alivio, una ligereza. Me sentía un poco más feliz, y eso era un lujo que no me permitía a menudo.

«Quizá no todo estaba roto. Quizá, por un día, sí pude quedarme».

Capítulo 50

ARÁN

El día anterior apenas había pisado la calle: Andreu me pidió ayuda de nuevo con la reforma de la casa y estuve con él hasta tarde.

Hoy tampoco me había cruzado con Dani, y la librería había estado cerrada todo el día. Me resultaba extraño y no podía evitar inquietarme.

Al empezar a caer la noche decidí acercarme a la pensión. Subí los escalones de piedra con cierta duda, sintiendo que quizá estaba exagerando. Aun así, toqué la puerta con los nudillos.

Tardó unos segundos en abrir, pero al final escuché pasos acercándose a la puerta. Apareció Dani con un albornoz blanco y el pelo húmedo, cayendo en mechones sobre sus hombros.

—Arán. —Sus ojos se abrieron un instante, sorprendidos.

—Perdona —dije enseguida, apoyándome ligeramente en el marco de la puerta—. No quería molestarte. Es solo que he notado la librería cerrada todo el día y, como tampoco te he visto, quería saber si estabas bien.

Sus facciones se suavizaron.

—Sí. Estoy bien. Hoy estuve en Tredós de pícnic con Clara y su familia. Acabo de llegar hace nada. Por eso estaba cerrada la librería.

Asentí, aliviado.

—Me alegro, entonces.

Durante unos segundos ninguno de los dos añadió nada. Había un silencio breve, pero cómodo.

—Bueno... —murmuré al fin—. Era solo eso, no te entretengo —agregué, mientras daba un paso atrás.

—Gracias por venir, Arán —dijo, al tiempo que yo me giraba y ella empezaba a cerrar la puerta con suavidad.

Le sonreí.

—Descansa, Dani.

Capítulo 51

DANI

La mañana amaneció fresca, con ese aire cortante que baja desde las montañas. Abrí la librería temprano, y allí estaba otra vez: el gato gris, enroscado en el felpudo de la puerta como si fuera suyo desde siempre. Al verme levantó la cabeza y maulló, ronco y breve.

—Buenos días —murmuré, agachándome para acariciarle la coronilla.

Cada día parecía más decidido a convertir la librería en su hogar.

Mientras ordenaba unos ejemplares en el mostrador, la campana de la puerta sonó. Andreu entró con su andar pausado, sacudiéndose el frío de los hombros.

—Buenos días, Dani. El otro día le encargué a Clara un libro de carpintería. ¿Sabes si ha llegado?

—Llegó ayer mismo —dije, rebuscando en el estante de encargos hasta dar con un lomo de tapas beis—. Aquí está.

Él lo tomó entre sus manos con una satisfacción casi infantil.

—Perfecto. Me vendrá bien para ponerme al día con algunas cosas. El otro día Arán me estuvo echando una mano otra vez con la

reforma de la casa... —añadió, como al pasar—. Menudo chico apañado.

Yo asentí, encajando la pieza de por qué no lo había visto anteayer. Con naturalidad, como quien solo sigue la conversación, pregunté:

—La cabaña donde vive era de su abuelo ¿verdad? ¿Usted lo conoció?

Andreu sonrió con un destello nostálgico.

—Claro que sí. Lo conocía todo el pueblo. Era un hombre tranquilo, reservado y peculiar, pero con una forma de tocar la guitarra que aún se recuerda. No hablaba mucho, pero se lo respetaba.

Guardé esas palabras en silencio, como quien recoge una semilla que quizá más adelante dé fruto.

Tras despedirse, Andreu se marchó con el libro bajo el brazo. Poco después, escuché otro golpecito en la campanilla. Arán se asomaba a la puerta, y sus ojos se fueron directos al gato, que ronroneaba enroscado junto al quicio.

—¿Y este nuevo compañero? —me dijo, divertido.

Sonreí.

—Se llama Happy.

—¿Le has puesto nombre? —preguntó con media risa.

—No se va de aquí. Lo vi en la puerta hace unos días y desde entonces no se mueve. Pensaba comprarle pienso y dejarlo pasar a la trastienda, si a Clara le parece bien.

Arán agachó una mano para acariciarle la cabeza, y el gato respondió con un ronroneo aún más sonoro.

—Pues parece que ya te ha adoptado a ti —comentó, levantando la mirada hacia mí.

Reí despacio, con un calorcito en las mejillas. No hablamos mucho

más; apenas unas frases triviales, pero bastaron para llenar el momento de algo sereno.

Cuando Arán se despidió y cruzó de nuevo la plaza, yo me quedé en la puerta, en cuclillas, acariciando a Happy. El ronroneo del gato me envolvía mientras lo veía alejarse, sintiendo que, poco a poco, algo se estaba acomodando en mi vida, casi sin darme cuenta.

Capítulo 52

DANI

La lámpara del cuarto de la pensión parpadeaba con una luz anaranjada, demasiado tenue para leer sin entornar los ojos. Aun así, extendí arriba de la cama el sobre y la carta.

Volví a leer despacio cada línea que había escrito Mireia. La caligrafía elegante, los trazos curvados me parecían tan lejanos y, a la vez, tan íntimos.

Me detuve en esa frase en concreto: «No sabré si hice bien, pero no supe quedarme». Cerré los ojos y escuché en mi cabeza la voz de Andreu, hablándome de aquel abuelo solitario que se refugiaba en su guitarra. ¿Había sido Mireia parte de esa soledad? ¿O la causa?

Doblé la carta con cuidado. El secreto pesaba en mis manos. Sentía el impulso de ir a buscar a Arán, mostrarle las palabras escritas, y dejar que fuese él quien pusiera orden en esa historia. Pero algo dentro de mí me lo impedía. Quizá porque aún no estaba lista para herirlo con verdades que ni siquiera yo alcanzaba a comprender.

Caminé hacia la ventana. El cristal frío empañaba mi respiración al

acercarme. Afuera, la noche se había tragado el valle, y apenas se distinguían las luces dispersas de las casas. Me imaginé al abuelo de Arán, décadas atrás, en ese mismo pueblo, guardando silencios parecidos al mío. Quizá también había mirado la montaña con esa misma mezcla de nostalgia y arrepentimiento.

Capítulo 53

DANI

El día en la librería transcurrió con normalidad. Clara bromeaba, entraba algún cliente curioso, y Happy se pasaba la tarde saltando de una caja a otra y persiguiendo sombras como si quisiera arrancar risas a toda costa.

Al cerrar la librería, la calle estaba húmeda y oscura, típica de final de tarde otoñal.

El viento me mordía las mejillas mientras caminaba hacia la pensión.

Cuando llegué, subí las escaleras con las llaves en la mano y abrí la puerta de mi habitación, con un deseo profundo de quitarme los zapatos.

Apenas entré, el móvil vibró en el bolsillo de mi chaqueta. El nombre de la pantalla me encogió el pecho. «Mamá».

Tragué saliva antes de contestar.

—¿Sí?

—Te estaba esperando —dijo ella, sin saludo, seca.

—Lo siento... estos días he estado ocupada.

—Ocupada —repitió, como si la palabra le diera asco—. ¿Te acuerdas de la última llamada? Dijiste que me devolverías el contacto. No lo hiciste. ¿Sabes lo que significa eso? Que ni siquiera puedes cumplir lo mínimo.

Me apreté contra la pared, intentando que no se notara el temblor de mi voz.

—Mamá, no fue mi intención...

—Lo que no es tu intención nunca importa, Daniela. Lo que importa es lo que haces. Y lo que haces es huir. Siempre huyes.

—Mamá, estoy intentando... respirar un poco. Necesito tiempo para mí.

—Huyendo. Te escondes en un pueblo perdido, detrás de una librería que ni siquiera es tuya. ¿Ese es tu plan de vida? —Su tono subió un matiz—. Necesito que firmes el documento que te envié al correo. Hoy. No se puede seguir retrasando el asunto del piso.

Cerré los ojos. Era como si no me viera. Como si yo fuera solo un trámite más.

—No me hagas perder la paciencia —dijo, tras unos segundos de silencio—. Tu padre también está cansado de esta situación. ¿Sabes lo que piensa de ti? Que nunca terminas lo que empiezas. Y tiene razón.

El corazón me dio un vuelco. Mencionarlo a él era atravesar la última línea.

—Por favor, no me hables de papá...

—¿Y por qué no? Es tu padre. Aunque no quieras escucharlo, te conoce mejor que nadie. Piensa que estás desperdiciando tu vida, y yo también lo creo.

Sentí un nudo en la garganta que me impidió contestar. Quise defenderme, decirle que por primera vez en años sentía que podía ser yo misma. Pero no me dio tiempo.

—Firma el documento, Dani. Hoy. —Y colgó.

El silencio fue un mazazo. Me quedé de pie, con el teléfono pegado al oído aunque la llamada ya había terminado. Luego lo dejé caer sobre la cama y me derrumbé contra la pared, todavía con la chaqueta puesta. Las lágrimas brotaron sin permiso; primero, silenciosas; luego, desesperadas; como si por fin se rompiera todo lo que había intentado contener.

Me acurruqué en el suelo, los brazos rodeándome como un escudo inútil, sintiendo que cada palabra de mi madre se había quedado grabada en mi piel. No sé cuánto pasó. Solo supe, cuando pude respirar de nuevo, que no quería estar sola.

Sin ni siquiera limpiarme las mejillas mojadas, salí casi corriendo de la pensión. Mis pasos me llevaron, sin pensarlo demasiado, hacia la cabaña de Arán. Necesitaba su voz, su calor, cualquier cosa que me recordara que todavía había alguien dispuesto a sostenerme.

Capítulo 54

ARÁN

El golpe de la puerta me sacó en seco del letargo. Tres golpes rápidos, urgentes. Me levanté del sofá y, al abrir, vi a Dani. Estaba temblando. La chaqueta apenas sostenía sus hombros y sus ojos estaban enrojecidos, como si hubiera corrido bajo una tormenta invisible. No pregunté nada. Simplemente la llevé hacia dentro y cerré tras ella.

La noté frágil, a punto de quebrarse, y sin pensarlo la rodeé con mis brazos. Al principio se quedó rígida, pero en cuestión de segundos se derrumbó contra mi pecho, escondiendo la cara en mi camiseta. Sentí cómo sus sollozos me calaban más hondo que cualquier aguacero.

—Siento presentarme así..., pero es que no... no puedo más —susurró con la voz rota.

Mis manos le acariciaron despacio la espalda, como si pudiera sostenerla en un sitio donde nada más la dañara.

—Ven —le susurré—. Siéntate conmigo.

La guie hasta el suelo, frente a la estufa de leña que aún

chisporroteaba, y nos acomodamos con la espalda apoyada en el sillón. El calor del fuego nos envolvía mientras el frío de fuera quedaba atrás.

—¿Por qué no me cuentas qué ha pasado? —pregunté despacio, sin apurarla.

Dani apretó las rodillas contra el pecho. Tardó en hablar, como si las palabras le dolieran en la boca.

—Ha sido mi madre. —Respiró hondo, la voz temblorosa—. Siempre es lo mismo. No me escucha, solo exige. Me culpa por no firmar lo del piso... como si mi única obligación en la vida fuera obedecer. Y de paso, como siempre, nombra a mi padre, como si recordarme lo que él hizo sirviera para hundirme un poco más.

Hizo una pausa y bajó la voz, con un temblor distinto.

—¿Sabes lo peor? Que mi padre y... él eran iguales. —Su mirada se perdió en el fuego—. Mi ex. El mismo patrón: gritos, reproches, el control disfrazado de amor. Siempre me hacían sentir menos, siempre culpable, como si todo lo malo fuera por mi culpa.

Sus palabras me atravesaron.

—A veces siento que no salí de nada. Que cada paso que doy me devuelve al mismo lugar. —Sacudió la cabeza—. Estoy cansada de correr, de huir, pero no sé cómo quedarme sin que me rompa.

El fuego crepitó entre nosotros, llenando el vacío que dejó su confesión.

—No estás sola —dije al fin, con la voz más firme de lo que sentía, y mientras le acariciaba despacio la cara, siguiendo la línea de su mejilla con el pulgar—. Aunque todo pese, aunque sientas que no hay salida... ahora estás aquí. Conmigo.

Le dediqué una sonrisa tierna, la más sincera que me salió del alma.

Dani se quedó mirándome. Sus ojos brillaban todavía por las

lágrimas, pero había algo nuevo en ellos: un destello de alivio. Levantó la mano y la posó sobre la mía, que seguía en su rostro. Se apoyó en ella con suavidad, cerrando los ojos como si al fin pudiera descansar.

El tiempo se detuvo. Podía sentir el calor de su piel contra la mía, su respiración calmándose poco a poco, ese gesto frágil y valiente al mismo tiempo. Y entonces sentí un cosquilleo que me recorrió entero, un impulso que me pedía acercarme más.

Por un instante dudé. Estaba rota, y no quería que pensara que me aprovechaba de su vulnerabilidad. No era justo. No debía.

Me obligué a quedarme quieto, a contenerme. Cuando abrió de nuevo los ojos, la miré, esperando. Y en esa mirada... había un destello de alivio, confianza, deseo. Como si me estuviera diciendo sin palabras que lo quería tanto como yo.

Me incliné un poco más, despacio. Y ella, con un leve movimiento apenas perceptible, se acercó.

El aire entre nosotros ardía. Mi frente se apoyó en la suya, primero, y ese contacto mínimo bastó para que el deseo se encendiera. El beso nació solo, inevitable. Lento al principio, como una caricia que se prueba, como si ninguno de los dos quisiera romper el hechizo demasiado rápido. Pero en cuanto el roce se volvió certeza, en cuanto nuestras bocas se reconocieron, la calma cedió a la urgencia y todo se volvió fuego.

El gemido ahogado que escapó de su boca encendió cada fibra de mi cuerpo. La atraje hacia mí con un gesto instintivo; mi mano, en su nuca; la otra, en su cintura, acercándola hasta que no quedó espacio entre nosotros. Ella me respondió con la misma urgencia, aferrándose a mi camiseta como si necesitara anclarse.

El beso se volvió hambriento, húmedo, una búsqueda desesperada. Y eso me trasladó a la noche de la tormenta. Sentía

sus labios temblar bajo los míos, la calidez de su lengua encontrándose con la mía, y fue como si cada frontera que nos habíamos impuesto se derrumbara de golpe.

La tumbé con suavidad sobre la alfombra frente a la estufa, el resplandor anaranjado iluminando su rostro. Me incliné sobre ella, mis labios recorrían su mandíbula, bajando hasta su cuello. Su piel ardía, y cada vez que la besaba escuchaba cómo se le escapaba un jadeo.

Sus dedos se enredaban en mi pelo, tirando de él cuando encontraba un punto sensible. Esa entrega me volvió loco.

Mis manos se deslizaron por su cintura hasta el borde de su camiseta, y en un paso urgente me deshice de ella. La tela desapareció entre besos entrecortados, su camiseta y la mía, haciendo que nuestras pieles se encontraran, ardiendo, pegándose una con la otra.

Bajé de nuevo mis labios, besando con hambre cada línea de su clavícula hasta llegar a sus pechos. Rodeé con la lengua su pezón y lo sentí endurecerse al instante, mientras ella arqueaba la espalda con un gemido ronco que me hizo estremecer. Mordí suavemente, alternando con caricias de mi mano, y su cuerpo temblaba, como si no pudiera contenerse.

Llevé mis manos lentamente al botón de sus vaqueros, y me deshice de las únicas prendas de ropa que se interponían entre su cuerpo y yo.

Mis dedos recorrieron el camino de sus muslos hasta su entrepierna. Cuando llegué, la encontré húmeda, cálida, completamente entregada a la espera. El roce apenas insinuado de mis dedos la hizo gemir más fuerte, y mi propio cuerpo reaccionó con violencia, endureciéndose dentro de mis pantalones hasta dolerme.

Ella llevó una mano hasta mi cintura y tiró de mí hacia abajo, buscando mi erección. Cuando me rozó por encima de la tela, se me escapó un jadeo áspero contra su cuello. La presión de su palma sobre mí, la urgencia con la que me buscaba me hizo perder la paciencia. Me liberé de la ropa con torpeza, hasta que no quedó nada que nos separara.

Nuestros cuerpos se encontraron desnudos, piel contra piel, jadeando como si el aire no bastara. La besé de nuevo, con desesperación, mientras mis dedos seguían acariciándola, explorando su humedad, sintiendo cómo su cuerpo respondía a cada movimiento.

—Arán... —susurró entre gemidos, y la forma en que dijo mi nombre me rompió en mil pedazos.

No pude contenerme más. Entré en ella despacio, y escuché su gemido al unísono con el mío.

El calor que nos envolvía era insoportable y perfecto al mismo tiempo. Su cuerpo me recibía húmedo, apretado, palpitando alrededor de mí. Cada movimiento era más profundo, más rápido. Ella me rodeaba con las piernas, empujándome hacia sí, como si quisiera fundirse conmigo. Me agarraba fuerte la espalda, arañándome con cada embestida más intensa.

Sentí cómo sus gemidos se volvían quebrados, cómo su cuerpo temblaba contra el mío. La miré a los ojos, y ver su rostro encendido, vulnerable y a la vez tan lleno de deseo, me llevó al límite.

El clímax nos alcanzó juntos, un estallido brutal que nos dejó sin aire, con el corazón desbocado y los cuerpos aún temblando. Me derrumbé sobre ella, besando su frente, su cabello, su piel húmeda de sudor. Dani cerró los ojos, hundiendo la cara en mi cuello, y sentí cómo se relajaba poco a poco, quedándose en mis brazos. Yo la

abracé más fuerte y susurré junto a su oído:

—Quédate esta noche conmigo.

Capítulo 55

DANI

Aún estaba tumbada bajo él, con el pecho agitándose y la piel ardiendo. Sentía cada nervio de mi cuerpo palpitando, como si todavía no hubiera terminado de suceder, como si todo en mí siguiera vibrando con él dentro. Arán seguía encima, pesado y cálido.

—Quédate esta noche conmigo —susurró, con la voz ronca junto a mi oído.

Sentí que el pecho me apretaba, pero de una forma hermosa, como si esas palabras fueran justo lo que necesitaba escuchar. Asentí en silencio, incapaz de decir nada más.

Me besó en el hombro, manteniéndose tumbado sobre mí.

—Sigo temblando... —murmuré sin pensarlo, con una sonrisa entrecortada.

Arán alzó la cabeza lo suficiente para mirarme, y esa sonrisa tierna suya me hizo cerrar los ojos de puro vértigo. Lo abracé enredando mis piernas con las de él, y me fundí en el calor de su cuerpo y de las últimas ascuas de leña quemada que quedaban en la estufa.

***

Cuando desperté, ya era de día. La luz entraba tamizada por las cortinas de su habitación, y lo primero que hice fue girarme en la cama. Estaba sola.

Mientras me desperezaba sonreí, recordando lo que había pasado horas antes. Pero la sonrisa se deshizo en cuanto regresó el recuerdo de la llamada de mi madre. Me llevé la mano al rostro, tratando de apartar esa sensación amarga.

Me levanté despacio y, al no ver a Arán, busqué algo que ponerme. Encontré una sudadera suya sobre la silla. Me la pasé por la cabeza y me llegó casi hasta medio muslo. Olía a él.

Caminé descalza por la cabaña, escuchando el crujido de la madera bajo mis pasos. El silencio estaba roto solo por el canto de algún pájaro, y nuestra ropa seguía sobre la alfombra del salón, frente a la estufa.

Lo encontré en el porche. Estaba sentado, la guitarra sobre las piernas, acariciando apenas unas cuerdas. Los rayos de sol de la mañana iluminaban su perfil.

Me quedé en el umbral, apoyada al marco de la puerta, observándolo en silencio.

Tras unos segundos, Arán giró la cabeza, como si hubiera sentido mi presencia, y al verme sonrió despacio.

—Buenos días —dijo con la voz despejada.

Me acerqué despacio, sujetando la sudadera que me quedaba enorme, y él palmeó su regazo, invitándome a sentarme. No pude evitar reírme bajito y acepté. Me acomodé sobre él.

Apoyó la guitarra en mis piernas y volvió a rozar las cuerdas. Tocó apenas un par de notas, una melodía sin forma, suave, como si estuviera acariciándome a mí más que a la madera. Me dejé mecer

por el sonido, apoyando la cabeza en su hombro.

Después de un momento, dejó de tocar y me miró de reojo.

—¿Tienes hambre?

—Un poco... —respondí, con la voz aún ronca de la mañana.

Él asintió y dejó la guitarra a un lado. Me tomó de la mano y nos levantamos juntos, entrando a la cabaña.

La cocina olía todavía a leña apagada y a su café de la noche anterior. Mientras él ponía agua a calentar, me apoyé en la encimera, observándolo en silencio, con esa sensación de que la rutina compartida podía ser igual de íntima que la pasión.

Arán se giró a mirarme y sonrió de medio lado.

—Te queda mejor que a mí —dijo, apuntando con la mirada a la sudadera, que apoyada en la encimera me cubría casi hasta las rodillas.

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar sonrojarme.

El aroma del café empezó a llenar el ambiente, y por un momento olvidé que fuera me esperaba la librería, las llaves, la rutina. Arán se giró y se acercó para servirme la taza. Me dejó un beso en la frente y volvió a girarse para servirse su café. Cerré los ojos al sentirlo y me descubrí sonriendo.

Capítulo 56

ARÁN

Esa mañana, después de verla marcharse con esa sonrisa todavía dibujada en los labios, había sentido una calma dulce..., pero también un vacío que no quería reconocer.

Iba a ocupar la tarde ayudando a Andreu con la reforma de la casa, pero al medio día me escribió para decirme que no hacía falta, que podía arreglárselas solo esta vez. Sentí alivio al leerlo, la verdad es que el tinnitus llevaba unas horas golpeándome como un martillo invisible en el oído, y lo último que necesitaba era el ruido de martillos de verdad.

Encendí la estufa temprano, aunque el sol aún no había caído. Me senté frente a ella con la guitarra apoyada en las rodillas, pero apenas fui capaz de rasgar un par de acordes. El zumbido lo ahogaba todo. Cerré los ojos, intentando encontrar una melodía por encima del ruido, y lo único que se me venía a la cabeza era el recuerdo de Dani esa noche.

Me descubrí sonriendo, a pesar del dolor sordo en mis sienes. Llevaba mucho tiempo sin sentir algo así. La costumbre de la

soledad me había vuelto torpe, desconfiado. Y ahora ella había irrumpido en mi vida como un vendaval cálido.

Me tumbé en el sofá, dejando la guitarra a un lado. El fuego crepitaba despacio, acompañando ese cansancio que me recorría el cuerpo. Pensé en lo mucho que me estaba acostumbrando a tenerla cerca, en lo rápido que había aprendido a llenar mis silencios. Y, por primera vez en mucho tiempo, me permití un pensamiento sencillo: «Ojalá vuelva mañana».

Capítulo 57

DANI

La campanilla de la puerta sonó justo cuando estaba colocando en el escaparate una pila de libros recién llegados. Clara apareció con una bolsa de papel en la mano.

—Te he traído unas magdalenas —dijo, alzando la bolsa como si fuese un trofeo—. Salen mejor con horno de leña, ya lo sabes.

El olor dulce llenó la librería cuando las dejó sobre el mostrador. Happy, que dormía hecho un ovillo en la banqueta, abrió un ojo curioso, olfateando el aire.

—Siéntate un rato —le pedí—. Yo pongo el café.

En la trastienda, entre estanterías abarrotadas y el murmullo lejano del pueblo, nos tomamos el descanso como si fuera un ritual secreto. Happy trepó a la mesa y hundió el hocico en la bolsa, sacando un bigote de harina que nos hizo reír.

—¿Qué tal con Arán? —preguntó sin más, con media sonrisa—. Me he dado cuenta de que cada vez pasáis más tiempo juntos.

El calor me subió a las mejillas.

—¿Ah, sí? —Intenté sonar casual—. ¿Y qué te hace pensar eso?

—La forma en que lo miras cuando entra por la puerta. —Se encogió de hombros, como quien dice algo obvio—. Y él tampoco lo disimula, hija.

No supe qué responder. Me limité a llevarme la taza a los labios, buscando refugio en el vapor del café.

—Se parece mucho a su abuelo —dijo—. Un hombre callado, de esos que parecen llevar el peso del mundo por dentro. Venía mucho por aquí. Siempre se quedaba largo rato frente a los libros de música, pero rara vez decía algo. Y, sin embargo, cuando te miraba, sentías que te estaba escuchando de verdad.

Me quedé en silencio, con un nudo en la garganta. Clara sonrió para sí, perdida en el recuerdo.

—Tenía una presencia especial, ¿sabes? No era un hombre de muchas palabras, pero cuando hablaba... todos prestábamos atención. Creo que en el fondo era un alma muy sensible.

Happy maulló justo en ese momento, interrumpiendo la seriedad de la conversación. Clara rio y le ofreció una miga de magdalena. Yo asentí como pude, con las manos aún aferradas a la taza, y observando cómo Happy saboreaba la magdalena. Mientras, el secreto en la mesilla de mi habitación seguía pesando.

Capítulo 58

ARÁN

Al día siguiente, la tarde estaba helada, y agradecí que hubiéramos quedado en la cafetería. Desde nuestra mesa junto al ventanal podía ver cómo las hojas secas rodaban por la plaza, empujadas por un viento frío que se colaba hasta los huesos. Dentro, en cambio, todo olía a canela y café recién hecho.

Había un plato de bizcocho entre los dos, y Dani sostenía su taza de chocolate con ambas manos, como si fuera un tesoro.

La observé un momento en silencio antes de atreverme a preguntar:

—¿Cómo llevas lo de tu familia? —Mi voz sonó más grave de lo que esperaba—. ¿Has pensado algo sobre la firma que te piden del piso?

Ella se tensó, apenas un segundo. Una mueca de angustia cruzó su rostro, y quise arrepentirme al instante de haber abierto la herida. Pero realmente deseaba saber cómo estaba en relación con ese tema.

—He pensado que si firmo... será como aceptar todo lo que ellos

quieren, como rendirme a lo que nunca me hizo bien —dijo despacio, con un hilo de voz—. Pero si no firmo, siento que voy a estar peleando toda la vida contra ellos, que no me van a dejar en paz.

Bajó la vista hacia la taza, y yo noté cómo sus dedos se apretaban en torno a la porcelana.

—Me duele —continuó—. Porque es mi familia y, aunque sé que me hicieron daño, sigo llevándolos dentro. Es como... como si cualquier decisión que tome fuera perder algo, ¿entiendes?

Asentí despacio.

—Lo entiendo —murmuré—. Y no tienes por qué decidir sola. No ahora.

Ella levantó los ojos y me regaló una sonrisa pequeña, frágil, como quien agradece un refugio en medio de la tormenta.

El silencio que siguió se fue llenando poco a poco de algo distinto. Ella probó otro trozo de bizcocho y me ofreció el último bocado con un gesto divertido. Le dije que no, y aun así me lo metió en la boca, riendo cuando casi se me cae sobre el jersey. Yo fingí indignación, pero terminé riendo con ella.

Hablamos de cosas sin importancia: de cómo Happy parecía tener cada día más mañas, de lo exagerado que era el frío para la época, de los turistas que llegaban al pueblo y que siempre confundían el puente con «una ruta secreta a Francia». Sus carcajadas eran como brasas que me calentaban desde dentro, borrando la sombra de la conversación anterior.

Cuando salimos, la tarde había caído y el aire frío nos golpeó de frente. Dani debía volver a la librería. Se colocó el gorro de lana sobre el cabello y yo la miré, consciente de lo fácil que me resultaba imaginarla en mi vida.

Antes de decirle «adiós», me detuve frente a ella, levanté las

manos y le tomé el rostro. Me incliné y la besé despacio, con la ternura de alguien que ya no quiere callarse.

Mientras, todo en la plaza transcurría con la normalidad de siempre: niños corriendo detrás de una pelota, un par de ancianos discutiendo sobre el tiempo apoyados en un banco, y gente caminando a nuestro alrededor, como otro día cualquiera en Arties para ellos.

Capítulo 59

DANI

Entré en la librería con una sonrisa dibujada en los labios, sintiendo el beso perfecto que me había dado Arán hacía tres minutos. Pero bastó cerrar la puerta para que la conciencia me golpeara. Mientras él se preocupaba, y me había preguntado por mi familia, yo seguía guardando el silencio sobre la carta. Ese secreto en la mesilla de mi habitación me ardía, invisible pero presente, recordándome que nuestra felicidad tenía una grieta oculta.

Cuando ya tocaba cerrar, recogí un par de libros que habían quedado sobre la mesa, apagué las luces y rescaté el abrigo y el gorro colgados tras el mostrador. Dejé a Happy durmiendo sobre un cojín en la trastienda y salí.

La noche estaba fría y el aire olía a leña encendida. Me ajusté la bufanda y eché a andar hacia la pensión. Cuando crucé el puente, lo vi: el anciano que días atrás había pasado por la librería.

Me saludó con un leve gesto de cabeza.

—Buenas noches, señorita. Usted es la muchacha de la librería, ¿verdad?

—Sí —respondí, sorprendida de que me recordara—. Buenas noches.

Él se apoyó en la barandilla, mientras con la otra mano sujetaba su bastón. Se quedó mirando el agua que corría bajo el puente unos segundos.

—Este lugar guarda muchas historias... —murmuró—. Aquí se reunían muchos jóvenes del pueblo, sobre todo al caer la tarde. No era raro verlos reír.

Me quedé en silencio, expectante.

—Todavía recuerdo a una muchacha que solía detenerse aquí. Se llamaba Mireia.

El nombre me atravesó de inmediato.

—¿Mireia? —pregunté, conteniendo la respiración.

Asintió despacio.

—No era de aquí, ¿sabe? Venía de lejos, de tanto en tanto. Cuando aparecía por el pueblo, solía cruzarse con el joven Arán —el abuelo—. A veces se los veía juntos, aquí mismo. No hacía falta palabras para notar cómo se miraban. Incluso alguna canción de las que él componía con su guitarra parecía escrita para ella.

Sentí un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío. Asentí en silencio con el corazón acelerado y la conciencia pesada como una piedra.

El anciano sonrió con melancolía, aún con la vista sobre el río, y se incorporó con calma, como si se sacudiera los recuerdos de encima, y me regaló un gesto amable.

—Buenas noches, muchacha de la librería. Que el frío no la atrape.

Lo vi alejarse despacio por el puente hasta perderse en la penumbra. Me quedé allí, con la certeza punzante de que no podía seguir callando mucho más.

Capítulo 60

DANI

El frío de noviembre se dejaba sentir en la calle, aunque un sol brillante daba vida a la plaza. Los puestos del mercado llenaban el aire de voces, telas coloridas y olor a embutidos y queso. Desde el ventanal de la librería podía ver a casi todo el pueblo allí reunido, lo que explicaba por qué el local estaba tan vacío esa mañana.

—Con esta calma podrías echarte una siesta aquí mismo —bromeó Arán, recostado contra el mostrador con los brazos cruzados, mientras yo, subida a una banqueta, colocaba las últimas novedades en la estantería.

—Y dejarte solo vigilando la librería —le respondí con media sonrisa—. No sé yo si fiarme de tus dotes de librero.

—Pues yo creo que vendería más que tú. —Se acercó y se inclinó hacia mí con fingida seguridad—. Bastaría con que sonriera un poco.

—¿Ah, sí? —Reí, arqueando una ceja—. Pues sonríe ahora, a ver si convences a alguien.

Él me dedicó una sonrisa exagerada, tan ridícula que no pude evitar una carcajada. Yo le lancé un manotazo suave al brazo, pero

antes de poder apartarme, me sujetó por la cintura y me levantó con una facilidad que me arrancó un grito ahogado, mientras me ponía a horcajadas sobre él.

—¡Arán! —grité entre risas, rodeándolo con las piernas por instinto.

—Te avisé que te estabas confiando demasiado —murmuró, casi con un gruñido.

Cruzó el pasillo en dos pasos y me llevó hasta la trastienda, mientras mi risa resonaba en la librería vacía. Apenas apoyó mi espalda contra la estantería, me besó con una intensidad que me dejó sin fuerzas. Yo lo atraje hacia mí, agarrándolo por la cintura, sintiendo el calor de su cuerpo encajado contra el mío.

Su mano se deslizó bajo mi jersey, hasta acariciarme un pecho sobre el sujetador. Sus dedos bajaron después por mi vientre, jugando con el borde de mi pantalón. Un jadeo se escapó de mis labios, y sentí cómo se me arqueó la espalda. Su respiración se mezclaba con la mía, y cuando su mano empezó a adentrarse en mi pantalón, un maullido sonó a nuestro lado, tan fuerte que casi me hizo saltar.

—Happy —susurré, intentando recuperar el aliento.

El gato nos observaba desde lo alto de una caja, con la cola moviéndose como un péndulo enfadado. En su intento de acercarse, tiró un par de libros al suelo con un estrépito que nos obligó a separarnos de golpe.

Apoyé la frente en el pecho de Arán, ahogada entre risas y jadeos. Él soltó un suspiro resignado, pero me sostuvo aún contra él.

—Ese gato va a acabar odiándome —bromeó en voz baja.

Arán me bajó despacio, todavía con una sonrisa torcida en los labios, mientras Happy nos vigilaba desde lo alto de la caja como un guardián celoso. Yo no podía parar de reír, con las mejillas

encendidas y la respiración aún agitada.

—Definitivamente, no vamos a poder escondernos de él —dije, señalando al gato, que ahora se lamía una pata con gesto altivo.

—Ni falta que hace —respondió él, pasándome un brazo por los hombros mientras salíamos de la trastienda.

De vuelta al mostrador, me apoyé junto a él, rozando su brazo con el mío. Happy saltó a la banqueta y se acomodó con un bufido satisfecho, como si él también formara parte de nuestro secreto.

Por un instante todo fue simple: la plaza bulliciosa afuera, la librería cálida y silenciosa, y nosotros dos riendo bajito, compartiendo un mundo que parecía solo nuestro.

***

Al medio día salí de la local para volver a la pensión a comer. La plaza seguía llena. Los niños corrían entre los tenderetes, y el sol, aunque frío, bañaba todo con un brillo alegre.

Me abrí paso entre la gente hasta que una voz familiar me detuvo.

—¡Dani!

Era la señora Neus, la dueña de la pensión, que examinaba con atención una mesa llena de jabones artesanos. Tenía un par de pastillas en la mano y me sonrió al verme.

—Mira qué bien huele este de romero. Para las manos, en invierno, no hay nada mejor.

Me acerqué, y enseguida me ofreció uno para que lo oliera.

—Es verdad, huele genial —admití, respirando el aroma fresco.

—Voy a llevarme un par —dijo, guardando los jabones en una bolsa de tela—. ¿Sales ahora del trabajo?

—Sí, voy a la pensión a comer. Clara abrirá la librería otra vez en una hora y media.

Asintió, y justo después me miró con una expresión entre pícara y maternal.

—Oye, te veo más contenta últimamente. Se te nota en la cara, hasta se te ve más guapa.

No supe muy bien qué responder.

—¿Ah, sí? —intenté disimular con una sonrisa nerviosa.

—Claro. El aire del valle hace milagros, dicen... —Ladeó la cabeza, con una chispa divertida en los ojos—. O quizá es que alguien te acompaña en los paseos.

Noté el calor subiéndome por las mejillas.

—Pues no lo sé... Quizá sí que estar tan lejos de una ciudad grande beneficia.

Ella soltó una risa breve y asintió.

—Me alegro. No te entretengo más, ve a comer tranquila. Si necesitas algo de la habitación, avísame.

—Gracias, Neus.

Con un gesto amable se despidió, perdiéndose entre la multitud de la plaza, y yo seguí camino a la pensión. Sonreía, porque era cierto: me sentía más ligera que hacía semanas. Aunque a ratos, tanto mi pasado como el secreto de la carta seguían clavados como una espina, recordándome que esa felicidad no estaba completa del todo.

Capítulo 61

DANI

Después de comer en el comedor de la pensión, subí a la habitación con la intención de tumbarme un rato antes de volver a la librería. Empujé la puerta y me encontré con la corriente de aire que entraba por la ventana, todavía entreabierta.

La había dejado así por la mañana antes de irme, para ventilar la estancia. Me acerqué para cerrarla, pero al girar la manilla la hoja se atascó. Probé una segunda vez, con más fuerza y nada. Se quedaba a medio encaje, como si algo la empujara hacia fuera. Suspiré, apoyando la frente en el marco frío.

Bajé a buscar a Neus. La encontré en la recepción, mirando algo en el ordenador.

—La ventana de mi habitación no cierra bien —le dije, un poco avergonzada, como si la culpa fuera mía por haberla dejado abierta.

Neus me miró enseguida.

—No me digas... —dijo, mostrando un gesto de preocupación en su rostro—. El de mantenimiento anda fuera del pueblo hoy, en casa de su hija. Pero no te preocupes, llamaré a Andreu a ver si puede

pasarse. Él siempre echa una mano en estas cosas.

Me sonrió, y tras darle las gracias, volví a la habitación.

Poco después, los pasos de Andreu resonaron en el pasillo. Tocó la puerta y entró con su calma habitual, saludándome con un gesto antes de acercarse a la ventana. La revisó en silencio, moviendo la bisagra, golpeando suavemente el marco con el nudillo.

—No tiene gran cosa, solo que la madera se ha hinchado con la humedad —dijo, encajando finalmente la hoja con un chasquido seco—. Le diré a Neus que habría que aplicar un poco de barniz protector en los marcos cuando venga el buen tiempo. Eso evitará que vuelva a pasar.

—Gracias, Andreu —le respondí—. Me sabe mal que hayas tenido que venir por una tontería. Seguro que si hubiera apretado más...

Él sonrió, restándole importancia.

—No te preocupes. Para eso estamos los vecinos. Y créeme, no ha sido ningún estorbo.

Guardó un breve silencio, mirándome con curiosidad.

—Ya llevas más de un mes aquí. ¿Qué tal lo llevas? ¿Te gusta la vida del pueblo? ¿Echas de menos Madrid?

Su pregunta me pilló por sorpresa. Me quedé un momento pensativa, buscando las palabras.

—Es... distinto —admití al fin—. Pero últimamente esa diferencia me está sentando mejor de lo que pensaba.

Andreu asintió despacio, como si esa respuesta le confirmara algo.

—A veces uno no se da cuenta de lo que necesita hasta que cambia de paisaje —dijo con una sonrisa.

Cuando se marchó, cerré la puerta y me dejé caer sobre la cama. Ya no me quedaba mucho tiempo antes de tener que volver a la librería, pero miré el techo un rato largo, pensando en lo que había dicho sin querer. Sí, tal vez este lugar me estaba cambiando más de

lo que pensaba.

Capítulo 62

ARÁN

Dani me lo comentó en la plaza, mientras se ajustaba la bufanda para resguardarse del frío de la noche, al salir de la librería.

—Clara me ha dicho que mañana me tome el día libre —me explicó, con esa mezcla de sorpresa y alivio en la voz.

Me alegró escucharla. Llevaba semanas volcada en la librería, sin apenas tregua. Y casi sin pensarlo, la idea que llevaba un tiempo rondándome salió sola.

—Entonces podríamos salir del pueblo. Ir a Vielha, por ejemplo.

Ella me miró con curiosidad.

—¿A Vielha?

—Sí. Es la capital del valle. Apenas son diez minutos en coche —expliqué.

La sonrisa que se le escapó me confirmó que le gustaba la idea.

—Vale. Pero temprano, ¿eh? Quiero aprovechar el día.

—Temprano será —le respondí.

***

Salimos al día siguiente. El aire estaba helado y limpio, y el sol apenas levantaba la niebla de los prados. Conducía despacio, disfrutando de la carretera estrecha entre montañas doradas por el otoño. Dani iba en silencio, mirando el paisaje con los ojos brillantes y la frente pegada al cristal. Como si quisiera guardarse cada curva en la memoria. Yo, mientras tanto, me descubría observándola más a ella que al paisaje.

En Vielha el contraste fue inmediato. Más gente en las calles, más tiendas abiertas, el Garona corriendo fuerte entre los edificios. A su lado, Arties parecía un rincón secreto.

Paseamos sin prisa. Primero, nos sentamos en una cafetería con un gran ventanal, a desayunar. Compartir ese lugar, lejos de nuestra rutina, se sentía distinto. Como si empezáramos a tejer recuerdos nuevos que ya no dependían solo de la cabaña o de las calles de Arties.

Después bajamos hasta la orilla del Garona. Nos acercamos a unas rocas y, como dos críos, estiramos la mano para tocar el agua. Estaba helada. Dani rio fuerte, sacudiéndose las gotas.

Seguimos paseando por las calles con calma, hasta que ella se detuvo delante de un escaparate repleto de minerales, inciensos y pulseras.

—¿Podemos entrar? —preguntó, con un brillo curioso en los ojos.

Dentro, el aire olía a sándalo y a lavanda. Las estanterías estaban repletas de piedras de colores, amuletos y figuras talladas. Yo la seguí en silencio, observando cómo acariciaba con cuidado las piedras pulidas y collares. Al final se detuvo en un expositor lleno de pulseras.

—Siempre me han llamado la atención —confesó—. No sé muy bien cómo funcionan, pero me parecen preciosos.

Le preguntó a la dependienta por las propiedades de algunos

minerales. Escuchó con atención cada explicación: unas servían para atraer calma; otras, para potenciar confianza; otras, para proteger de malas energías. La vi pensativa, como si quisiera elegir con cuidado. Al final tomó dos pulseras y las pagó en el mostrador.

No fue hasta que salimos de la tienda, con el aire frío golpeándonos de nuevo, cuando se giró hacia mí.

—Esta es para mí —me mostró la suya—. Es cuarzo rosa. Para curar heridas y darme un poco más de confianza —dijo con una sonrisa tímida.

Luego tomó la otra y, sin pedirme permiso, me la colocó en la muñeca.

—Y esta es para ti. Es amatista, y sirve para calmar dolores de cabeza.

Me quedé helado. Sentí un nudo en la garganta, como si me hubiera quedado sin aire. Había pensado en mí, en mi tinnitus... algo que, aunque casi nunca mencionaba, ella parecía tenerlo presente.

Antes de que pudiera responder, la rodeé con un brazo y la atraje hacia mí, apoyando un beso en su cabeza.

—Gracias —susurré, con voz áspera.

Ella sonrió como si no hubiera hecho nada especial.

El resto del día transcurrió con calma. Entramos en una librería pequeña y hojeamos volúmenes viejos que olían a polvo y madera. Comimos en el restaurante Chapeau solo porque le hizo gracia un par de estatuas con la forma de dos ciervos. Dani se detenía cada pocos pasos a mirar escaparates artesanales. Compramos un par de dulces en una pastelería mientras cruzábamos por el centro, para el camino de vuelta.

Cuando regresamos al coche, Vielha quedaba atrás, pero yo llevaba conmigo algo más que una pulsera en la muñeca. Sentía que, sin proponérselo, Dani había colocado una raíz en un sitio que

yo pensaba estéril desde hacía años.

Capítulo 63

ARÁN

El cansancio nos envolvía a los dos mientras regresábamos hacia Arties. El silencio en el coche no pesaba, era de esos que acompañan. El paisaje otoñal se deslizaba a los lados de la carretera, hojas rojas y ocres cayendo sobre el asfalto húmedo.

Dani giró un poco la cabeza hacia mí.

—¿Y tus padres? —preguntó con voz suave—. ¿Viven fuera? Siempre estás solo en la cabaña.

No contesté de inmediato. Ella no insistió, solo esperó.

—No pasé mucho tiempo con ellos. Siempre estaban lejos, ocupados, viajando. Al final, el que estaba era mi abuelo. Él me recogía del colegio, celebraba mis cumpleaños, me atendía cuando me ponía enfermo. Básicamente me crio él. Era mi hogar. No ellos.

Me aferré un poco más al volante.

—Supongo que por eso vivo en la cabaña. Porque allí todavía siento algo suyo. Y porque... mis padres eran casi extraños, aunque nunca lo diga en voz alta.

Dani me miró de reojo, con un gesto contenido, como si dudara si

preguntar o no. Al final lo hizo.

—¿Y ahora? ¿Sabes algo de ellos?

—Murieron hace años. —Tuve que hacer una pausa para tragar saliva—. No fue porque no me quisieran, al contrario. Creo que siempre se preocuparon por mí, pero... su vida estaba llena de negocios, de viajes. Les tocó estar lejos. Y yo me quedé sin llegar a conocerlos de verdad.

El silencio volvió. Dani apoyó la mano sobre mi rodilla, firme, cálida. Ese gesto bastó.

Cuando retiró la mano, su mirada seguía fija en el cristal delantero.

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo —murmuró—. Que mis padres se preocuparon, aunque fuera desde la distancia.

Giré apenas la cabeza hacia ella, sin soltar el volante.

Respiró hondo antes de continuar.

—Mi padre... es autoritario, agresivo. Tiene que controlarlo todo. Y cuando alguien no hace lo que él quiere, pierde los papeles.

Se quedó callada unos segundos, como si midiera hasta dónde atreverse.

—Recuerdo una vez, tendría quince años. Le llevé la contraria en la calle, delante de unos vecinos. Nada grave... solo le dije lo que pensaba. —Su voz se quebró—. Me dio una bofetada delante de todos, que de la fuerza me tiró al suelo. Nadie dijo nada, nadie hizo nada. Solo me quedé allí, con la cara ardiendo y las lágrimas atragantadas. Ese día entendí que para él yo no era más que un reflejo de lo que quería imponer.

Sentí el estómago encogerse, una rabia silenciosa que me hizo apretar la mandíbula.

Dani siguió, bajando la voz.

—Y cuando estuve con mi ex..., aunque me trataba mal, mi padre

se ponía de su parte. Decía que yo exageraba, que él solo intentaba «ponerme en mi sitio». Mi madre tampoco ayudaba. Ella repetía que no le parecía un mal chico.

Hizo una pausa, mordiéndose el labio.

—Mi hermano mayor se marchó de casa hace años. No soportaba más a mis padres. La presión ni la forma en que nos trataban. Apenas hablamos desde entonces, pero lo entiendo. Yo me quedé... y aguanté demasiado.

No supe qué decir de inmediato. Solo extendí mi mano y la dejé descansar sobre la suya.

El silencio volvió a llenarlo todo, pero esta vez cargado de verdad. Habíamos dejado escapar pedazos de nosotros que rara vez compartíamos. Y, de alguna manera, el coche se convirtió en un refugio en movimiento, avanzando entre montañas y hojas caídas.

Capítulo 64

DANI

Cuando el coche dobló la curva y aparecieron las primeras casas de Arties, el cielo ya se teñía de un naranja suave. Las chimeneas empezaban a humear y el aire traía ese olor a leña que tanto me gustaba.

Arán paró frente a la pensión. Antes de que pudiera abrir la puerta, me miró de reojo.

—Mañana... ¿te apetece cenar en la cabaña? —preguntó con naturalidad, aunque su voz sonaba un poco más baja, como si temiera mi respuesta.

No tuve que pensarlo demasiado.

—Sí, claro.

Sonrió, y ese gesto me encendió algo en el pecho. Antes de irse esperó a ver cómo entraba en la pensión. Desde dentro le hice un gesto con la mano, acompañado de una sonrisa, y subí las escaleras hasta mi habitación.

Dejé la chaqueta sobre la cama antes de dirigirme al baño. Abrí el grifo y esperé a que el agua se calentara. Cuando por fin me metí

bajo la ducha, el vapor comenzó a empañar el espejo y la tensión de mis hombros empezó a disolverse. Mientras el agua caliente me recorría el cuerpo, me quedé un momento inmóvil, procesando todo lo que había ocurrido. Nunca le había contado a nadie sobre mis padres con tanto detalle. Nunca.

Pensé en lo que me había revelado también Arán, en sus padres ausentes, en su abuelo convertido en refugio. Y luego pensé en mis confesiones... mi padre alzando la mano en plena calle, el silencio cómplice de mi madre, la huida de mi hermano. Era como si, por primera vez, alguien hubiera sostenido todo ese peso conmigo en lugar de dejarme sola.

Cerré los ojos y apoyé la frente contra los azulejos húmedos. Y entonces me vino a la mente la carta. El sobre guardado en el cajón de la mesilla, esperándome como una sombra. Una punzada de culpa me atravesó.

Arán me había entregado su confianza sin reservas, y yo... llevaba días ocultándole algo que le pertenecía. Algo que podía cambiar lo que él creía saber de su abuelo.

Sentí un nudo en la garganta, más fuerte que el agua que caía sobre mí. No podía seguir callando. No después de lo que habíamos compartido hoy.

Apagué la ducha y me envolví en el albornoz, temblando todavía, aunque ya no era por el frío.

Mañana en la cabaña.

Mañana en la cabaña se lo contaría.

Capítulo 65

DANI

Arán me dijo que no llevase nada para la cena, aparte de hambre, pero yo no hice caso. Ya que me invitaba, me apetecía llevar algún detalle. Así que, nada más salir de la librería, pasé por la pastelería del pueblo y elegí una coca de manzana que todavía estaba templada. También compré una botella de vino blanco dulce, de esos que recomiendan para acompañar postres. No era mucho, pero me hacía ilusión llegar con algo entre las manos.

En el bolso, junto a las llaves, cartera y todo lo demás, llevaba el sobre con la carta. No sabía cuándo ni cómo, pero esta noche tendría que enseñársela. La idea me revolvía el estómago.

La tarde caía deprisa, tiñendo de cobre los tejados y apagando poco a poco las montañas. El aire fresco me enrojecía las mejillas mientras subía hacia la cabaña con la bolsa bien sujeta. Cada paso me aceleraba un poco más el pulso; llevaba todo el día con la idea de la cena rondándome la cabeza.

Cuando por fin llamé a la puerta, no tuve que esperar demasiado. Arán apareció enseguida, con el jersey blanco de lana y el pelo un

poco revuelto, como si hubiera estado pendiente de mil cosas a la vez.

—¿No te dije que no trajeras nada? —me dijo al ver la bolsa en mi mano, con una mezcla de reproche y sonrisa agradecida.

—Y yo no te he hecho caso —respondí—. Solo es vino y un postre, nada más.

Suspiró, pero le brillaron los ojos mientras me dejaba pasar.

—A veces me pregunto para qué hablo.

Me quité la chaqueta y lo seguí hasta la cocina. El olor que llenaba la cabaña me hizo sonreír: hierbas, sofrito, algo cálido que prometía. Había cazuelas al fuego y la mesa casi lista, aunque todavía quedaban pequeños detalles por terminar.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté, dejando la bolsa sobre la encimera.

—Sí, me vendría bien —respondió él—. Solo faltan cuatro cosas, pero me voy a volver loco yendo de un lado para otro.

Me arremangué y me puse a su lado. Yo corté el pan mientras él aliñaba la ensalada. Luego cambiamos: él abrió el vino y yo puse los platos en la mesa.

Cuando descorchó la botella y sirvió dos copas, me ofreció una.

—Entonces ¿brindamos?

—¿Por qué brindamos? —pregunté, alzando la mía.

—Por esa coca de manzana que has traído. Tiene pinta de ser la salvación de esta noche.

Reí antes de dar un pequeño sorbo, divertida por la ocurrencia. El vino era fresco, con un dulzor ligero que me llenó la boca.

***

El guiso humeaba en la mesa, desprendiendo un olor que me hizo

cerrar los ojos un instante. Lo acompañaban el pan recién cortado, esa ensalada colorida y la botella de vino abierta a medio camino. Todo parecía sencillo pero bien cuidado, como si cada detalle importara.

—No está mal para alguien que vive solo, ¿eh? —bromeé mientras me servía un poco.

Arán sonrió, alzando la ceja.

—Lo justo para sobrevivir. Aunque hoy tenía una buena razón para esmerarme.

Me llevé el primer bocado a la boca. El sabor me sorprendió y me arrancó una risa.

—¿Sobrevivir dices? ¡Esto está mejor que muchos restaurantes!

Su expresión se suavizó, como si la frase le hubiera tocado más de lo que esperaba. Sirvió un poco en su plato y empezamos a comer.

Charlamos un rato de cosas sin importancia: Clara y sus historias interminables, las travesuras de Happy en la trastienda de la librería, el clima cambiante del valle.

Yo sonreía, me reía de sus comentarios, incluso hice alguna broma con él. Pero cada vez que rozaba mi bolso con la pierna, un nudo se me formaba en la garganta. La carta estaba ahí dentro, callada, y me parecía imposible disfrutar de todo aquello sin recordar que debía enseñársela.

Arán me contó una anécdota del mercado, de un turista que confundió unas hierbas con otra cosa, y reímos los dos hasta que me dolieron las mejillas. La cena transcurrió ligera, envuelta en esa naturalidad que empezaba a resultarme peligrosa: porque hacía que quisiera quedarme siempre en momentos como ese.

Al terminar me levanté para ayudarlo a recoger la mesa. Llevamos los platos a la cocina, fregamos juntos y bromeamos mientras yo secaba los vasos y él los guardaba. Después volvió a la mesa con

dos cafés y yo saqué la coca de manzana. El olor dulce llenó la estancia.

Nos sentamos, con la estufa crepitando detrás, y por un instante sentí que podía quedarme así toda la vida: con la taza entre las manos, observando cómo la luz cálida jugaba en su rostro.

Pero el bolso estaba a mi lado, recordándome lo que había traído conmigo.

Inspiré despacio y, antes de que el valor se me escapara, dejé la taza sobre la mesa.

—Arán..., tengo que contarte algo —dije al fin—. Debería habértelo dicho antes —continué, con la voz más baja—, pero no sabía cómo. Y al final he esperado demasiado.

Él me miró, primero sorprendido, y enseguida la sorpresa dio paso a una expresión de incertidumbre, con un matiz de preocupación en los ojos. Tragué saliva, notando cómo me temblaban las manos mientras buscaba dentro del bolso. Saqué el sobre amarillento y lo dejé sobre la mesa, entre nosotros.

—Lo encontré hace un tiempo —expliqué—. Y creo que es para ti.

El silencio se hizo denso, tan fuerte que el crujido de la leña en la estufa sonó lejano. Arán bajó la mirada hacia el sobre, sin tocarlo al principio, como si solo verlo ya pesara demasiado.

Yo me mordí el labio, esperando.

Él alargó lentamente la mano, lo tomó y lo sostuvo un instante entre los dedos. Cuando levantó la vista, sus ojos seguían clavados en los míos, cargados de preguntas.

—¿Puedo...? —dijo apenas, como si necesitara mi permiso.

Asentí despacio.

—Es tuyo.

Capítulo 66

ARÁN

El papel amarillento crujió entre mis dedos. Tragué saliva y empecé a leer en silencio, sintiendo la mirada de Dani fija en mí, expectante.

Las primeras líneas me golpearon con fuerza: un «Arán...» escrito con esa caligrafía antigua, como si me hablara a mí, aunque la fecha y el tono lo desmintieran.

A medida que avanzaba, me noté cada vez más tenso. Apoyé los codos sobre la mesa y me pasé una mano por el pelo, apartándomelo de la frente. Había muchas cosas que no entendía: el tono, la despedida, la sensación de algo inconcluso. Y, sobre todo, que no sabía de ninguna Mireia.

Tenía la sensación de que me faltaba el aire. Cada frase estaba cargada de una melancolía que no lograba descifrar. De decisiones que rompían algo irremediable, de alguien que hablaba desde muy lejos...

Cuando terminé, levanté los ojos hacia Dani.

—¿Por qué no me la habías dado antes? —Mi voz sonó más áspera de lo que quería, un tono que mezclaba confusión, disgusto y un

extraño sabor a engaño.

Ella apretó los labios, como si hubiese estado esperando justo esa pregunta.

—Al principio... no sé muy bien por qué no te la di. —Su voz era baja, temblorosa—. Pero cuanto más pasaba el tiempo, más difícil se me hacía. Me daba miedo...

Una lágrima rodó por su mejilla.

—Lo siento, Arán.

Me quedé en silencio, volviendo la mirada a la carta que tenía todavía entre las manos, sin saber qué decir. Sentía presión en el pecho, una mezcla de desconcierto y traición. Como si de repente me faltaran piezas enteras de la vida del abuelo. Si había guardado este secreto... ¿qué más habría dejado atrás sin contar?

Fue esa misma inquietud, ese miedo a no saber toda la verdad, lo que me golpeó de pronto con claridad. Recordé la caja de zapatos. Y, dentro de ella, el sobre que nunca había tenido el valor de abrir.

Me incorporé de golpe, la silla corrió contra el suelo.

—Espera aquí un momento.

Caminé directo hacia el armario del dormitorio. Abrí la puerta y aparté unas chaquetas hasta sacar la caja de cartón del fondo.

Volví con ella a la mesa y la coloqué frente a nosotros. El silencio era tan espeso que solo se oía el crepitar de la estufa.

Me senté otra vez. Dani me miró confusa, pero sin decir nada.

Levanté la tapa de la caja de zapatos y cogí el sobre. Antes de abrirlo, volví a ver la dedicatoria escrita con la letra firme de mi abuelo:

Para A.H., porque algunas historias se cosen mejor a mano.

Dani seguía en silencio, mientras yo abría el sobre con cuidado y desplegaba la carta. Inspiré hondo y decidí leer en voz alta, aunque

la voz me temblaba.

—«Querida Alma...».

Mi garganta se apretó al pronunciarlo.

—La carta va dirigida a mi abuela —dije, mientras levantaba la vista hacia Dani.

Ella asintió, sin apartar la mirada de mí.

—«Te escribo estas palabras porque siento que no puedo seguir llevándolas solo en mi pecho. Nunca quise ocultarte nada, pero tampoco supe cómo contártelo sin herirte. Quizá cuando termine de escribir, al final no llegue a darte esta carta por ese motivo».

Respiré hondo antes de continuar.

—«Antes de ti, hubo otra mujer. Mireia. Se marchó de pronto, sin una explicación. No sé si fue culpa mía, si hice algo mal o si, simplemente, la vida decidió arrebatármela. Nunca volví a saber de ella. Lo único que conservo es la certeza de que atravesó mi corazón con una fuerza que nunca he podido olvidar».

Sentí un nudo en la garganta. Mis manos temblaban sujetando el papel.

—«Alma, te amo con todo lo que soy. Eres mi compañera, mi refugio, la madre de nuestros hijos. No hay duda de ese amor. Pero sería injusto fingir que Mireia no existió en mi historia, que no dejó cicatrices. No supe borrar su nombre ni su recuerdo. Vivo contigo una vida plena y agradecida, pero siempre con esa sombra silenciosa detrás de mí».

Me quedé callado un segundo, con los ojos fijos en las letras, antes de continuar:

—«Escribo esto porque temo que, si algún día me marcho sin hablarlo, me lleve un secreto que me pesa demasiado. Tú mereces la verdad, aunque quizá nunca llegues a leer estas líneas. Tal vez la carta solo sea para recordarme que, a pesar de las ausencias y las

pérdidas, elegí estar contigo, elegí construir contigo lo que somos».

Tragué saliva, la visión borrosa por las lágrimas a punto de escapar, y la voz quebrándose al llegar al final:

—«Si alguna vez lees esto, perdóname por el silencio. Y si no... al menos habré sido sincero conmigo mismo».

Bajé lentamente el papel. El silencio cayó en la cabaña.

No podía dejar de pensar en que esa carta nunca llegó a su destino, igual que la de Mireia. Dos verdades que quedaron atrapadas en el aire, sin llegar jamás a quienes estaban dirigidas.

Levanté la mirada hacia Dani. Tenía las mejillas mojadas y sus ojos brillaban en la penumbra, como si también sintiera el peso de ese secreto no contado.

Capítulo 67

ARÁN

El silencio se alargó después de la lectura. Sentía las palabras de mi abuelo como si no hubiera sido yo quien las había pronunciado, sino una voz prestada que había atravesado el tiempo.

Me decidí a doblar la hoja y a introducirla de nuevo en el sobre.

—Nunca... —dije al fin, con un hilo de voz—. Nunca me imaginé que mi abuelo llevara algo así dentro. Toda una vida guardando silencio.

Dani apretó las manos sobre la mesa y me miró con los ojos cargados de dudas.

—Entonces... la carta de Mireia nunca llegó a sus manos. —Hizo una pausa, como si lo pensara en voz alta—. ¿Cómo terminó entre libros en la librería?

Sentí un nudo en el estómago.

—No lo sé. —Negué despacio con la cabeza—. No me lo explico.

Me llevé una mano al pelo, apartándolo hacia atrás, y dejé escapar un suspiro largo.

—Me encantaría poder saber más sobre Mireia.

El crujido de la estufa llenó el vacío que dejaron mis palabras. Dani me sostuvo la mirada, como si entendiera que esa frase no era solo un deseo, sino una necesidad que empezaba a crecer dentro de mí.

Capítulo 68

DANI

Podía sentir la desesperación de Arán por no saber más. Si yo me sentía así, confundida y con un nudo en el pecho, para él tenía que ser mucho más duro tratándose de alguien tan importante como su abuelo.

Me incliné despacio hacia él y puse mi mano sobre la suya. No dije nada, solo quise que sintiera que estaba allí.

Arán desvió los ojos hacia mí. Sus labios se curvaron en una mueca triste, casi una sonrisa quebrada.

—No te sientas culpable por no haberme dado la carta antes. —Su voz sonó baja, áspera—. Eso no habría cambiado nada.

Asentí despacio, aunque por dentro la culpa me quemaba igual. Retiré la mano con cuidado y, buscando aliviar un poco la atmósfera, murmuré:

—¿Qué te parece si recogemos lo que queda del postre y nos sentamos en el sofá frente a la estufa?

Él respiró hondo, como si la propuesta le regalara un respiro, y asintió. Entre los dos llevamos las tazas vacías a la cocina y

guardamos lo poco que quedaba de la coca de manzana. Ninguno habló durante esos minutos, pero la rutina compartida tuvo algo reconfortante.

Cuando volvimos al salón, el calor de la estufa llenaba el espacio con un rumor acogedor. Nos sentamos juntos en el sofá, sin la mesa de por medio, solo el resplandor naranja del fuego reflejándose en sus ojos color miel.

Me acomodé contra el respaldo. El silencio se extendía, más sereno esta vez, como si el crujido de la leña pudiera sostener lo que ninguno de los dos se atrevía aún a decir.

Arán rompió el silencio al cabo de unos minutos.

—Todo lo de esta noche... me ha dejado la cabeza hecha un lío. El zumbido es insoportable —dijo con un hilo de voz—. Es más agudo y constante que de costumbre... y ahora me late hasta en las sienes.

Me giré hacia él, con un gesto decidido.

—Ven. Cierra los ojos.

Lo hice apoyarse contra mí y empecé a deslizar los dedos entre su cabello, masajeando con suavidad su cuero cabelludo. Noté cómo sus hombros se relajaban poco a poco.

—Espero que la amatista haga su trabajo... —susurré con voz dulce, recordándole la pulsera que llevaba en su muñeca.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios, y poco después, acabó quedándose dormido.

Capítulo 69

ARÁN

Desperté con la tibieza del cuerpo de Dani, todavía dormida. Tenía la cabeza apoyada en su hombro. El tinnitus lo sentía más leve, y el dolor de cabeza había desaparecido.

No supe si darle las gracias al silencio relativo o a ella. Tal vez a los dos.

Deslicé los brazos y le rodeé la cintura, deslizando mi cabeza de su hombro a su vientre. Ella se removió un poco y, al notar mi movimiento, abrió los ojos lentamente. Me miró con una sonrisa adormilada.

—Buenos días... ¿te encuentras mejor? —murmuró con voz ronca de recién despertada.

Asentí despacio, incapaz de no sonreír también.

—Sí, mucho mejor —dije, sin levantar la cabeza de su barriga—. Al final, esta pulsera va a ser el regalo ideal de mi vida.

Dani soltó una risa suave, mientras me revolvía el pelo despacio.

Un rato después nos levantamos y fui a preparar café. La cabaña olía a leña apagada y a humedad de montaña, mientras el agua

hervía en la cafetera de hierro. Nos sentamos, cada uno con su taza humeante. Afuera, la mañana apenas despuntaba entre los árboles.

—No dejo de pensar en la carta de Mireia... ¿por qué estaba en la librería y nunca llegó a mi abuelo?

Dani me observó en silencio, removiendo el café.

—No lo sé... yo tampoco lo entiendo.

Tras unos segundos, alzó la mirada, fijando sus ojos enormes en los míos.

—Quizá hay alguien que podría darnos respuestas... Un par de veces me he cruzado con un anciano que conocía bien a tu abuelo, y la última vez mencionó a Mireia. A lo mejor él podría saber más.

La miré, dudoso y sorprendido.

—¿Un anciano?

—Sí, es bastante mayor y va con un bastón. Pero no sé cómo se llama ni dónde podríamos encontrarlo. —Hizo una pausa y se encogió de hombros—. Solo sé que la primera vez lo vi en la librería, y la última estaba en el puente.

Asentí despacio mientras apuraba el último sorbo de café. No dije nada más. La idea del anciano se quedó flotando en mi cabeza. Ojalá tuviéramos la suerte de volver a cruzárnoslo.

Capítulo 70

DANI

La campanilla de la puerta sonó mientras envolvía el libro que había elegido una clienta. Cuando levanté la vista, vi a Arán entrar con dos vasos de café humeante y una pequeña bolsa de papel en la otra mano.

—Os traigo provisiones —dijo con una sonrisa, levantando la bolsa —. Castañas recién asadas.

El calor que desprendía me recorrió los dedos cuando la apoyó al mostrador. Yo seguí atendiendo a la mujer, pero de reojo lo observé darle uno de los cafés a Clara y quedarse junto a ella. Mientras, acariciaba a Happy, que ya estaba subido a la banqueta ronroneando feliz. La escena me arrancó una sonrisa sin darme cuenta.

La clienta se marchó, me reuní con ellos. Los tres compartimos café y castañas. Estuvimos charlando sobre libros, y en algún momento la conversación se fue a una señora del pueblo, que por lo visto tenía una ardilla como mascota, y muchas veces salía de casa con ella en el hombro.

Al rato, Arán, con tono casual, preguntó:

—¿Recuerdas a mi abuelo cuando era más joven? ¿Venía por aquí, no?

Clara se acomodó el pañuelo en el cuello y asintió.

—El que más lo conoció siendo joven fue el antiguo librero. Empezando yo a trabajar en la librería, alguna vez que entró tu abuelo, me comentaba cosas sobre él. Me decía que era un hombre campechano, aunque bastante introvertido, y que siempre le llamaba la atención cómo hablaba. Que había algo en sus palabras que transmitía inteligencia, calma. —Sonrió al recordarlo—. Ya cuando me quedé yo con el negocio, venía a menudo, pero siendo ya más mayor. Me sorprendía que siempre preguntaba por diarios antiguos, cartas olvidadas, papeles que parecían sin importancia, pero que él parecía disfrutar coleccionándolos.

Arán y yo nos miramos en silencio.

No hubo tiempo para seguir, porque la puerta volvió a sonar. La hermana de Clara apareció con su sobrina, que se lanzó directa a abrazar a su tía.

—¡Pero si habíamos quedado para cenar! —Rio la hermana.

Clara se apresuró a recoger sus cosas.

—Os dejo el cierre. Dani, acuérdate de asegurarte de que el candado nuevo de la persiana queda bien anclado —nos dijo antes de marcharse.

Arán se puso a ayudarme a colocar algunos libros y a hacer el recuento de la caja. Cuando terminé, fui a la trastienda a buscar mi chaqueta y el bolso. Apenas había cruzado el umbral cuando noté que alguien entraba detrás de mí.

Arán cerró la puerta antes de que Happy pudiera seguirnos.

—Esta vez el gato no va a meterse por medio —dijo, con una media sonrisa.

No pude evitar arquear una ceja mientras le contesté con una

sonrisa pícara.

—Me parece genial.

No hubo más palabras. Nuestros labios se buscaron con una urgencia que encendió cada fibra de mi piel. El beso fue profundo, húmedo, hambriento. Mi espalda chocó con la estantería de la trastienda. Mis manos buscaron su sudadera, la arranqué hacia arriba y en unos segundos también su camiseta quedó en el suelo.

El calor de su piel me abrasó los dedos. Arán me alzó por los muslos. Instintivamente enredé las piernas en su cintura, y me sentó sobre la mesa de madera. Mis labios se deslizaron por su cuello, mientras él se deshacía de mi ropa y de lo que quedaba de la suya, rápido y con decisión. En cuanto sus caderas se presionaron contra las mías, un gemido se escapó de mi garganta. El deseo me latía entre las piernas con tanta fuerza que apenas podía pensar.

Me dejé llevar, sintiendo su boca recorrer mi cuello y su respiración acelerada mezclarse con la mía. Cada roce era un incendio, cada movimiento arrancaba un estremecimiento. La mesa crujió bajo mí cuando su cuerpo me invadió, lento al principio; después, con la urgencia que ambos necesitábamos. Mis uñas se clavaron en sus hombros, guiando el ritmo, sintiendo cómo cada embestida me hacía perder el control un poco más.

Lo empujé con atrevimiento y salté de la mesa. Lo hice sentarse en una de las sillas y me subí sobre él a horcajadas. Sus manos recorrieron mi espalda hasta sujetar mi cintura. Nuestros cuerpos se encontraron de nuevo, esta vez yo marcaba el ritmo. Me moví sobre él con pasión desbordada, jadeando entre sus labios, sintiendo cómo la intensidad crecía.

El placer se fue acumulando dentro de mí hasta convertirse en una ola imposible de contener. Me aferré a sus hombros y un grito entrecortado escapó de mi boca cuando el orgasmo me sacudió

entera. Sentí cómo él me abrazaba con fuerza, acelerando el ritmo hasta perderse también en ese mismo clímax, enterrando su rostro en mi cuello mientras su respiración se quebraba.

Durante unos segundos nos quedamos allí, abrazados, aún estremeciéndonos, hasta que mis movimientos fueron calmándose. El sudor perlaba su frente, y yo, todavía montada sobre él, apoyé la frente contra la suya. Ambos jadeábamos, sonriendo sin poder evitarlo.

Cuando al fin recuperamos un poco de aire, Arán me acarició la mejilla riendo entre suspiros, y me bajé de su regazo despacio. Nos vestimos y dejamos la trastienda en orden.

Cuando Arán abrió la puerta, Happy estaba sentado justo enfrente, observándonos con esa seriedad felina que parecía un reproche. Nos miramos y, al mismo tiempo, estallamos en carcajadas.

Capítulo 71

ARÁN

Habíamos quedado temprano en la plaza. Dani tenía la mañana libre —ese día solo le tocaba turno de tarde en la librería—, así que aprovechamos para salir juntos a ver los puestos del mercado.

El pueblo estaba más vivo que de costumbre: las mesas de madera y los toldos de colores llevaban la plaza, impregnando el aire con olores dulces y tostados. El murmullo de la gente se mezclaba con la música de un acordeón en la esquina. En ese momento eché de menos haber llevado la guitarra.

Dani caminaba a mi lado, con las manos en los bolsillos de su abrigo.

—Quiero comprar miel —dijo sonriendo.

—Y yo, café en grano —respondí—. Apenas me queda en la cabaña, y el del puesto de Manel es el mejor. Así que voy a aprovechar.

Caminamos sin prisa entre los tenderetes, deteniéndonos a curiosear jabones artesanales, quesos de todo tipo y dulces de almendra. Dani probó un trozo de pan con nueces que le ofreció un

vendedor y me miró divertida cuando el hombre insistió en darme a mí también. Todo parecía tener un ritmo más lento, como si el mercado hubiera atrapado al pueblo en un paréntesis acogedor.

Nos detuvimos en un puesto de bufandas de lana, y mientras las miraba, de pronto noté que Dani me agarró de la chaqueta y me llevó hacia ella.

—Arán... —murmuró en voz baja—. Ese hombre. Es él. El anciano que conocía a Mireia.

Seguí la dirección de su mirada. Allí estaba, a unos puestos de distancia: un hombre mayor, encorvado, apoyado en bastón de madera. Si mi vista no me fallaba, era el viejo Fermín. Se hacía cargo de un huerto en las afueras del pueblo, y hacía bastante tiempo que no lo veía. Observaba con calma un puesto de dátiles y otros frutos secos, ajeno al bullicio.

—¿Estás segura? —pregunté.

Dani asintió con firmeza.

No lo dudamos más. Caminamos hacia él. Ella lo saludó primero:

—Buenos días.

El anciano levantó la vista. Sus ojos nublados por los años se iluminaron al reconocerme. Una sonrisa lenta se dibujó en su rostro.

—¡Pequeño Arán! Llevaba tiempo sin verte, muchacho.

—¿Cómo está, señor Fermín?

Luego miró a Dani.

—Y la muchacha de la librería.

Respiré hondo antes de hablar:

—¿Podemos hacerle una pregunta?

—Pues claro que sí, hijos —respondió, con un gesto amable—. Faltaría más.

Nos apartamos con él hacia un rincón más tranquilo de la plaza. Dani fue quién inició la conversación:

—Hace un tiempo, entre las páginas de un libro, encontré un sobre donde solo ponía «Mireia»... —dijo lentamente—. ¿Recuerda usted que hace unos días, en el puente, mencionó a una Mireia que se encontraba con Arán cuando eran jóvenes? ¿Podría hablarnos de ella?

El anciano apoyó las dos manos sobre el bastón y suspiró, como si de repente lo hubieran transportado a otra época.

—Ah, Mireia... —murmuró con un brillo húmedo en los ojos—. Claro que la recuerdo.

Capítulo 72

ARÁN

—A Mireia la recuerdo como si fuera ayer... —dijo el anciano, con una sonrisa suave en su rostro—. Siempre estaba con tu abuelo. Los veía en la plaza, en el puente, riéndose como dos jóvenes que se saben invencibles.

Sus palabras me atravesaron. Sentí cómo el bullicio del mercado se desdibujaba alrededor y solo quedaba su voz. El zumbido en mi oído se intensificó, como un pitido agudo.

—Ella no era de aquí —añadió—. Venía de fuera. Creo recordar que vivía en Barcelona... Sí, en Barcelona. Por eso no todos la conocieron bien, pero yo los vi juntos más de una vez. Y créeme, muchacho, cuando te digo que brillaban cuando estaban lado a lado. Por eso yo pensaba que ella acabaría quedándose en el pueblo. Pero de repente dejé de verla, y después supe que se había marchado.

Se metió una mano en el bolsillo y sacó algunos caramelos de eucalipto, ofreciéndonos y quedándose uno para él. Tras meterse el caramelo en la boca, volvió a apoyar las manos en el bastón.

—Yo era cartero entonces. Y en aquellos tiempos era muy común

dejar la correspondencia en la librería. Muchos vecinos buscaban allí sus cartas, incluso tu abuelo. Era un punto de recogida para todo el pueblo.

Hizo una pausa y bajó la mirada.

—Un día recibí una carta que no llevaba dirección ni destinatario, solo el nombre de Mireia.

Tragué saliva.

—Como yo, todos los habíamos visto yendo siempre juntos, así que pensé que esa carta debía ser para tu abuelo. La llevé a la librería, confiado en que la recogería allí como siempre. Además, nunca volvió a pasar por mis manos.

Volví a tragar saliva antes de hablar:

—Esa carta... nunca llegó a mi abuelo. —Las palabras me salieron duras, casi ásperas.

El anciano me miró con ojos húmedos, en silencio unos segundos. Luego bajó la vista hacia el suelo.

—Cuánto lo siento, hijo... —murmuró—. En esa época, el antiguo librero tenía la costumbre de dejar los sobres entre los libros o los periódicos, para que no se perdieran en el mostrador. Con tantos papeles amontonados, alguna vez algo quedaba olvidado... Pero jamás pensé que pasara con esa carta.

Noté cómo Dani apretaba más fuerte mi mano. El anciano suspiró, cargado de pesar:

—De verdad, me da mucha pena que nunca llegase a él.

No sabía si sentir rabia, tristeza o alivio. Lo único que supe fue que aquella ausencia había marcado su vida.

El bullicio del mercado volvió a envolvernos: voces regateando, niños riendo, el acordeón desafinado. Pero dentro de mí todo estaba en pausa.

Capítulo 73

DANI

Nos alejamos de la plaza sin apenas hablarnos. El aire frío lo sentía en la punta de la nariz, pero la mano de Arán seguía firme en la mía, como si necesitara ese contacto para no derrumbarse. Sentí que tampoco quería soltarlo.

Dejamos el mercado atrás y nos refugiamos en una de las calles estrechas, donde apenas llegaba el murmullo de los tenderetes. Allí nos detuvimos. Arán apoyó la espalda contra la pared de piedra y dejó escapar un suspiro largo, como si tratara de vaciarse por dentro.

—No paro de pensar en todo lo que habría cambiado —murmuró, con la mirada perdida en el suelo empedrado.

Me acerqué un paso más y acaricié con suavidad la manga de su chaqueta.

—Es injusto —dije, bajando la voz—. Nadie merece quedarse con preguntas sin respuesta toda la vida.

Él asintió despacio, sin mirarme, pero vi cómo se tensaban sus labios. Había una tristeza callada en su gesto que me partía por

dentro.

Le apreté la mano con fuerza, obligándolo a mirarme.

—Tu abuelo acabó encontrando a Alma. La quería, y fue feliz con ella. Además... no todo lo que se pierde queda olvidado, Arán.

Vi un destello diferente en sus ojos, como si la mención de su abuela abriera un recuerdo cálido entre tanta melancolía. Y al momento, por un instante, su mirada se suavizó. Noté cómo se le aflojaban los hombros, como si esa última frase hubiera encontrado un lugar donde encajar.

No dijo nada más. Solo se inclinó hacia mí, rozando su frente con la mía en un gesto silencioso, íntimo. El frío de la calle se desvaneció un poco.

Y allí, entre piedras viejas y el eco lejano del mercado, comprendí que a veces la ternura podía más que cualquier palabra.

Capítulo 74

ARÁN

Dani siempre sabía cómo hacerme sentir mejor. Sus palabras habían logrado aliviarme un poquito el alma, aunque el peso en el pecho seguía ahí. Pero necesitaba hacer algo que me sentara bien, algo que siempre lograba calmar mis demonios.

—Necesito la guitarra —dije, mirándola a los ojos—. ¿Me acompañas a buscarla?

Ella asintió sin dudar, y caminamos juntos hasta la cabaña.

La llevé al río. El agua bajaba helada golpeando las rocas, y había algo en ese sonido que pedía compañía. Nos sentamos en la orilla, sobre una piedra ancha. El aire de otoño era fresco, pero el sol se colaba entre las nubes como un respiro.

Dejé que mis dedos recorrieran las cuerdas sin prisa. Notas sueltas, acordes dispersos, como si buscara sincronizarme con el murmullo del agua.

—A ver si te suena... —murmuré, empezando a tocar una melodía que había estado practicando días atrás.

Ella elevó sus cejas y abrió los párpados, dejando aún más a la

vista esos enormes ojos.

—¡Es *Perfect*! —exclamó, riendo—. ¿Te la has aprendido?

Negué, con una sonrisa breve.

—No entera... solo algunas notas. Una noche que el tinnitus se empeñaba en chincharme bastante.

Ella me miró, sonriendo ampliamente, haciendo que los hoyuelos quedaran marcados en sus mejillas. Se quedó escuchando, abrazando sus rodillas, mientras yo seguía tocando despacio.

Al cabo de un rato, suspiró y se levantó.

—Tengo que ir a comer, para llegar a tiempo a la librería después.

Asentí, bajando de nuevo la vista a la guitarra.

—Vale. Yo me quedaré aquí un rato.

Antes de marcharse, se inclinó sobre mí, rodeándome por la espalda con sus brazos. Sentí el calor de su abrazo, la presión suave de su pecho contra mis hombros y, luego, el roce breve de sus labios en mi mejilla.

Sonreí, correspondiendo a su gesto.

—Que pases buena tarde, ve con cuidado.

Me dedicó una última sonrisa y la observé alejarse. Se giró una última vez al cruzar el puente, y esa mirada fue suficiente para que los acordes de *Perfect* cobraran más sentido que nunca.

Capítulo 75

DANI

La librería quedó en silencio tras el tintineo de la campanita al echar el cerrojo. Happy estaba peleándose con una pluma que el viento había empujado dentro, en una entrada o salida de algún cliente. Verlo tan decidido a acabar con su presa me arrancó una risa antes de marcharme. Al salir apreté el abrigo contra mí mientras recorría el camino hasta la pensión.

Aquella noche tenía pensado dejar que alguna película cualquiera de la tele me hiciera compañía. Después de una ducha caliente y ponerme el pijama.

Ya en la habitación, me tiré sobre la cama con el pelo aún húmedo y abrí una bolsa de patatas. Mientras hacía *zapping*, un par de títulos me sacaron una sonrisa. «Esa me encantaba cuando era pequeña», pensé. Al final me detuve en una película cualquiera, de esas que siempre dan los sábados por la noche.

Crucé las piernas y metí una mano en la bolsa, dejándome llevar por la sensación de estar tranquila. Me sorprendí sonriendo sola al imaginar a Arán practicando con su guitarra mi canción favorita.

La sonrisa todavía estaba en mis labios cuando el móvil vibró sobre la mesilla.

Mamá.

Dejé sonar unos segundos, dudando, con el corazón martilleándome en el pecho. Al final, con un suspiro tembloroso, deslicé el dedo para aceptar la llamada.

—¿Sí?

Su voz estalló al otro lado, seca, cortante.

—Eres una descarada. La última vez te dije que espabilaras en firmar, y ni has firmado ni me has llamado para darme ninguna explicación.

Me quedé muda. Apenas respiraba.

—¿Te imaginas el nivel de enfado de tu padre? —continuó, cada palabra como un golpe—. Dice que ni siquiera quiere que firmes en digital, que vengas a Madrid y cumplas con tus obligaciones.

Tragué saliva, pero la voz no me salía.

—Y que quede claro —añadió, sin un titubeo—, o vienes a Madrid o él mismo irá allí a buscarte.

El silencio se me clavó en el pecho. Yo seguía con el móvil pegado a la oreja, sin fuerzas para replicar.

Su ultimátum llegó como un portazo.

—Mañana por la mañana me llamas diciéndome qué decisión has tomado.

Y colgó. Sin despedirse.

Me quedé con el teléfono aún en la mano, sintiendo el silencio abrupto cuando la llamada se cortó. Los ojos se me llenaron de lágrimas hasta nublarme la vista. La bolsa de patatas estaba a mi lado, olvidada, y en la tele seguía sonando la película que ya no veía.

Empecé a pensar en la idea de que mi padre se presentara aquí,

viniendo a buscarme, y me temblaron las rodillas. No podía desobedecerlo... ya tenía experiencia en cómo terminaba todo cuando lo hacía. Pero, por otro lado, pensar en marcharme... en dejar atrás este pueblo, su encanto, a Clara, a Neus. A Arán...

La sola idea me apretó el pecho hasta dejarme sin aire. Sentía que me ahogaba. De pronto no pude controlarlo: el corazón se aceleró con fuerza, lo sentía retumbar en mis oídos. Mis manos empezaron a temblar y un entumecimiento que quemaba me recorrió brazos y piernas. Hacía tiempo que no me daba un ataque de pánico, pero ahí estaba, apoderándose de mí sin compasión.

Intenté respirar entre sollozos, ahogada en mi propia angustia. Tratar de respirar y llorar sin contención fue lo único que poco a poco fue liberando aquella presión insoportable.

Acabé boca abajo en la cama, con la cara hundida en la almohada empapada por mis lágrimas. El bajón terminó por pesarme en los párpados, que empezaban a cerrarse, agotados.

Y antes de dormirme, una idea se aferró a mi mente como única salida: tenía que volver.

Solo había algo peor que imaginar a mi padre llegando a este pueblo.

Ver a Arán enfrentándose a él.

Capítulo 76

DANI

El comedor de la pensión apenas acababa de abrir. Estaba vacío, salvo por el murmullo de la cafetera y el golpeteo de algún plato en la cocina. Me senté en una mesa junto a la ventana, con las manos rodeando una taza de café que apenas había probado.

No había dormido casi nada. Cada vez que cerraba los ojos volvía la voz de mi madre, cortante, lanzándome aquel ultimátum. Regresar a Madrid era como un puñal en las costillas..., pero la imagen de mi padre presentándose aquí, después de siete horas de viaje y mi desobediencia, me helaba la sangre. Sabía demasiado bien cómo podía actuar, y no podía permitir que esa rabia alcanzara este pueblo. Que alcanzara a Arán.

Dejé el café a medio terminar. El sabor amargo me revolvía el estómago.

Al salir por la puerta de la pensión, marqué el número de mi madre. Tardó dos tonos en descolgar.

—Dime.

—Vuelvo a Madrid —dije, en un hilo de voz.

No esperé respuesta. Colgué, guardé el móvil en el bolsillo y eché a andar sin rumbo.

Crucé la plaza, donde apenas tres abuelos caminaban despacio, saludándose con un gesto de cabeza. En un domingo temprano, Arties todavía dormía.

Me detuve en el puente y apoyé los codos en la barandilla. El río corría bajo mis pies con un rumor constante. Intenté ordenar en mi cabeza las palabras que usaría para decirle a Arán que me marchaba. Y cada intento me hacía sentir que se me desgarraba algo por dentro.

—Buenos días, señorita.

La voz a mi espalda me sorprendió y me hizo girar.

Allí estaba Arán, con la guitarra colgada a la espalda y el cabello algo revuelto. Se acercó con esa media sonrisa tranquila que siempre me provocaba un cosquilleo en el pecho.

—Qué pronto vienes a deleitar al pueblo con tus manos —intenté bromear, aunque mi voz sonó más débil de lo que quería.

Él encogió los hombros, divertido.

—Esta hora y la última de la tarde son las mejores —respondió, acomodando la correa de la guitarra.

Yo me quedé en silencio un segundo. La brisa fría me azotó la cara y sentí que las palabras me ardían en la garganta.

—Arán... —Lo miré fijamente, con un nudo en el estómago—. Tengo que contarte algo.

Capítulo 77

DANI

—Anoche me llamó mi madre —empecé, con la voz apagada, mirando al río bajo el puente—. Me dio un ultimátum. Dijo que si no volvía por mi propio pie... mi padre vendría aquí a buscarme. Y créeme que vendría...

Tragué saliva, sintiendo cómo me temblaban los dedos contra la barandilla.

—Estoy asustada, Arán. No sabía muy bien qué hacer. Pero no puedo permitir que la furia de mi padre llegue a este pueblo. No podría soportar que se desatara aquí, contigo, con la gente que me ha abierto las puertas.

Al levantar la vista, lo vi mirarme con los ojos muy abiertos, como si cada palabra que salía de mi boca lo estuviera destruyendo por dentro.

—Espera, espera... —me cortó, dando un paso hacia mí—. ¿Te vas? No puedes irte, Dani.

Tragué saliva.

—Ya he llamado a mi madre esta mañana para confirmarle que

vuelvo.

Arán dejó la guitarra en el suelo con brusquedad, se pasó las manos por el pelo y apretó los labios, caminando nervioso de un lado a otro.

—¿Y ya está? ¿Adiós? ¿Dejas todo lo que tienes aquí sin más? La librería, Clara, Neus... ¿a mí?

El corazón se me rompió en el pecho.

—No es eso lo que deseo. A mí me gusta esto, quiero quedarme..., pero no conoces a mi padre.

Él levantó la mirada, con los ojos ardiendo.

—No, no lo conozco. Pero te aseguro que yo no dejaría que me manejara a su antojo. Eres una mujer adulta, Dani. ¿Hasta cuándo vas a dejar que hagan lo que quieran contigo?

Fruncí el ceño, sintiendo la rabia mezclarse con el miedo.

—No tienes ni idea de lo que he pasado toda mi vida con ellos. No es tan fácil de la noche a la mañana dejar de tenerles miedo y plantarme. ¿Sabes para qué necesitan mi firma? ¿Cuál es el asunto del piso?

Las lágrimas empezaron a humedecerme los ojos.

—Ese piso es una herencia de mi abuela... —Mi voz se quebró—. Y quieren venderlo.

Respiré hondo, sintiendo un nudo en la garganta.

—¿Sabes a quién? A mi ex. El mismo que me hizo pedazos. Mis padres siempre lo defendieron, y ahora, como les ofrece un buen pellizco de dinero, están dispuestos a entregarle lo último que me queda de ella. Solo necesitan mi firma.

Arán se quedó helado. Su rostro se suavizó unos segundo, sorprendido, pero enseguida bajó la mirada y suspiró hondo.

—¿Y no has pensado en negarte? —dijo, más calmado pero firme —. Plantarles cara a tus padres, recurrir a la ley si hace falta para

que te dejen tranquila. O, si no..., firmar, darles el gusto y, después de eso, dejarles claro que ahora que ya tienen lo que pretenden, no quieres volver a saber nada de ellos. Que te dejen vivir tu vida.

Negué con la cabeza, incapaz de contener las lágrimas.

—No es tan fácil...

Entonces lo vi romperse.

—No, Dani, no es tan fácil. —Su voz se alzó, rota—. Pero yo no puedo sufrir la misma herida que mi abuelo... No podría soportar perder para siempre al amor de mi vida.

Una lágrima le resbaló por la mejilla. Se la limpió con rabia, recogió la guitarra del suelo y, sin mirarme más, empezó a caminar en dirección a la cabaña.

Me quedé quieta, helada, con las lágrimas cayéndome por la cara. Las palabras se me quedaron atrapadas en la garganta, incapaz de moverme o detenerlo.

Capítulo 78

ARÁN

Llegué a la cabaña con un nudo en la garganta que apenas me dejaba respirar. Cerré la puerta de un golpe y dejé la guitarra en el suelo con tanta mala gana que las cuerdas vibraron en protesta.

La rabia me subió de golpe. Le di una patada a la silla del comedor y esta se arrastró torpemente contra el suelo de madera. Me dejé caer en la de al lado, aún temblando, con los codos apoyados en las rodillas y la cara enterrada entre las manos.

Pasaron unos segundos. El silencio de la cabaña solo lo interrumpía el zumbido insistente de mis oídos.

Levanté la cabeza despacio y me dejé resbalar contra el respaldo, hundiéndome en la silla. Miré al techo, con la garganta ardiendo.

—No voy a soportarlo... —susurré, la voz rota—. Ya he sufrido ausencia y soledad..., pero con la suya no voy a poder.

El aire me pesaba en el pecho. Cerré los ojos un instante, buscándolo a él, a quien ya no podía responderme.

—¿Qué harías tú, abuelo, si hubieses tenido la oportunidad de saber que se marchaba?

Capítulo 79

DANI

Abrí la librería como pude. Llevé el abrigo y la bufanda a la trastienda y cerré un momento los ojos, agotada. Sentía los párpados hinchados, la piel ardiéndome de tanto llorar.

Me dejé caer en el suelo, al lado de Happy, junto al mostrador. Enseguida empezó a restregarse contra mí, como si quisiera darme los buenos días y, a la vez, como si notara la tormenta que llevaba dentro. Apoyé la espalda en la madera y empecé a acariciarlo despacio. El gato respondió con un ronroneo suave que me sacudió el pecho.

—A ti también te voy a echar mucho de menos, chiquito — susurré, dedicándole la mejor de las sonrisas que sentía que merecía.

Me quedé un rato allí, con la mano en su lomo. La imagen de Arán se repetía una y otra vez en mi cabeza. Verlo así me rompió en mil pedazos... su última frase...

Pero ¿y yo? ¿De verdad iba a ser capaz de vivir toda mi vida sin él?

Happy se soltó de mi mano de repente y corrió hacia una estantería. Lo vi escarbar en el suelo, metiendo la pata por debajo de la madera hasta sacar un trozo de papel arrugado. Empezó a arrastrarlo con su patita de un lado a otro como si fuera un juguete.

Me puse en pie y avancé hacia él con un suspiro cansado.

—¿Ya has estado haciendo de las tuyas? A ver, ¿qué tienes ahí?

El gato se resistió un momento, pero al final conseguí quitarle el papel. Estaba amarillento, con los bordes medio rotos quizá por los años... o quizá por el juego de Happy al arrastrarlo por el suelo.

Lo desplegué y pude leer:

> Tal vez todo lo que somos ya está escrito en las ausencias: en aquello que no llega a tiempo, en las cartas que nunca supimos llenar. He aprendido que el destino no siempre es lo que ocurre, sino lo que dejamos pasar.

Bajé la vista hasta la esquina inferior derecha. Allí, desdibujada por el paso del tiempo, una simple inicial: A.

Sentí un escalofrío recorrerme entera.

La campanita de la puerta me hizo dar un respingo.

Clara entró envuelta en su abrigo grueso, con las mejillas enrojecidas por el aire frío, que parecían combinarle con esa sombra verdosa de maquillaje que llevaba siempre sobre los párpados. Se detuvo en seco al verme, con ese rostro hinchado que delataba la mala noche y el llanto reciente.

—Dani..., ¿qué te ha pasado? —preguntó, con un gesto de preocupación en su rostro. No me dio tiempo a inventar excusas; se acercó a mí y añadió con voz serena—: Voy a preparar café, y después quiero que me lo cuentes todo tranquilamente.

Y así lo hice. Las palabras me fueron saliendo como si alguien hubiese abierto un dique: le conté absolutamente todo. Mis heridas

del pasado y las de ahora, el ultimátum de mi madre, la amenaza de mi padre, el piso, Arán y yo..., incluso lo de su abuelo y Mireia.

Clara se quedó callada, procesando, como si ordenara cada pieza de un puzle imposible. Al cabo de unos segundos, al fin dijo:

—Tener una guerra con tus propios padres tiene que ser muy duro. Entiendo tu dolor y tu temor, pero he de decir que Arán tiene razón... En algún momento tendrás que poner freno a sus abusos, y valorarte llevándote tu vida lejos de ellos.

Su mirada se clavó en mí, suave pero firme.

—¿Qué sientes tú por Arán, Dani?

No pude contenerlo. Las lágrimas brotaron otra vez, con una fuerza que me desbordó.

—Lo quiero, Clara —dije entre sollozos—. Estoy profundamente enamorada de él... y todavía no me había permitido ni siquiera pensarlo ni admitirlo en voz alta. Pero es así. Lo quiero.

Clara sonrió dulcemente. Se acercó y me tomó las manos.

—Entonces ¿no piensas que pasar los días con él vale más la pena que una firma? Vender ese piso no va a hacer que el amor de tu abuela, el que llevas aquí dentro —me señaló el corazón—, desaparezca. Lo más importante de ella ya lo tienes. Que hagan lo que quieran con ese piso. ¿No crees?

Me quedé mirándola, con los ojos abiertos, como si un rayo de luz me hubiera atravesado.

Sonreí levemente entre lágrimas y asentí con la cabeza.

—Gracias... —susurré, antes de abrazarla con fuerza, como si en ese gesto pudiera aferrarme a la esperanza que acababa de devolverme.

Capítulo 80

ARÁN

Habían pasado horas desde que me encerré en la cabaña. El fuego de la estufa crepitaba, llenando de sombras naranjas las paredes, pero yo apenas las veía. Estaba tumbado en el sofá, con una antigua armónica de mi abuelo entre las manos. La giraba una y otra vez, sin soplarla, como si buscara en ella respuestas que no encontraba en mí.

La cabeza me pesaba. No podía dejar de escuchar su voz repitiéndome que se marchaba.

Unos golpes suaves en la puerta me arrancaron de golpe de ese laberinto. Me levanté arrastrando los pies y abrí.

Dani estaba allí. Tenía el rostro cansado, los ojos hinchados, como si la vida le pesara tres toneladas.

—Hola... —murmuró.

Tragué saliva y le devolví el saludo. Corrí el marco un poco más y la invité a pasar con un gesto.

Cerré tras ella, sin atreverme a girarme del todo. Las palabras me ardían en las cuerdas vocales.

—Oye..., Dani. Siento haberme puesto así. Sé que ha sido egoísta por mi parte, pero es que con solo imaginarme perderte no puedo...

—Me quedo.

Su voz me cortó en seco. Alcé la vista de golpe hacia ella.

—¿Qué?

Dani dio un paso al frente, temblorosa pero firme.

—Tenías razón. No puedo seguir bajo las faldas de mis padres. He llamado a mi madre hace unos minutos, con Clara a mi lado, y le he dicho que firmo el piso. Pero únicamente de manera digital. Me da igual que lo vendan..., pero no pienso volver. Ni a Madrid ni a relacionarme con ellos.

Me quedé mudo. Las palabras no me salían, solo podía mirarla, como si no terminara de creer lo que había escuchado.

—¿Estás bien? —alcancé a preguntar al fin, con un nudo en el pecho.

Ella asintió despacio.

—El miedo aún no ha desaparecido... y tardará en desaparecer. Pero te quiero, Arán. Eres lo mejor que tengo, y no pienso dejarte.

No pude contenerme más. La abracé con toda la fuerza que tenía, rodeándole la espalda con un brazo y sujetándole la cabeza con la otra mano, aferrándola a mí como si el mundo entero pudiera derrumbarse a nuestro alrededor y me diera igual.

Cuando al fin me aparté, la tomé del rostro con ambas manos.

—Te quiero, Dani.

Capítulo 81

ARÁN

Esa noche acabamos dormidos en la alfombra del salón, rodeados de mantas, frente a la estufa de leña. Fue como revivir la primera noche que pasamos juntos, pero esta vez sin tantas dudas, siendo más nosotros mismos.

Hicimos el amor como si por fin estuviéramos a salvo, como si todo el miedo que nos mantuvo lejos se derritiera entre nuestras manos. Como si al tocarnos entendiéramos, sin palabras, que esta vez sí. Esta vez no íbamos a soltarnos.

Cuando abrí los ojos, ella todavía dormía enredada entre mantas. Me quedé unos segundos mirándola y después me levanté sin hacer ruido. Encendí la cafetera y me puse a preparar café.

El aroma empezó a inundar la cabaña, y en ese mismo instante la vi removerse. Cuando me acerqué de nuevo, con las dos tazas entre las manos, la vi abriendo los ojos, despeinada. Me sonrió con esa dulzura que le nace de dentro, con esos hoyuelos coquetos que me desarman siempre.

Sujetó una de las tazas entre las manos y le acaricié la cara,

apartándole el pelo del rostro. Ella cerró un instante los ojos al contacto, sin deshacerse de esa misma sonrisa.

—Me alegro de estar aquí —dijo, con un brillo húmedo en los ojos.

Sonreí.

—No podía ser de otra manera —le respondí con una voz más baja—. Nuestro futuro no está escrito en cartas olvidadas... lo trazamos tú y yo.

Dani se incorporó, inclinándose hacia mí con una de las manos ocupadas por el café, y me besó despacio, con ternura.

Nos quedamos allí, entre las mantas, con el calor de la estufa y las tazas en las manos, como si el mundo entero se redujera a ese salón y a nosotros dos.

Es difícil asegurarlo, pero tengo la certeza de que mi abuelo, desde algún lugar, me escuchó la última vez que le hablé... y me tendió la mano.

***

Quizá todo lo que somos está ya escrito en las ausencias: en aquello que no llega a tiempo, en las cartas que nunca supimos llenar. He aprendido que el destino no siempre es lo que ocurre, sino lo que dejamos pasar.

A.

Nota de autora

Escribir *Cartas al viento de otoño* fue, para mí, mucho más que crear una historia: fue encontrar un lugar donde respirar cuando afuera todo parecía demasiado ruidoso. Durante los meses en los que este libro tomó forma, descubrí que a veces necesitamos inventar un refugio para recordar que todavía sabemos abrazar la vida. El mío fue Arties: sus montañas, su luz de octubre, la quietud del río Garona.

Dani y Arán nacieron de esa necesidad de calma y verdad. De querer hablar de heridas que pesan, pero también de la ternura que nos salva. De la posibilidad de empezar de nuevo incluso cuando ya no esperamos nada. Ellos caminaron conmigo en días difíciles y, sin saberlo, me enseñaron a mirar mis propias grietas con un poco más de paciencia.

Ojalá esta historia te acompañe como me acompañó a mí. Ojalá encuentres entre sus páginas un rincón cálido, un respiro, una chispa. Y, sobre todo, la certeza de que todos merecemos un lugar donde sentirnos a salvo.

Gracias por leerme.

Eiko Baioretto

Un pueblo de montaña, un otoño que huele a leña y café, y dos almas que descubren que a veces quedarse es más valiente que huir.



Dani llega a Arties, un pequeño pueblo de los Pirineos, buscando refugio de un pasado que aún la persigue. **Allí conoce a Arán**, un chico solitario marcado por la herencia de su abuelo y un zumbido constante en el oído que lo aísla del mundo.

Cuando Dani encuentra **una carta antigua firmada por una mujer llamada Mireia** y dirigida a Arán, se despierta un misterio que entrelaza sus vidas y los secretos de generaciones pasadas.

Entre libros polvorientos, **cafés y noches frente a la estufa**,

ambos aprenderán que el amor también puede ser una forma de hogar.

Cartas al viento de otoño **es una historia de segundas oportunidades, con la calidez del romance y el susurro del viento en las montañas.**

Eiko Baioretto —seudónimo de Gloria Hernández— nació en Barcelona en 1992, ciudad donde sigue residiendo. Amante de la montaña, la lectura y el anime, encuentra en la escritura una manera de dar forma a las emociones y paisajes que la inspiran.

Desde siempre le ha gustado escribir, aunque no fue hasta ahora cuando decidió transformar sus vivencias y pasiones en una historia. Su primera novela está ambientada en la Vall d'Aran, concretamente en Arties, su pueblo favorito del valle, lugar que considera su refugio personal.

En ella conviven detalles reales —como su gato Happy o los nombres de personas importantes en su vida— con una historia de amor, silencio y segundas oportunidades. Eiko escribe desde la calma y la sensibilidad, buscando que cada página abrace al lector con la misma calidez que una tarde de otoño frente a la chimenea.



Edición en formato digital: febrero de 2026

© 2026, Eiko Baioretto
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-85-9

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Cartas al viento de otoño
Capítulo 1. Dani
Capítulo 2. Arán
Capítulo 3. Dani
Capítulo 4. Arán
Capítulo 5. Dani
Capítulo 6. Arán
Capítulo 7. Dani
Capítulo 8. Arán
Capítulo 9. Dani
Capítulo 10. Arán
Capítulo 11. Dani
Capítulo 12. Arán
Capítulo 13. Dani
Capítulo 14. Dani
Capítulo 15. Arán
Capítulo 16. Dani
Capítulo 17. Arán
Capítulo 18. Dani

Capítulo 19. Arán
Capítulo 20. Dani
Capítulo 21. Arán
Capítulo 22. Arán
Capítulo 23. Dani
Capítulo 24. Arán
Capítulo 25. Dani
Capítulo 26. Arán
Capítulo 27. Dani
Capítulo 28. Arán
Capítulo 29. Dani
Capítulo 30. Arán
Capítulo 31. Dani
Capítulo 32. Dani
Capítulo 33. Arán
Capítulo 34. Dani
Capítulo 35. Arán
Capítulo 36. Dani
Capítulo 37. Arán
Capítulo 38. Dani
Capítulo 39. Dani
Capítulo 40. Arán
Capítulo 41. Dani
Capítulo 42. Arán
Capítulo 43. Dani
Capítulo 44. Arán
Capítulo 45. Dani

Capítulo 46. Arán
Capítulo 47. Dani
Capítulo 48. Dani
Capítulo 49. Dani
Capítulo 50. Arán
Capítulo 51. Dani
Capítulo 52. Dani
Capítulo 53. Dani
Capítulo 54. Arán
Capítulo 55. Dani
Capítulo 56. Arán
Capítulo 57. Dani
Capítulo 58. Arán
Capítulo 59. Dani
Capítulo 60. Dani
Capítulo 61. Dani
Capítulo 62. Arán
Capítulo 63. Arán
Capítulo 64. Dani
Capítulo 65. Dani
Capítulo 66. Arán
Capítulo 67. Arán
Capítulo 68. Dani
Capítulo 69. Arán
Capítulo 70. Dani
Capítulo 71. Arán
Capítulo 72. Arán

Capítulo 73. Dani
Capítulo 74. Arán
Capítulo 75. Dani
Capítulo 76. Dani
Capítulo 77. Dani
Capítulo 78. Arán
Capítulo 79. Dani
Capítulo 80. Arán
Capítulo 81. Arán
Nota de autora
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Eiko Baioretto
Créditos